EL VALOR HISTÓRICO DE LOS EVANGELIOS

P. Juan Leal, S. J.

Estudios Bíblicos Nº 1

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 Sevilla.

ISBN: 84-7770-465-1
D.L.: Gr. 654-99
Impreso en Azahara
Printed in Spain

Índice de lecciones

Prólogo

Este libro no hubiera hecho falta escribirlo si no fuera por los llamados "racionalistas" que en estos dos últimos siglos han atacado la autenticidad de los Evangelios, negando que dos de ellos hayan sido escritos por dos Apóstoles y los otros dos por los discípulos de los Apóstoles. El más escandaloso de los racionalistas, fue, sin duda Strauss, quien, con su Leben Jesu del 1835 y 1864 armó una verdadera revolución en el campo bíblico. Y aunque sus teorías y afirmaciones están hoy en el más completo descrédito, aun en el campo acatólico, sin embargo, debido al aseglaramento y relajación de algunos biblistas y teólogos católicos, todavía hoy encontramos muchos infectados de tales errores. Incluso hoy alguna editorial muy importante, en sus Biblias que se venden con la aprobación de la Conferencia Episcopal Española, dicen en la introducción al Evangelio de San Juan, que "el apóstol San Juan, el hijo del Zebedeo, no puede ser el autor del Cuarto Evangelio, ni puede ser tampoco el llamado *"el discípulo amado del Señor"*.

A estos autores parece que les trae sin cuidado las afirmaciones de San Pío X, de 1907, que van al final de este libro, ni la afirmación del concilio Vaticano II, que dice: "La Iglesia siempre ha sostenido y sostiene que los cuatro Evangelios tienen origen apostólico. Pues lo que los apóstoles predicaron por man-

dato de Cristo, luego, bajo la inspiración del Espíritu Santo, ellos y los varones apostólicos nos lo transmitieron por escrito, fundamento de la fe, es decir, el Evangelio en cuatro redacciones, según Mateo, según Marcos, según Lucas y Juan" (Dei Verbum, 18).

Fíjese el lector en el plural de las palabras: "ellos y los varones apostólicos". La palabra "ellos" se refiere a los apóstoles, con lo que nos indican que fueron al menos dos los apóstoles evangelistas, San Mateo y San Juan. Y las palabras: "varones apostólicos", como también están en plural, nos dicen también que son otros dos, Marcos y Lucas. Y no pudieron ser otros autores posteriores, por que son nombrados con el apelativo de "apostólicos", título que se da exclusivamente a los que convivieron con los mismos apóstoles.

Las fuentes

Algunos hablan de *las fuentes* que debieron utilizar los evangelistas para componer los Evangelios. A mí, personalmente, esto de "las fuentes", sencillamente me parece ridículo, porque en lo que hace a los apóstoles, San Mateo y San Juan, tenían en su mente tanto material para escribir, que, como apunta el mismo San Juan, *"si se escribieran una por una, creo que este mundo no podría contener los libros"* (Jn.21,25).

Sabemos muy bien que ninguno de los Evangelistas escribió todo lo que sabía. Como ejemplo podemos ver la cantidad de milagros y de discursos del Señor que nos narra San Juan, que no fueron escritos

por ninguno de los sinópticos, y milagros tan maravillosos que nos resulta imposible creer que no los supieran: como el milagro de las bodas de Caná, el del ciego de nacimiento, la resurrección de Lázaro, etc. etc., que si no hubiera escrito San Juan al final su Evangelio, nunca hubiéramos sabido de estos tan grandes milagros.

Sabemos que San Juan leyó los Sinópticos, y él procuró escribir muchas cosas de las que ellos habían dejado, pero no todo, como él mismo nos lo dice en 21, 25, y como también el apóstol San Pablo nos cuenta algunas cosas que hizo o dijo Jesucristo, y que no constan en ninguno de los Evangelios, como aquella frase: *"Mayor dicha hay en dar que en recibir"* (Hech.20,35). También San Pablo nos da mas detalles de las palabras de la consagración en la ultima Cena que las que nos dan todos los evangelistas. En la primera a los Corintios 15,5-8, también nos habla de más apariciones de Jesús a sus discípulos después de resucitado, que las que nos narran los Evangelios.

Esto nos indica que los evangelistas debían saber mucho más de lo que escribieron, pero por las dificultades que tenían para escribirlo todo, resumieron y sintetizaron muchas cosas, como nos dice el concilio Vaticano II: "Los autores sagrados escribieron los cuatro Evangelios escogiendo algunas cosas de las muchas que se transmitían de palabra o por escrito, sintetizando otras, o explicándolas atendiendo a la condición de las Iglesias, reteniendo, en fin, la forma de proclamación, de manera que siempre nos comunicaban la verdad sincera acerca de Jesús. Escribieron,

pues, sacándolo ya de su memoria o recuerdos, ya del testimonio de quienes *"desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra"* (Lc.1,2-4), con la intención de que conozcamos la verdad" (Dei Verbum, 19).

Los Santos Padres desde la era apostólica nos han venido transmitiendo quienes compusieron los Evangelios.

San Papías (110), es el primero que nos da los nombres de los evangelistas. Pero como algunos de los racionalistas se han atrevido a negar que Papías tuviera relación con los apóstoles, vamos en primer lugar a ver si verdaderamente Papías fue un varón apostólico.

El primero en afirmarlo es San Ireneo, que es la mayor autoridad en este punto, por haber tenido relación con San Policarpo, que afirma fue compañero de Papías, y ambos discípulos del apóstol San Juan.

Dice así San Ireneo: "He aquí lo que Papías, oyente de Juan, compañero de Policarpo, hombre venerable, atestigua por escrito en su libro cuarto..." (Adv.Haer.V,33,4)

Pero además de este texto de San Ireneo, que por ser suyo es importantísimo, quiero aducir también otros que trae D. Daniel Ruiz Bueno en su obra "Padres Apostólicos" de BAC,65:

1, "Tomando ocasión de Papías, el ilustre hombre de Hierápolis, que fue discípulo del que reposó sobre

el pecho del Señor..." (Anast. Sinait., Contempl. anagog. in Hexaëm., I.I: PG 89,860).

2, "Los más antiguos de los intérpretes eclesiásticos, digo, Filón el filósofo, contemporáneo de los Apóstoles, y el célebre Papías, el discípulo de Juan evangelista, hierapolitano..." (Idem, o.c., 1.VII: PG 89,962).

3, "Papías, obispo de Hierápolis, que fue oyente de Juan el Teólogo y compañero de Policarpo, escribió cinco libros de Sentencias del Señor..." (Philippus Sidetes, of. TN 5,2 (1888) , 170.)

4, "El Evangelio de Juan fue manifestado y dado a las Iglesias cuando Juan vivía todavía en cuerpo, como lo refirió Papías, por nombre hierapolitano, discípulo caro de Juan, en los Exotéricos, es decir, en los últimos cinco libros" (Cod. Vatic. Alex. 14. s.IX, ed. J. M. Tomasius, Card. Opp. I,344).

Queda, pues, bien demostrado que San Papías fue un padre apostólico, por haber sido discípulo de un apóstol como fue el apóstol San Juan. Por tanto, su autoridad es importantísima en esta materia, ya que supo de primera mano quienes fueron los verdaderos autores de los Santos Evangelios.

Este es, pues el testimonio de Papías:

"Mateo ordenó en lengua hebrea las *Loguia* del Señor (el Evangelio), y cada uno lo interpretó conforme a su capacidad (HE.3,39,16).

"El Presbítero, (se refiere al apóstol S. Juan), decía esto: Marcos intérprete que fue de Pedro, puso cuidadosamente por escrito, aunque no con orden (cronológico), cuanto recordaba de lo que el Señor habla dicho y hecho... (Ibid.39,15).

Y con respecto al Evangelio del apóstol San Juan, el Cod. Vatic. dice lo siguiente: "El Evangelio de Juan fue manifestado y dado a las Iglesias cuando todavía vivía Juan, como lo refirió Papías, discípulo caro de Juan..." (BAC 65, pag. 884).

San Justino (150-160), al hablar de los Evangelios los llama: "Los Comentarios de los Apóstoles", en clara alusión a que los apóstoles fueron sus principales autores. Y añade: "Los Apóstoles en sus comentarios, que se llaman Evangelios, nos transmitieron lo que les fue mandado" (Ap. I, 3ª, 66).

Y en el Diálogo con Trifón, dice: "En los Recuerdos (Evangelios), que yo digo fueron compuestos por los Apóstoles y por quienes a estos siguieron..." Al hablar en plural nos dice claramente que al menos dos de los Evangelios fueron compuestos por dos apóstoles (Dial. 103).

San Teófilo de Antioquía (m.181), nos da el nombre del cuarto evangelista cuando dice: "Todos los Evangelistas fueron movidos por en Espíritu Santo, y entre ellos Juan, que dice así: *En el principio fue el Verbo, y el Verbo estaba en Dios.* Y luego añade: *El Verbo era Dios, todo fue hecho por Él, y nada sin Él fue hecho* (Autolycum,2,22).

San Ireneo (208). San Ireneo que por haber sido discípulo querido de San Policarpio, el cual lo había sido del apóstol San Juan, es el que está en condición más privilegiada para saber quienes fueron los verda-

deros autores de los Evangelios, y principalmente del Evangelio de San Juan. Estas son sus palabras:

"Mateo redactó su Evangelio en hebreo, que era la lengua propia de ellos (los judíos), mientras Pedro y Pablo evangelizaban en Roma y fundaban la Iglesia. Después de su muerte, Marcos, discípulo el intérprete de Pedro, nos transmitió también él por escrito lo que había sido anunciado por Pedro. Y Lucas, compañero de Pablo, consignó en un libro el Evangelio que era predicado por Pablo. Después también Juan, discípulo del Señor, el que había descansado sobre su pecho, redactó el Evangelio, cuando moraba en Efeso de Asia (Adv. Haer. 3,1,1)."

Y continúa: "Esta misma fe ha sido anunciada por Juan, discípulo del Señor. Quería éste por medio del anuncio del Evangelio extirpar el herror sembrado entre los hombres por Cerinto, y mucho más antes que él por aquellos que se denominan *nicolaítas...* Quería Juan confundirlos y convencerlos... (Ibid, 11,1)."

Fragmento de Muratori (s.II), dice que, "el tercer Evangelio es el de Lucas... Y el cuarto Evangelio es el de Juan, uno de los discípulos".

Prólogo Antimarcionista (160-180), dice: "Como ya se hubiesen escrito los Evangelios de Mateo en Judea y de Marcos en Italia, Lucas, impulsado por el Espíritu Santo escribió su Evangelio en la región de Acacia..."

"El Evangelio de Juan se reveló y fue dado a las Iglesias por Juan mientras aun vivía, como un tal

Papías de Hierápolis, discípulo querido de Juan, recordaba en sus cinco últimos libros".

Tertuliano (155-220). Tertuliano, a finales del siglo II, nos dice muy claro, que los evangelistas fueron dos apóstoles: Mateo y Juan, y dos varones apostólicos: Marcos y Lucas.

"Quede ante todo bien sentado que el Testamento Evangélico tiene por autores a los Apóstoles, a los cuales el Señor mismo impuso la misión de propagar el Evangelio. Hubo también varones apostólicos, no independientes, sino a una con los Apóstoles o en pos de sus huellas; porque la predicación de los discípulos pudiera tenerse por vana ostentación de ciencia, mejor aún, por la autoridad del mismo Cristo, que fue quien constituyó en maestros a los mismos Apóstoles.

Finalmente los Apóstoles Juan y Mateo nos instruyen en la fe: y los varones apostólicos, Lucas y Marcos, renuevan sus enseñanzas..."

"De la misma autoridad que las iglesias apostólicas, gozan los Evangelios, que por ellas y según ellas se leían, se nos han transmitido. A los Evangelios de Juan y Mateo me refiero; respecto al de Marcos, podemos decir que es el Evangelio de Pedro, cuyo intérprete fue aquel. En tanto que el contenido del Evangelio de Lucas, suele atribuirse a Pablo" (Adv. Marc. 4,2).

San Clemente de Alejandría (211). Decía que los Evangelios se escribieron primero los que contienen la genealogías... En cuanto al Evangelio de Juan, el

último, sabedor de que lo corporal estaba ya expuesto en los Evangelios, estimulado por sus discípulos e inspirado por el soplo del divino Espíritu, compuso un Evangelio espiritual" (HE. VI, 14, 5-7).

Orígenes (186-254). dice: "Acerca de los cuatro Evangelios, que son los únicos que acepta la Iglesia de Dios que está bajo el cielo, por tradición he aprendido que el primero que se escribió fue el *Evangelio de Mateo,* quien fue algún tiempo recaudador y después apóstol de Jesucristo, y que lo compuso en lengua hebrea y lo publicó para los fieles precedentes del judaísmo.

"El segundo fue el *Evangelio de Marcos*, quien lo hizo como Pedro se lo había indicado..."

"El tercero es el *Evangelio de Lucas*, el que Pablo alabó y que él hizo para los que venían de los gentiles."

"Además de todos estos está el *Evangelio de Juan.* ¿Qué habrá que decir sobre Juan, el que se recostó sobre el pecho de Jesús? Dejó un sólo Evangelio aun cuando confesaba que podía escribir tantos que ni el mundo podría contenerlos... (HE. 6, 25)."

"Atrevámonos a proclamar que la flor de los Evangelios es el Evangelio que nos dejó Juan. Pero nadie podrá saborear su sentido si antes no ha reposado sobre el corazón de Jesús, o si no ha recibido de Jesús a María por Madre... ¿Qué pureza de espíritu será necesaria para que descubramos el sentido escondido por la corteza de la letra?... (Com. a S. Juan 1, 23)."

Dionisio de Alejandría (190-265), duda si el Apocalipsis es del apóstol Juan; pero asegura con rotundidad que el Evangelio de Juan y la primera carta, son del apóstol Juan el hijo del Zebedeo (HE. VII, 25).

Prólogo Monarquiano (S.III), Sobre el Evangelio de San Mateo, dice: "En el orden de los evangelistas, Mateo de Judea ocupa el primer puesto, porque él fue, en efecto, el primero que escribió un Evangelio estando en Judea (Historia Canónica, U.T. 1934).

El prólogo Antiquior, el cuarto Evangelio se lo atribuye al apóstol San Juan en Asia.

San Efrén (379) dice: "Mateo escribió su Evangelio en hebreo, que más tarde fue traducido a la lengua griega" (Evangellii concordatis exposio (Edit. Aucher) 286).

Eusebio de Cesarea (340). "De entre todos lo apóstoles, solamente Mateo y Juan nos han dejado Memorias (Evangelios escritos) de las conversaciones del Señor, y aun es tradición que se pusieron a escribir forzados a ello.

Efectivamente, Mateo, que primero había predicado a los hebreos, cuando estaba a punto de marchar hacia otros, entregó por escrito su Evangelio, en su lengua materna, supliendo así por medio de la escritura lo que faltaba a su presencia entre aquellos de quienes se alejaba... (HE. 3, 24)."

"El resplandor de la religión brilló de tal manera sobre las inteligencias de los oyentes de Pedro, que

no se quedaban satisfechos con oírle un sola vez, ni con la enseñanza no escrita de la predicación divina, sino que con toda clase de exhortaciones importunaban a Marcos —de quien se dice que es el Evangelio, y que era compañero de Pedro— para que les dejase también un Memorial escrito de la doctrina que de viva voz se les había transmitido, y no le dejaron en paz hasta que el hombre lo tuvo acabado, y de esta manera se convirtieron en causa del texto del llamado Evangelio de Marcos (HE. 2, 15).

"Y por lo que hace Lucas, también él al comenzar su escrito, expone de antemano el motivo por el cual lo ha compuesto. Debido a que muchos se ocuparon con demasiada precipitación a hacerse una narración de los hechos de los que él mismo estaba bien informado, él se sintió obligado a apartarnos de las dudosas suposiciones de los otros y nos ha transmitido por medio de su Evangelio el relato seguro de todo aquello cuya verdad ha captado suficientemente aprovechando la convivencia y el trato con Pablo, así como la conversación con los demás apóstoles. (HE. 3, 24)."

"Vamos a indicar aquí los escritos incontrovertidos del apóstol Juan. En primer lugar, quede reconocido como auténtico su Evangelio, que se lee por entero en todas las Iglesias bajo el cielo. Sin embargo el hecho de que los antiguos lo catalogaran en cuarto lugar, detrás de los otros tres, acaso pudiera explicarse de la manera siguiente. *Mateo*, Marcos y Lucas habían publicado sus respectivos Evangelios, mientras Juan se dice que en todo este tiempo seguía usando de la pre-

dicación no escrita, pero que al fin llegó también a escribir por el motivo siguiente:

Los tres Evangelios escritos anteriormente habían sido ya distribuidos a todos, incluso al mismo Juan, y se dice que éste los aceptó y dio testimonio de su verdad, pero también que les faltaba la narración de lo que Cristo había obrado en los primeros tiempos y al comienzo de su predicación... En consecuencia se dice que por esto se le animó al apóstol Juan a transmitir en su Evangelio el periodo silenciado por los primeros Evangelios y las obras realizadas en este tiempo por el Salvador, es decir, las anteriores al encarcelamiento del Bautista...

"Juan, por tanto, transmitió en su Evangelio escrito lo que Cristo obró antes de que el Bautista fuera encarcelado, mientras que los otros tres evangelistas recogen los hechos posteriores al encarcelamiento del Bautista" (HE. 3, 24).

San Eusebio de Cesarea que leyó todos los documentos más antiguos, tiene una importancia capital para la autoría de los Evangelios, pues es muy difícil, por no decir imposible, que hubiera otros más informados que él.

El P. Juan Leal, que es un especialista en esta materia, nos informará extensamente en este libro, lo que yo he tratado de resumir en el prólogo.

Sevilla a 20 de abril de 1999

El editor

Lección I

El estudio crítico histórico de los Evangelios

1. La palabra "Evangelio"

La palabra "Evangelio', se deriva del griego y de él ha pasado a todas las demás lenguas.

Su forma griega es *"euanguelion"* y consta de un adverbio (*eu,* bien) y de un verbo (*anguellô,* anuncio).

Evangelio, pues, según su etimología, es lo mismo que *"buena nueva"*, *"buen anuncio"*. Mas su significado en la literatura griega, como el de sus correspondientes hebreo y arameo, *besorah, besoretah,* no estuvo siempre en relación directa con el origen etimo-lógico

"Euanguelion" designó con frecuencia, sobre todo en la lengua clásica antigua, el premio, el don y la recompensa que se daba al portador de una buena noticia. La forma corriente era el plural [1].

En este sentido escribe Cicerón a su amigo Atico: "O suaves epistolas tuas, uno tempore mihi datas, duas! Quibus *euanguelia* quae reddam, nescio ; deberi quidem plana fateor" [2]. "Oh qué agradables tus dos cartas, que me fueron entregadas a un mismo tiempo.

---

(1) Hom. Od. 14, 152, 166.

(2) Ad Atticum, 2, 12.

No sé qué recompensa dar por ellas; pero confieso que se les debe."

Si al correo de una buena noticia se le daba un *premio* (evangelio), a los dioses que la habían proporcionado se les ofrecía un *sacrificio*, que también se expresaba con la palabra evangelio [3].

Los traductores griegos del Antiguo Testamento han empleado alguna vez la palabra "Evangelio" en el sentido de premio, recompensa o merecido.

Así dice David que al mensajero de la muerte de Saúl, que pensaba traerle una buena noticia, le dió su merecido *(euanguelia)*, haciéndolo matar en Siceleg [4]. S. Jerónimo ha traducido por *"mercedem"*, donde el griego pone "euanguelia', y el hebreo *"besorah"*.

En el mismo S. Juan Crisóstomo se encuentra este sentido clásico [5].

Con todo, en los traductores alejandrinos y en los mismos escritores griegos posteriores al siglo de Alejandro, la palabra "Evangelio" tiene generalmente su sentido etimológico de buena nueva o anuncio. Apiano concibe la noticia de la muerte de Cicerón como "un evangelio" o buena nueva para su adversario Antonio [6].

Este sentido se encuentra con frecuencia en los papiros e inscripciones griegas del siglo que precede a Cristo y aun de los posteriores [7].

---

(3) Aristófanes, Equit. 654, euanguelia zuein.

(4) 2 Sam, 4, 10.

(5) In Act. hom. 19, 5; (PG 60, 157).

(6) Appian. Civ. 4, 20. Cfr. Lucian Asin. 26.

(7) Cfr. A. Deissmann, Licht vom Osten, Tübingen, 1923 pp 313. 447. Una inscripción del año 9 a C. encontrada en Priene y que habla de

En la traducción griega de los Setenta leemos con frecuencia, sobre todo en la profecía de Isaías, el término "evangelio, evangelizar" con el sentido de buena nueva o anuncio, pero de orden religioso o mesiánico. En el conocido texto que la Iglesia aplica a la venida de los Reyes Magos, dice así el Profeta, tomando directamente las palabras del texto griego; "Vendrán a tí rebaños de camellos; te cubrirán los camellos de Madián y Efa; de Sabá vendrán muchos trayendo oro; traerán incienso y evangelizarán la salvación del Señor" [8].

El sentido de evangelio y evangelizar en Isaías, es netamente mesiánico. Su objeto o contenido es la obra de salvación que Dios quiere realizar por el Mesías y que empieza a anunciar a los hombres con caracteres de suprema alegría y felicidad, siglos antes de su realización.

La profecía de Isaías influye en el lenguaje de los predicadores y escritores del Nuevo Testamento.

Cristo, S. Lucas y S. Mateo aluden expresamente a los lugares mesiánicos de Isaías donde se encuentra la palabra "Evangelio" o el verbo "evangelizar" [9].

En el vocabulario del Nuevo Testamento, "Evangelio y evangelizar,, tienen siempre un contenido sagrado y mesiánico que deriva del lenguaje profético de Isaías.

---

las buenas nuevas (euanguelia) traídas al mundo por Augusto. En el mismo sentido habla otra inscripción ática sobre Septimio Geta y Julio Vero Máximo. Id. ib. p. 313s.

(8) Is 60, 6; cfr. 40, 8; 52, 7; 61, 1; Ps 39, 10; 67, 12; 95, 2.

(9) Cfr. Lc 4, 18; 7, 22; Mt. 11, 5.

El Evangelio en la predicación de Jesucristo y de sus Apóstoles y Evangelistas, es la buena nueva por excelencia, la nueva de la salvación traída al mundo por el Mesías.

Es muy frecuente encontrarse en la predicación y escritos del Nuevo Testamento con la palabra *Evangelio, Evangelio del Reino, Evangelio de Dios, Evangelio de Cristo, Evangelio de la gracia de Dios, de la gloria de Dios* [10].

No es siempre uno el sentido del atributo modificativo. Unas veces hace de sujeto y otras de objeto. Así el Evangelio de Dios es la buena nueva que Dios ofrece al mundo.

El Evangelio de Pablo es lo que él predica. El Evangelio de la gracia, de la gloria de Dios, es el Evangelio que tiene por objeto la gracia y la gloria de Dios. Y el mismo sentido objetivo tiene "el Evangelio del Reino". Los Judíos del tiempo de Cristo resumían en la palabra "reino de Dios o de los cielos" sus ideas sobre la futura redención de Israel. Todas las promesas de Dios sobre la futura grandeza y liberación de los Judíos, todas las esperanzas del pueblo, se compendiaban en el reino de Dios. Jesucristo, al empezar su predicación, anuncia que ese reino ha llegado, y con él la

---

(10) *Evangelio:* Mt 26, 13; Mc 1, 15; 8, 35; 10, 29; 13, 10; 14, 9; 16, 15; *Ev. del Reino:* Mt 4, 23; 9, 35; 24, 14; Mc 1, 14; *Ev. de Dios:* Rom I, 1; 15, 16; 2 Cor 11, 7; 1 Tes 2, 2; 8, 9; 1 Pet 5, 17; *Ev. de Cristo:* Mc 1, 1; Rom 15, 19; 1 Cor 9, 12. 18; 2 Cor 2, 12; 9, 13; 10, 14; Gal 1, 17; Fil 1, 27; 1 Tes 3, 2; 2 Tes 1, 8; *Ev. de la gracia de Dios:* Act 20, 24; *Ev. de la gloria de Dios:* 1 Tes 1, 11; *Ev. mío:* (de Pablo): Rom 1, 16; 16, 25; 2 Cor 4, 3; 1 Tes 1, 5; 2 Tes 2, 14; 2 Tim 2, 8; *Ev. del prepucio o incircuncisión:* Gal 2, 7.

realización de las promesas de Dios, la realización de las esperanzas de Israel.

Esta es la buena nueva que anuncia Jesucristo, este es su *"Evangelio"*.

Esto es lo que *"evangeliza"*. Y, porque el reino de Dios, las promesas de Dios, las esperanzas de Israel, se resumían en la persona del mismo Mesías, evangelizar el reino es lo mismo que evangelizar al Señor, evangelizar a Jesús, que es el Mesías prometido, el Redentor del mundo [11].

Este es el sentido que tiene "el Evangelio" en la boca de Jesús y en la pluma de sus historiadores. Conserva su valor etimológico de "buena nueva", limitada al campo sagrado, religioso y mesiánico; se trata siempre de una nueva concreta y particular, la nueva o noticia que Jesús mismo en persona o sus Apóstoles y Enviados difunden por el mundo entero de que ha llegado ya el Reino de Dios, se ha cumplido ya el tiempo de que Dios realice sus promesas de redención y perdón; la venida de Dios a la tierra en la persona de Jesús de Nazaret, es en concreto la buena nueva, el "Evangelio" que Dios comunica.

La palabra "Evangelio" hoy nos sugiere enseguida la idea de un *libro* sagrado. Y, sin embargo, no fué éste su sentido primitivo, el que tuvo en la boca de Jesucristo y en la pluma de sus Apóstoles. Ni tampoco fué la idea que suscitaba en la mente de los primeros cristianos. El Evangelio antes de ser escrito fué pre-

---

(11) Cfr. Lc 4, 43; 8, 1; 10, 16; Act 8, 4; 15, 35; 11, 20; 5, 42; 8, 35.

dicado. Antes de ser leído, fué oído. Antes de ser libro, fué palabra.

La palabra de Cristo, de sus Apóstoles, el contenido hablado del mensaje divino que trasmitían a los hombres sobre la nueva economía religiosa de redención y gracia.

El Cristianismo no nació de los libros, sino de la Revelación de Dios comunicada por la palabra viva de Cristo y de sus Apóstoles. Dos de éstos, S. Mateo y S. Juan, escribieron después algo de lo que Cristo y ellos mismos habían predicado. Dos de los discípulos de Pedro y Pablo, S. Marcos y S. Lucas, fueron también escritores del primitivo mensaje oral cristiano. Y poco a poco, por esos cambios frecuentes del lenguaje humano, la palabra "Evangelio" del contenido histórico y doctrinal que en un principio significaba, pasó a expresar los libros o escritos que lo encerraban.

Pero tardó tiempo en imponerse este uso figurado.

En los primeros escritores cristianos no tiene todavía el Evangelio el sentido de libro o escrito. Se refiere más generalmente al contenido del mensaje cristiano y apostólico. Así en S. Clemente Romano y en S. Ignacio de Antioquía [12].

---

(12) Clemens R. Epist. ad Cor, I, 42, 1-3 «Apostoli evangelizati sunt a Christo et ipsi evangelizant» (PG 1, 292; F 1, 152); Cor 47, 2 «Initium Evangelii» es lo mismo que el principio de la predicación o religión cristiana. (PG 1, 306; F 1, 161; Para S. Ignacio el Evangelio es la nueva de Cristo y su doctrina. (Ad Fhilad 5, 1.2; 8, 2; 8, 2; Ad Smyrn, 5, 1; 7, 2).

En el texto de Philad 8, 2 (PG 5, 700) Cornely-Merk ve ya el sentido de libro o escrito (p 621). Lo mismo cree Rosadini (p 116). También se suele traer en este sentido un texto de la Didache o Doctrina de los

S. Justino, en la primera mitad del siglo II, designa todavía nuestros libros con el nombre clásico de "Memorias de los Apóstoles", nombre que recuerda el título que dió Jenofonte a su obra sobre Sócrates [13].

Sin embargo, el mismo S. Justino nos advierte que era ya frecuente entre los cristianos llamar las Memorias de los Apóstoles con el nombre de "Evangelios". "Las Memorias de los Apóstoles que se llama Evangelios" [14].

Esta expresión de S. Justino nos prueba que ya en su tiempo, dentro del cristianismo se llamaba Evangelios a los libros que trataban de la vida y doctrina de Jesús. S. Justino, sin embargo, que escribe a los de fuera, no los llama Evangelios, sino Memorias, término de pureza clásica más reconocida [15].

2. Los Evangelios Canónicos

La Religión cristiana nació de la palabra de Jesús y de sus Apóstoles.

Jesucristo, al revés de los grandes personajes humanos de la historia, no nos ha dejado una letra escrita. No fué un escritor, sino un predicador. Los más de

---

Doce Apóstoles. «Sicut habetis in Evangelio» (15, 3.4) «Facite secundum mandatum Evangelii» (11, 3) Es muy posible que ya en estos autores tenga la palabra Evangelio el sentido de escrito, pero no es cierto).

(13) (Apol I, 66 (PG 6, 429; J 128); Dial. 103, 8 (PG 6, 717; J 143).

(14) (Apol I, 68 (PG 428; J 128; K 56).

(15) Cfr Cormely Merk p 621.

sus Apóstoles fueron también meros predicadores. Por la predicación viva de la palabra hablada nació y se propagó el Cristianismo.

"El Cristianismo no comenzó como una academia de iguales que interpreta cada uno a su manera una antología de pensamientos escritos, como lo hubieran podido hacer los discípulos de Platón o de Aristóteles. Desde un principio, la Iglesia fué una sociedad jerárquica, presidida por S. Pedro y el Colegio de los Doce. Su doctrina no era escritura, sino palabra: "La palabra de Dios", "la palabra de la salvación". Los Apóstoles se presentan desde un principio "como los ministros de la palabra" [16].

Cristo regeneró al mundo con su sangre y con su palabra y así quiso que cooperasen a su obra los suyos. La cristianización del mundo pagano se hizo por medio de la palabra hablada, rubricada con la sangre de los mártires.

Los numerosos términos con que designan los historiadores cristianos la actividad de los Apóstoles, revelan siempre que toda su fuerza estaba en la predicación hablada. *Evangelio, evangelista, evangelizar, predicar, testimonio, testimoniar, hablar, oir,* son otros tantos términos que muestran cómo la instrucción fundamental venía de la predicación.

Todavía a mediados del siglo II, Papías confía más en la fuerza de la palabra hablada que en la eficacia de los escritos. Más que leer libros, prefiere escuchar

---

(16) J. Huby, L'Evangile, p x 10s).

la voz de los Apóstoles, trasmitida por el hilo seguro de sus discípulos inmediatos.

Las palabras de Cristo no se introducen nunca en los escritos del N. T., a excepción de la segunda carta de S. Pedro, con un "está escrito", sino con un "dijo, un mandó".

Los Apóstoles no recibieron de Cristo el encargo explícito de escribir, sino de predicar y por eso se consagraron de lleno a la tarea de la catequesis oral.

Cuando nacen los primeros escritos cristianos, la catequesis oral es ya adulta y tiene sus formas claras y definidas.

La catequesis apostólica versaba esencialmente sobre la vida y la doctrina de Cristo. Cristo en la nueva religión desempeñaba un papel absoluto. Era el Fundador y era el Dios a donde se dirigía el culto. Había que creer en Cristo, amarlo y adorarlo al par del Dios de Israel. Pero antes de creer en Cristo, los catecúmenos tenían que saber quién había sido, lo que había hecho y lo que había dicho. Ciertos rasgos de la vida y fisonomía de Cristo, tenían que acentuarse de una manera especial. Así en los labios de los Apóstoles judíos y ante un auditorio de judíos, adquirieron especial relieve la descendencia davídica de Jesús según la carne, anunciada por los Profetas; su nacimiento de mujer, sin ninguna mención de padre carnal, su bautismo, los testimonios de Juan el Precursor, su fuerza en obras y palabras, sus entrañas de caridad, su obediencia, humildad y resignación total en las manos del Padre en las horas amargas de la Pasión y, por último, su triunfo glorioso con la Resurrección y Ascensión a los cielos.

A medida que el círculo cristiano se amplía y los predicadores primeros, testigos de la vida de Cristo, se irradien, separándose cada vez más del centro, se siente la necesidad de fijar por escrito la palabra de los Apóstoles, para consuelo de los simples fieles y para ayuda de los futuros predicadores.

Así nacen los primeros escritos cristianos, verdaderos apuntes de los discursos de S. Pedro y de sus compañeros; resúmenes de la catequesis oral ; colección de hechos y sentencias del Señor.

Cuando S. Lucas, entre el año 60 y 65, escribe su primer libro, se encuentra con muchos predecesores en la empresa de poner por escrito la verdad de lo que todos los fieles habían aprendido.

Hoy es bastante unánime el sentir, aun de los críticos católicos, que hubo en los primeros tiempos otros escritos distintos de nuestros actuales Evangelios y anteriores a algunos de ellos. Muy posiblemente fueron simples florilegios de hechos y sentencias sin orden ninguno cronológico, que fueron pronto suplantados por las obras de S. Mateo, San Marcos y S. Lucas.

San Juan escribe bastante más larde, a fines del siglo I, cuando los tres primeros Evangelios y el Cristianismo ha corrido por todo el imperio.

En el siglo II nacen otros Evangelios en diversas iglesias y sectas particulares.

Los Obispos se empiezan a preocupar ante el crecido número de escritos sobre Jesucristo, pues la mayoría de ellos cambian y deforman la verdadera historia.

La Iglesia universal no reconoce desde el año 60 por lo menos, mas historia auténtica de Cristo que las obras de Mateo, Marcos, Lucas y luego la de Juan.

Estas obras no llevaban título que las distinguiese de los falsos Evangelios que iban naciendo. Los Obispos del siglo II les ponen un título que revele sus verdaderos autores y las distinga así de las otras menos seguras o falsas.

Y desde entonces, los cuatro Evangelios llevan los títulos de "Evangelio según Mateo, según Marcos, según Lucas y según Juan". Estos Evangelios, y solamente estos, entran en la lista o canon de los libros sagrados que reconoce la Iglesia como auténticos y divinos. Así tenemos los Evangelios canónicos, en oposición a los evangelios apócrifos, que, sin negarles toda historicidad, la Iglesia no quiso nunca reconocer como suyos.

El presente libro sobre el valor histórico de los Evangelios, se circunscribe a los Evangelios Canónicos, a los Cuatro Evangelios que la Iglesia católica reconoce como auténticos, históricos y divinos. Y tratamos de ver si ese sentir unánime de los católicos, sobre la historicidad de nuestros libros sagrados, tiene un fundamento real y científico en la historia crítico-literaria.

S. Jerónimo, en el siglo IV, nos dice expresamente que hubo muchos en los orígenes cristianos que escribieron Evangelios, como atestigua S. Lucas en su prólogo. De ellos quedaban muchos todavía en tiempo del Santo Doctor. "Muchos fueron principio de diversas herejías, como el Evangelio según los Egipcios, Tomás,

Matías, Bartolomé, el evangelio de los Doce apóstoles, el de Basílides, el de Apeles y de los demás que sería interminable enumerar. Al presente baste decir que hubo algunos que sin el espíritu y gracia de Dios intentaron hilvanar una simple narración, más que hacer una historia; conforme verdad... Por esto la Iglesia que fué fundada por la palabra del Señor sobre la roca, sólo reconoce cuatro Evangelios, que son los cuatro ríos del paraíso" [17].

3. Importancia del estudio científico de los Evangelios

Monseñor Bougaud, en su obra *"El cristianismo y los tiempos presentes"*, escribe: "Si en esas cuatro Memorias no se tratase... más que de hechos ordinarios, aun cuando fuesen muy numerosos, no se habría nunca discutido su valor histórico; como no se discute el valor de los Comentarios de César o de las Memorias de Joinville. Pero trátase aquí del más grande de los acontecimientos, de un personaje que no se impone solamente a nuestra atención, sino que pide nuestra fe y la adoración y el culto de la humanidad" [18].

Los Evangelios, en concreto, tienen una importancia máxima en el estudio científico de la Religión Cristiana. Los dos grandes tratados que sirven de Intro-

(17) Prolog in Mt (PL 26, 15-18).
(18) Barcelona, 1907, Vol. II, p. 13.

ducción a la teología católica, el tratado de Jesucristo, Legado divino, y el tratado de la Iglesia, arrancan, se fundan y toman sus pruebas, de los Evangelios. Si los Evangelios son libros históricos y dignos de fe –nada mas que fe humana, como la que se puede dar a los Comentarios de César o a los Anales de Tácito– la existencia histórica de Jesucristo, su autoridad y su palabra de Enviado divino, su mensaje, se impone al historiador y al filósofo.

La Iglesia católica, como obra de Cristo, como sociedad infalible en materia de religión necesaria para dar el verdadero culto y agradable a Dios, para la salvación de los pueblos, se impone también en mera ciencia histórica.

Los Evangelios son el documento histórico más inmediato y más completo sobre la existencia histórica de Jesús de Nazaret, sobre su vida en este mundo, sobre los orígenes del cristianismo. Los Evangelios son los libros de los cristianos por antonomasia los que más han influido en todos los escritores cristianos, en los apologistas, en los ascetas, en los teólogos. Los que mas han influído en la organización y en la vida practica del cristianismo. Amigos y enemigos se han valido de los Evangelios para explicar y defender el cristianismo, para impugnarlo.

A Jesucristo lo conocemos en gran parte por los Evangelios; el cristianismo vale en gran parte lo que valen los Evangelios; es lo que son los Evangelios. La importancia del cristianismo, esta religión que se da como la única verdadera y agradable a Dios, como el medio indispensable para la salvación de los pueblos

y de los individuos, es la importancia que tiene el estudio científico y profundo de los Evangelios.

La humanidad antes de arrodillarse y de creer en Jesucristo, antes de aceptar el cristianismo, su dogma, su moral, su jerarquía y organización, tiene derecho a asegurarse de sus fuentes históricas.

Cada época emprende con pasión el estudio de los Evangelios y la nuestra se distingue por él. Las discusiones del siglo XVIII en Inglaterra y Francia dieron poco de sí, porque fueron demasiado apasionadas, limitadas a una superficialidad estéril por demasiadas prevenciones y prejuicios.

La batalla en torno a los Evangelios como libros históricos creció en el siglo XIX. La crítica alemana tuvo el atrevimiento de romper abiertamente con las tesis tradicionales; pero con ello creó muchas cuestiones que estudiadas con paciencia y amplitud de datos, iluminaron la verdad tradicional, que en un primer momento de pasión y deslumbramiento habían negado.

En medio de un fuego de lucha que ha durado mas de un siglo han aparecido muchas luces, muchas estrellas nuevas que ilustran, embellecen el cielo sereno y antiguo del dogma católico.

4. Doble aspecto de los Evangelios

Los católicos distinguimos en los Evangelios y, en general, en todos los libros sagrados, un doble aspecto: el humano y el divino.

Considerados bajo el aspecto humano, los Evangelios son objeto de la ciencia que se llama Introducción a los Libros del Nuevo Testamento [19].

Considerados en su aspecto divino, como palabra de Dios, son objeto de la ciencia que se llama Exegesis Bíblica.

Los Evangelios en su aspecto humano prescinden de que sean o no libros inspirados, libros que tienen Dios como autor principal. No se mira en ellos sino su valor humano que les proviene de la ciencia y veracidad de los autores humanamente considerados, en pura ciencia histórica.

La Teología se puede apoyar en los Evangelios como palabra de Dios; pero la Apologética, como son los tratados de Cristo Legado divino y de la Iglesia, no pueden basarse en los Evangelios sino como obras de fe y autoridad humana, de pura historia.

Para que los Evangelios tengan valor humano, autoridad histórica ante nosotros, estudiosos del siglo XX, es preciso que nos conste de sus autores humanos, de su integridad, y de la ciencia y veracidad de los autores.

La genuidad o autenticidad de los Evangelios estudia sus autores. ¿Fueron realmente escritos por los autores a los que comúnmente se les atribuyen? el I y el IV Evangelio ¿fueron realmente escritos por dos apóstoles que se llaman Mateo y Juan? El II y el III Evangelio ¿ fueron realmente escritos por dos discípulos de los apóstoles que se llaman Marcos y Lucas?

---

(19) Cfr. *Cornely-Merk,* nº 1-6.

Esto es lo que estudia la genuinidad de los Evangelios.

La Crítica textual estudia la integridad del texto, la genuinidad del texto. Es una aplicación de la tesis anterior al texto. ¿Poseemos nosotros, al cabo de 20 siglos, el texto, la obra tal y como salió de la mano de sus autores? ¿Ha llegado a nosotros con cambios e interpolaciones?

La historicidad de los Evangelios estudia la ciencia de los autores y su veracidad. ¿Los autores estuvieron bien informados de los hechos y dichos de Jesús? (ciencia). ¿Falsearon la historia, los hechos y dichos que presenciaron o recibieron, los sujetivaron o modificaron a sabiendas? (veracidad).

El valor histórico y humano de los Evangelios es evidente que consta de estas tres verdades: autenticidad, integridad e historicidad de los autores. Si se prueban estas tres tesis crítica e históricamente es indiscutible el valor de los Evangelios, su autoridad histórica.

Son las verdades que se necesita probar de antemano, cuando se trata de cualquier historia, aun profana. No se puede pedir mas para los Evangelios que lo que se pide para otros libros. Y probaremos por los métodos crítico-históricos con que se estudia el valor histórico de la historia o narración cualquiera.

5. Posición privilegieda de nuestros libros

Al empezar nuestro estudio nivelamos los Evangelios con cualquier otro libro de historia de la antigüedad clásica griega o romana. Con todo, desde un principio debemos afirmar que el resultado de la investigación no puede ser mas optimista y consolador. En favor de la autenticidad de los Evangelios existe tal tradición literaria como no existe para ningún otro escrito de la antigüedad. Una tradición antiquísima, pública, universal, constante. No tiene ni la menor comparación con la de ciertos escritores profanos, cuyas obras nadie pone en tela de juicio. Según los datos que toma Cristián Pesch de la Historia de la literatura griega de Christ, resulta que la primera mención literaria que encontramos en favor de Herodoto es en Aristóteles. A saber, cien años después de la muerte de Herodoto. La segunda, en Cicerón, más de 300 años después [20].

Si de la genuinidad pasamos a la integridad del texto, la posición privilegiada de los Evangelios es todavía más relevante.

Ernesto Bickel [21] en su reciente historia de la Literatura Romana dice que en las bibliotecas de Europa, de todos los autores latinos no se conservan, sino 30 manuscritos que lleguen al siglo IV.

Y de siglos posteriores, contando todos los autores latinos, los códices unciales no pasan de 400.

---

(20) N. 132

(21) Lehrbuch der Geshicchte der römischen Literatur, Heidelberg, 1937, p. 1, 3, 4.

De Virgilio, el poeta nacional romano, de la época de Augusto, sólo se conservan tres códices unciales.

De los discursos de Cicerón, el único códice en alguna manera completo y más antiguo es el *Vaticanus Basilicae S. Petri*, que pertenece al siglo VIII.

Los Evangelios, en cambio, nos han llegado a nosotros de una manera segura y amplia por tres clases de documentos: a) directamente, por los códices que llegan a 2610. De ellos 210 son unciales o mayúsculos y 5, aunque algunos sólo son fragmentos, del siglo IV.

De los 50 papiros que poseemos hasta el presente, el último, recientemente encontrado, es del siglo II. Los Leccionarios llegan hasta 1600. Un total de 4.260 testigos directos del texto sagrado.

b) Indirectamente y por completo lo tenemos también en las versiones, de las cuales hay algunas que llegan hasta el siglo II.

c) Implícitamente encontramos el texto mismo de los Evangelios en las citaciones de los autores antiguos. Citas frecuentes y muy completas en los autores del siglo III y II. Algunas se encuentran hasta en escritos del siglo I. La ciencia y veracidad de los autores está críticamente probada hasta en los últimos y más pequeños detalles.

De los Evangelios se ha hecho el análisis más minucioso que se puede hacer de un libro. Ningún otro libro de historia se ha sometido a tantas ni a tan duras pruebas. Y ahí están nuestros Evangelios sin que sus adversarios hayan podido demostrar la falsedad de una sola de sus afirmaciones.

6. Marco científico y lingüístico en que nacieron los Evangelios

A diferencia de Buda, Jesús no vino al mundo en una época de nublados históricos. Jesucristo nace en plena historia, bajo Augusto, y muere bajo Tiberio. Los Evangelios que nos hablan de la vida de Jesús se escriben en la lengua internacional de su tiempo, en la lengua del pueblo y de los sabios, en griego. La humanidad vive entonces uno de los períodos de más alta cultura filosófica y literaria. Alejandro había conquistado el mundo para unificarlo. La cultura y civilización griega había corrido a todo el oriente.

La capital del mundo intelectual fué Alejandría, donde las ideas del oriente se juntaron con las del occidente y de donde las ideas, como las mercancías, pasaban a todo el mundo. La biblioteca de Alejandría en tiempo de César, poco antes del cristianismo, llegó a tener hasta 700.000 volúmenes. Las literaturas de todos los pueblos debían hallarse en aquella biblioteca y los espíritus de todas las naciones mezclarse allí como los ríos en el mar.

Los literatos se preocupan de las ediciones críticas. Hacia el año 170 antes de Cristo, Aristarco de Somotracia hace su edición crítica de Homero y se preparan los primeros diccionarios [22].

(22) Cfr. *Weiss*, Historia Universal, Barcelona, 1927. Vol. III. p. 74-111.

Los judíos están en íntimo contacto con el espíritu de Alejandría.

Un intercambio continuo de viajeros y de cultura. La colonia judía de Alejandría, en la mitad del siglo I antes de C., según datos de Diodoro de Sicilia [23] llegaba hasta 300.000, sin contar los esclavos y los que estaban de paso.

Todos los judíos de la Diáspora conservaban íntimo y directo contacto con la Tierra Santa y sobre todo con la capital, Jerusalén, a donde subían por lo menos una vez al año. Hacia el siglo III o II a. de C. se traduce al griego toda la Biblia para los judíos, que no conocen ya sino el griego, y para los paganos que se vuelven hacia el judaísmo [24].

Con Roma, la capital política del mundo, tiene también íntimo contacto Palestina. Las autoridades civiles y militares son romanas. Herodes el Grande hace varios viajes a Roma para asegurarse el trono. Los hijos de Herodes, las supremas autoridades civiles, durante la vida de Jesús, se educan en Roma.

Los judíos de Roma eran numerosos. Hacia el año en que nació Jesús, se les calcula en 8.000 por lo menos. Cicerón se lamenta del oro romano que mandan al Templo de Jerusalén [25].

En suma, Palestina, la patria de Jesús, el teatro de su actividad mesiánica, no era un rincón aislado

---

(23) XVII, 52.

(24) Cfr. *Ricciotti,* Storia d'Israele, Torino, 1933, Vol. II. nº 190-194.

(25) Pro Flacco. Cfr. *Ricciotti* o. c. u. 195-200.

del mundo civilizado. El Helenismo había penetrado profundamente en Palestina con la dominación griega primero y después con Herodes y sus hijos, todos de espíritu griego-romano.

En la corte de Herodes se mencionan dos maestros, uno griego y otro romano, como preceptores de los hijos; diversos retóricos y filósofos. Los áulicos del rey eran casi exclusivamente griegos. Entre los nombres de sus servidores, no se encuentra sino uno semita. Todos llevan nombres griegos. Al morir el rey, el pueblo pidió a Arquelao, su sucesor, que despidiera a los griegos e introdujera judíos en su lugar.

Como prueba clara del espíritu cosmopolita y universal que reinaba en Palestina en tiempos de Jesucristo, baste el hecho de que la sentencia o el título que justificaba su crucifixión se hubo de escribir en tres lenguas: griego, latín y arameo. Jerusalén era un centro de universalidad. Todos los pueblos y razas del mundo civilizado desfilaban por sus calles, sobre todo en las grandes festividades.

Jesucristo vive en plena historia y en plena civilización y muere blanco de las miradas de todos los pueblos y razas.

Los Evangelios nacen en este mundo heterogéneo, mundo sabio y culto, que echó la semilla de todas las civilizaciones y culturas que han venido después.

Hay todavía más. Fuera del primer Evangelio, que se escribió en arameo y en Palestina, los otros tres, se escriben en griego, la lengua más culta de la antigüedad y la más universal; se escriben también fuera de Palestina.

El cuarto Evangelio en Efeso, ciudad de las más cosmopolitas y cultas del Asia Menor. El Evangelio de S. Marcos y de S. Lucas, se escriben en Roma, el corazón del imperio.

LECCIÓN II

La genuinidad de los Evangelios en los documentos del siglo IV y III

1. Importancia de la tesis de la genuinidad de los Evangelios

El estudio de la genuinidad de los Evangelios se propone investigar si los autores son realmente los que comúnmente se cree. Si nuestros cuatro Evangelios fueron realmente escritos por dos apóstoles: S. Juan y S. Mateo; y por dos discípulos de los Apóstoles: S. Marcos y S. Lucas.

Esta tesis es de suma importancia para el valor humano de los Evangelios. Las obras de testigos oculares o muy próximos a los hechos que se narran revisten siempre, en pura historia y crítica, especial carácter de autoridad. Son las fuentes que todo historiador concienzudo y crítico busca, cuando trata de narrar hechos pasados.

El valor de la genuinidad y su importancia en la crítica de los Evangelios lo han comprendido muy bien los adversarios del dogma cristiano.

Se puede decir que los esfuerzos todos de la Crítica independiente durante el siblo XIX han tenido como blanco la destrucción de la fe cristiana en los autores de los Evangelios.

El blanco último era destruir su valor de fuente histórica, pero para llegar aquí era preciso probar que no eran obras del siglo I o por lo menos de testigos presen-

ciales o muy próximos a los hechos. Obras de autores desconocidos, lejanos a los sucesos que narran, que no reflejan ya la fe de la primitiva Iglesia de Jerusalén, sino la fe de las Iglesias del siglo II, esparcidas por el vasto imperio de Roma. S. Juan, S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas son nombres con que se cubrieron los verdaderos autores innominados de los Evangelios o nombres que pusieron los obispos y las Iglesias del siglo II para autorizar entre los fieles dichos escritos.

Si a esta tesis de la genuinidad los adversarios le dan tanta importancia, nosotros los católicos no podíamos descuidarnos; precisaba estudiar en serio la materia, la literatura antigua cristiana, la historia, hacer análisis detallado de los mismos Evangelios para sacar con certeza de crítica-histórica la época de su composición, sus verdaderos autores. Debíamos probar científicamente, por el testimonio externo de los documentos y el interno de los libros mismos, la verdad que creíamos poseer fiados en la fe y confianza que teníamos depositada en el magisterio infalible de la Cátedra de Pedro.

Hasta el siglo XVIII nadie había nunca dudado o negado los autores de los cuatro Evangelios. Se empezó por negar la autenticidad del cuarto Evangelio, con Eduardo Evanson, que fué el primero que salió en 1792 a la lucha. Le siguieron en Alemania Vogel (1802), Bretschneider (1820), Lützelberger (1840), Baur, el mismo año; Strauss quien, con su Leben Jesu del 1835 y 1864, armó una verdadera revolución en el campo bíblico [1].

---

(1) Cfr. *Cornely-Merk*, p. 737.

Las teorías y afirmaciones de estos primeros están hoy en el más completo descrédito, aun en el mismo campo acatólico, como veremos en lecciones subsiguientes.

2. Los títulos de los Evangelios

La palabra *"genuinidad"* deriva del latín y está tomada del orden natural. "Genuinus apellatur relate ad patrem, qui eum revera genuit" [2].

La palabra contraria es la de espurio o adulterino; el hijo que no tiene un origen legítimo, sino distinto del que oficialmente le corresponde y aparenta.

Los libros son "partos del ingenio". Libro genuino es aquel que ha sido realmente escrito por quien representa el nombre a quien se le atribuye.

"Auténtico", nombre de origen griego, dice lo mismo que genuino en esta materia. Genuinidad y autenticidad son también de hecho sinónimos.

Por la etimología *genuino* mira más al *origen* del libro y *auténtico* a la *autoridad* y valor que le compete.

Cuando una obra se presenta a sí misma como hija de un determinado autor, a quien en realidad, no corresponde, se dice que la obra está falsificada. Los Evangelios no se presentan a sí mismos conio obras de los Evangelistas, pues los títulos no pertenecen al texto original y primitivo.

---

(2) *Holzmeister,* n. 6.

En este sentido, aunque tuviesen otros autores, nunca serían obras falsificadas, sino *espurias*.

Con todo, desde que llevan los títulos de "Evangelio según S. Mateo, S. Marcos, S. Lucas y S. Juan", si estos no fueran realmente sus legítimos autores, tendríamos unos Evangelios pseudoepigráficos con títulos falsos, introducidos por ignorancia o mala fe.

Los Evangelios serían obras falsificadas, si los autores reales fuesen los mismos que les pusieron dichos títulos.

El fin, pues, del presente estudio es investigar si los autores auténticos de los cuatro Evangelios corresponden realmente a sus títulos de hoy.

Los títulos de los Evangelios no proceden, ciertamente, de sus mismos autores. Los escritores antiguos, sobre todo los orientales, nunca ponían su nombre en la cabeza de los escritos, si no era en las cartas [3].

Los títulos se conocían ya en el siglo II y muy posiblemente nacieron en sus principios con el fin de distinguir los Evangelios auténticos y oficialmente reconocidos por los obispos católicos de los otros apócrifos y no admitidos a la lectura oficial de las Iglesias.

S. Ireneo [4], el autor del Canon de Muratori [5], Clemente de Alejandría [6] y Tertuliano [7], conocen ya los

---

(3) *S. J. Crisóst*, in Rom. hom. 1 (PG 60, 395).

(4) Adv. haer. I, 26 y 27; III, 11 y 14 (PG 7, 687. 688. 844. 916).

(5) J 268.

(6) Paedag. I 8. 9. (PG 3, 336. 340); Strom. I (PG 8, 885. 889) qui dives, 5 (PG 9, 609).

(7) Contr. Marc. 4, 2 (PL 2, 363).

títulos. Tertuliano rechaza el Evangelio de Marción, porque no lleva título.

La versión latina más antigua, que reflejan las obras de S. Cipriano, los transcribe, conservando la forma griega: Evangelium kata Matthaeum, kata Marcum, kata Ioannem [8].

Todos los códices, aun los más antiguos, que poseemos de los Evangelios, tienen ya los títulos. No cabe, por tanto, duda sobre su antigüedad y de que remontan a los principios del siglo II.

Los obispos del siglo II quisieron ciertamente expresar con ellos los autores genuinos de los cuatro Evangelios.

Ya el mismo S. Agustín explica y defiende en este sentido los títulos de los Evangelios [9].

La partícula kata con acusativo expresa en el griego helenista el autor [10].

Y así lo entiende también el autor del fragmento de Muratori, cuando trata del tercer Evangelio.

La explicación más completa del alcance de los títulos nos la dan los *prólogos* llamados *antiguos y monarquianos,* llegados a nosotros por algunos códices de la Vulgata.

---

(8) Testim. I, 18 y 12 (PL 4, 688. 685); Cfr. *Th. Zahn.* Einleitung in das N. T., Vol. II, Leipzig, 1924, p. 177s; 183. *A. Harnack,* die Chronologie der alt christlichen Litteratur bis Eusebius, Leipzig, 1897, I, 682.

(9) Contra Faust. lib 32, c2 (PL 42, 498) cfr. *Th Zahn,* II 183.

(10) Cfr II Mach. 2, 13, los escritos de Neemías; *B. Dcbrunner,* Grammatik des neut. Griechisch, Göttingen, 1931, nn 163.224. Et. 5 dic. 1912, 591.

Los prólogos antiguos son tres. Dos más cortos para el Evangelio de S. Marcos y de S. Juan y otro más largo para el de S. Lucas. El prólogo a S. Mateo no ha llegado a nosotros. Encierran noticias preciosas sobre el origen de los Evangelios, sobre sus autores, el tiempo y el lugar de su composición.

Estos prólogos se escribieron en griego en el siglo II, muy posiblemente en Roma, y nos han llegado a nosotros por varios códices latinos de la Vulgata [11].

Los prólogos monarquianos, que también se encuentran en algunos códices de la Vulgata, dependen de los Prólogos Antiguos y, muy probablemente de su versión latina, pues no parecen sino amplificaciones difusas de ellos. No es unánime el sentir sobre la época a que pertenecen. Generalmente se cree que fueron escritos en griego, cuyo original ha publicado von Soden basado en un manuscrito griego de Atenas.

---

(11) Cod. Toletanus sg. 8, Cod. Matritensis (bibl. univ. 32) sg. 8/9, Cod. Vaticanus (Barberini 637) sg. 9, Cod. Legionensis (S. Isidoro) sg. 10. El prólogo de S. Lucas se encuentra ya en el Códice ff^2 de la vetus latina, del sig. 5.

El texto y su explicación lo publicó *D. de Bruyne,* Les plus anciens prologues latins del évangiles, Rbén 40 (1928) 193-214. Cfr. también *A. Harnack,* Die ältesten Evangelien-Prologe und die Bildung des N. T., Sitzungsberichte der (Königlich) preussischen Akademie der Wissenschaften, 24 (1928) 322-341.

Sobre la edad de estos prólogos convienen católicos y protestantes en el siglo II. *A. Jülicher-E. Fascher,* Einleitung in das N. T., Tübingen, 1931, p. 396, los coloca entre los años 160 y 180. *M. J. Lagrange* enla recensión que hace del artículo de Dom de Bruyne en RB 38 (1929) 115-121, dice en la p. 119 que no hay razón para colocar todos los prólogos antes del 170 y que tampoco se prueba que dependan de ellos S. Ireneo y el autor del Canon de Muratori.

Lagrange cree que se acerca más al primitivo texto griego la traducción latina. Según él, datan estos prólogos del siglo II y tienen la misma antigüedad que el Canon de Muratori.

Sin embargo, la generalidad de los autores los pone en el siglo III con Corsen y Dom Chapman [12].

Los títulos de los Evangelios, que remontan ciertamente hasta el siglo II, con los Prólogos Antiguos y Monarquianos que los comentan y explican en el siglo II y en el III, son ya una prueba histórica de la genuinidad de nuestros cuatro Evangelios Canónicos. Pero esto es lo que vamos a estudiar ahora metódicamente.

3. Método de estudio

La genuinidad de los Evangelios, cuáles son sus legítimos autores, es un hecho de historia. Los testimonios históricos deben por tanto ocupar el primer puesto en la demostración. Esto es lo que se llama testimonio externo.

Las razones de índole interna (testimonio interno) serán de carácter secundario, que pueden en mu-

---

(12) M. J. Lagrange, Evangile selon St Lc, Paris, 1921, XIV y XVI; P. Corsen, Monarchianische Prologe zu den vier Evangelien (Texte und Unters, zur Geschichte der altchrislichen Literatur) 15,1 (1986) El texto lo tiene también H. Lietzmann, Kleine Texte für theologische und philologische. Vorlesungen und Uebungen, Bonn, 1933; B. Altaner, Patrologia. Torino, 1940, p. 91 s.

chos casos decidir de la bastardía de una obra, pero que por sí solas no deciden la autenticidad.

Los testimonios de la genuinidad de los Evangelios desde el siglo IV hasta nosotros son innumerables. La tradición desde entonces acá es *constante, universal y clara* a todas luces. Una creencia que no ha tenido cambios ni menguantes hasta el siglo XIX o fines del XVIII.

Recoger y acumular testimonios históricos claros y de cosa que nadie duda, sería superfluo. Por esto seguiremos un camino de retrogresión.

Retrocederemos desde el siglo IV hacia abajo, hasta los orígenes mismos del cristianismo. ¿Con qué documentos nos encontramos en ese viaje de retrogresión que nos hablen de los autores de los Evangelios?

Este será nuestro método. La tradición histórica es una cadena que arranca de los testigos hasta nosotros. La parte de cadena que se extiende desde el siglo IV hasta nuestros días es de simple vista de fácil apreciación. Desde el eslabón del siglo IV seguiremos bajando hasta ver dónde llega esa cadena, hasta palpar científicamente su origen, su primer eslabón.

4. Constantino el Grande y Eusebio de Cesarea

Hay un punto firme y seguro en la historia de la literatura evangélica. Un eslabón cierto y palpable para empezar la reconstrucción de la primitiva cade-

na de la tradición. La Iglesia al salir de las Catacumbas lleva en sus manos los cuatro Evangelios canónicos, reconocidos por todos como obras de dos apóstoles y de dos discípulos de los apóstoles.

Lo afirma Eusebio, el padre de la historia eclesiástica, y con él todos sus contemporáneos.

Eusebio sobresale por su erudición y espíritu crítico. Testigo de la literatura antigua anterior a él, que pudo utilizar en la famosa biblioteca de Cesarea (30.000 códices), fundada por su maestro Pánfilo y aumentada notablemente por él. S. Jerónimo habla con frecuencia de esta biblioteca donde se reunieron los mejores códices de la primitiva literatura cristiana. Perduró hasta el año 638 en que fué incendiada al tomar los mahometanos la ciudad.

Eusebio nació en la segunda mitad del siglo III y murió el 339. Su autoridad se debe a los documentos de los tres primeros siglos cristianos que conoció en la biblioteca de Jerusalén y Cesarea. Los fragmentos que transcribió en sus obras revelan en él gran precisión y espíritu crítico. Coinciden por lo general perfectamente con los fragmentos hallados modernamente y llegados a nosotros por vías diferentes. Fué muy estimado y querido del emperador Constantino, que le honró con su amistad. La biografía de Constantino la debemos a la pluma de Eusebio.

Del Emperador recibió la orden de revisar el texto de los cuatro Evangelios y reformarlo en lo que pudiese discrepar o separarse de los códices más antiguos. Era el año 331. De Constantino recibió asimismo el encargo de hacer 50 ejemplares de la Biblia por

los mejores polígrafos y en cuadernos del mejor pergamino, de forma legible y portátil Estaban destinadas para las iglesias de la nueva capital del imperio [13].

Hecho importante que dió origen a los códices bizantinos que sirvieron más tarde de base al *textus receptus.*

Eusebio recoge en su Historia Eclesiástica las principales noticias y tradiciones sobre el origen y autores de los cuatro Evangelios canónicos que él llama *"Sacra Evangeliorum Cuadriga", "Communi omnium consensu recepta"* [14].

Nos aduce el testimonio unánime de S. Ireneo [15], de Orígenes [16] de Clemente de Alejandría [17] y de S. Papías [18].

La tradición unánime de los siglos II y III que le han precedido.

5. S. Jerónimo

En la historia bíblica del siglo IV descuella *San Jerónimo,* el doctor Máximo, el autor de la Vulgata Latina, tal y como hoy la poseemos, el libro oficial de la Iglesia católica. S. Jerónimo habla de los autores de

(13) Vita Constantini, IV, 36 s. (PG 20, 1183/6).
(14) HE III, 25 (PG 20, 268; J 656).
(15) HE V, 8 (PG 20, 450 p).
(16) HE VI, 25 (PG 20, 582-583).
(17) HE II, 15; III, 24; VI, 14 (PG 20, 171. 263-267. 551).
(18) HE III, 39 (PG 20, 295-302).

los Evangelios como hoy podemos hablar nosotros. Recogió en sus prefacios e introducciones todos los datos de la antigüedad sobre los Evangelistas. S. Jerónimo concibió la genial idea de unificar las traducciones latinas que corrían entre los cristianos. Reducirlas todas a una que estuviera plenamente conforme con los mejores y más antiguos códices griegos. Esta fue misión providencial, en la que le ayudó Mecenas y alentador el gran Pontífice español S. Dámaso.

San Jerónimo, no solamente da por ciero que los autores de los Evangelios son los que nosotros admitimos, sino que recoge los datos todos de sus vidas, los datos más importantes que hoy nosotros poseemos.

San Jerónimo habla en diversas obras de los Evangelistas. Baste aquí lo que dice brevemente sobre los Cuatro enla Introducción o Prólogo al Comentario de S. Mateo.

"El primero de todos es Mateo el publicano, por sobrenombre Levi, quien escribió el Evangelio en Judea y en hebreo, atendiendo, principalmente, a los judíos que habían creído en Jesús...

El segundo es Marcos, intérprete del apóstol Pedro y primer obispo de la Iglesia de Alejandría, el cual no vió personalmente al Señor, pero escribió lo que había oído predicar a su maestro, más conforme a la verdad que al orden de los hechos.

El tercero es Lucas el médico, natural de Antioquía de Siria, discípulo a su vez del apóstol Pablo. Escribió su libro en las partes de Acaya y Beocia, remontándose hasta los orígenes mismos de Cristo, como él dice en el prólogo, y siguiendo más lo que oyó que lo que vió.

El último fué Juan el Apóstol y Evangelista, a quien Jesús amó mucho. Recostado en el pecho del Señor, bebió de la corriente purísima de la verdad. El único que mereció oir desde la cruz: *He ahí a tu Madre.*

Estando en Asia y, cuando ya pululaban las semillas de las herejías de Cerinto, Ebión y los demás que niegan la venida en carne del Cristo y a los que él llama en su carta anticristos y a los que Pablo fustiga frecuentemente, fué obligado por casi todos los obispos que entonces había en Asia y por muchas comisiones de las Iglesias, a escribir más profundamente de la divinidad del Salvador y llegar, por decirlo así, hasta el Verbo de Dios, con más acierto que temeridad... Estos cuatro Evangelios fueron profetizados mucho antes, como prueba el libro de Ezequiel... El rostro de hombre representa a Mateo, que empieza su libro por la generación humana de Cristo... El león representa a Marcos, que da comienzo por la voz como de león que clama en el desierto... El toro representa a Lucas, que empieza su libro por el sacerdote Zacarías... El águila es figura de Juan Evangelista, quien con alas como de águila se remonta veloz hasta el Verbo de Dios" [19].

---

(19) Prologus in Evang. Mt (PL 26, 18.19).

6. Orígenes (185 ca. 254)

Con Constantino, Eusebio y S. Jerónimo dista más de 200 años del último Evangelista, que es S. Juan, y unos 250 años de los tres restantes, que llaman Sinópticos.

Testigos de la tradición, pero lejanos todavía. En ellos se oye la voz de la Iglesia, de la Comunidad cristiana, pero precisa oirla de labios más antiguos, más cercanos a los hechos, de las fuentes mismas en que se inspiran Eusebio y S. Jerónimo.

Demos, pues, un paso más y entremos en el siglo III.

La primera figura que se nos presenta, es sencillamente colosal, figura de gigante. Orígenes es el polígrafo más grande de toda la iglesia antenicena. Su figura llena toda la primera mitad del siglo III.

Nace probablemente en Alejandría a fines del siglo II (185/186), de padres cristianos. Tiene de maestro a su propio padre, Leónidas, y después a Panteno y Clemente de Alejandría, a quien sucede en la cátedra el 203/204. Su padre le reprendía a menudo muchas de las preguntas indiscretas que le hacía sobre el sentido de la Sagrada Escritura, pero cuando dormía besaba su pecho como habitación del Espíritu Santo. Cuando el 202 murió mártir su padre, la madre tuvo que esconder los vestidos del niño para que no saliera a la calle y se profesara públicamente cristiano. A los 18 años fué ya maestro en la Escuela Catequética.

El 212 hace un viaje a Roma para conocer de cerca aquella antiquísima Iglesia. El 230 tiene que dejar la cátedra de Alejandría y salir de la ciudad, indis-

puesto con el obispo. Se marcha a Palestina, donde abre una escuela en Cesarea. Por las luchas antiorigenianas del siglo V y siguientes, se han perdido muchas de sus obras.

Pasma la sola lista de sus obras de carácter bíblico.

EXAPLA: en esta obra monumental, de la que no hubo nunca sino un ejemplar, escribió en 6 columnas el texto *hebreo* con *caracteres hebreos,* el texto *hebreo* con *caracteres griegos,* el texto griego de *Aquila* (140?), el texto griego de *Símmaco* (200?), el texto griego de los *Setenta;* por último el texto griego de *Teodoción* (180). De los Salmos, por ejemplo, se hicieron varias copias. A nosotros no han llegado sino pequeños fragmentos.

ESCOLIOS: breves notas sobre pasajes difíciles o palabras oscuras a varios libros de la Escritura, entre los cuales estaba el Evangelio de S. Juan.

HOMILIAS: razonamientos sacros o sermones sobre diversos pasajes de la Biblia. Sobre S. Mateo, por lo menos, 25; sobre S. Lucas, 39; de los cuales nos queda la traducción de S. Jerónimo.

COMENTARIOS: tomos, volúmenes o libros, son: trabajos de exposición minuciosa en los que trata cuestiones filosófico-teológicas que orienten y den luz a los sabios mismos. Sobre S. Mateo, 25 volúmenes; sobre S. Lucas, 5; sobre S. Juan, por lo menos 32. Tal vez más, pues el volumen 32 termina. con el c. 13, 13 y en el Comentario a S. Mateo hace alusión al comentario que tiene sobre el capítulo 19 de S. Juan [20].

---

(20) Para los datos que damos aquí sobre los diversos autores que citamos se puden consultar algunas de las Patrologías modernas que ponemos en la bibliografía.

Esta sencilla exposición de las obras bíblicas de Orígenes prueba claramente que conoció los Evangelios. Del único que no se menciona ninguna obra suya es de S. Marcos. No debe extrañar. Los Padres antiguos apenas trataron este Evangelio, no porque no lo conociesen o estimasen, sino porque, dada su brevedad y los pocos versículos que tiene propios [21], les pareció suficiente hablar y comentar a S. Mateo y a S. Lucas.

Es indiscutible que Orígenes conoció los cuatro Evangelios y los atribuyó a los mismos autores que nosotros.

Al principio de su comentario a S. Mateo afirma haber sabido por la *tradición* que existían 4 Evangelios, los únicos recibidos sin controversia en toda la Iglesia de Dios. Este texto, el más célebre de todos, nos lo ha conservado Eusebio [22]. Pone expresamente el nombre de los 4 Evangelistas: "El primer Evangelio que se escribió fué el de Mateo, en un principio; después apóstol de Jesucristo. Lo publicó en lengua hebrea para los judíos que se habían convertido al cristianismo.

El segundo Evangelio es el de Marcos, que escribió, según la predicación de Pedro... El tercero el de Lucas, recomendado por Pablo y escrito para los gentiles. El último el de Juan."

---

(21) Segín el cómputo de Reuss que reproduce Rosadini, J. p. 222, S. Marcos no tiene sino 68 versos propios.

(22) HE-VI, 25 - 4-6 (PG 20. 581; J 503).

Al explicar el prólogo de S. Lucas habla de nuestros 4 Evangelistas como los únicos que recibieron la gracia del Espíritu Santo para escribir el evangelio de Jesucristo [23].

Compara los 4 Evangelistas a las trompetas que derribaron los muros de Jericó. "Jesucristo nuestro Señor en su venida... envía sus sacerdotes apóstoles con trompetas dúctiles, que son la celestial y magnífica doctrina de la predicación. El primero que lace oir su trompeta sacerdotal es Mateo, en su Evangelio; Marcos también, Lucas y Juan tocaron cada uno su trompeta sacerdotal" [24].

El testimonio de Orígenes en favor de los Evangelios reviste una triple forma.

Según algunos cómputos, tiene 9.231 *citas* de los Evangelios, precedidas muchas veces con los nombres expresos de los Evangelistas [25].

Trata expresamente del *origen* de los 4 Evangelios varias veces, afirmando expresamente que se deben a dos apóstoles, Mateo y Juan, y a dos discípulos de los apóstoles, Marcos y Lucas [26].

Los Evangelios son *Escritura sagrada*, de igual autoridad divina que los libros del Antiguo Testamento.

---

(23) In Lc. hom. I (PG 13, 1802 s; J 474).

(24) In Iesu Nave hom. 7, I (PG 12, 857; J 538).

(25) La edición crítica del Corpus Berolinense (CB) trae un índice de citas bíblicas al fina de cada uno de los volúmenes. Cfr sobre todo el vol. IV, p. 596 s. Cita expresamente a los Cuatro Evangelistas en el Comentario a S. Juan VI, 31 (PG 14, 287).

(26) En el coment. a S. Mat. escrito después del año 244, Euseb. HE VI, 25 (J 503). Asimismo in Lc hom I (J 474). Por último en el lugar antes citado de la hom. 7 sobre Josué (J 538).

Por esto Orígenes los comenta y explica, como verdadera palabra de Dios, de origen apostólico.

El testimonio, por tanto, de Orígenes, que abarca toda la primera parte del siglo III, nos revela cuál fué el sentir de la Iglesia en aquel tiempo y también en el siglo II, pues Orígenes siempre apela al consentimiento unánime de las Iglesias y de la tradición que había recibido.

Orígenes no es una voz aislada en la primera parte del siglo III.

Hacen coro con él *Ammonio,* contemporáneo suyo, y autor de una Sinópsis de los cuatro Evangelios Canónicos, con base S. Mateo [27] y *S. Cipriano,* nacido en Cartago hacia el 200 y muerto el 258. En su obra *"Testimoniorum libri III ad Quirinum"* nos ha dejado un verdadero florilegio de textos bíblicos de ambos Testamentos. Con mucha frecuencia cita frases de los Evangelios precedidas de la fórmula clásica: "Evangelio según S. Mateo, según Marcos, según Lucas, según Juan" [28].

S. Hipólito Romano, primer antipapa, muere en el destierro reconciliado con el legítimo sucesor de Pedro, S. Ponciano, el 235. Escribió en griego y puede compararse en fecundidad con Orígenes. Sus admiradores le erigieron una estatua de mármol, muy probablemente en el mismo sitio donde reposó su cuerpo

(27) Cfr Th. Zahn, Zeitschrift für Kirchengeschichte, 1920, 1ss.

(28) *Sec. Mt* sale en el libro I tres veces, en el II, cuatro, en el III veinteseis. *Sec. Mc,* sólo tres veces en el lib. III; *sec. Lc.,* tres veces en el II y diez y seis en el III; *sec. Jn.,* cuatro en el I, diez en el II y diez y ocho en el III.

en la Via Tiburtina. Descubierta el 1551, se guarda hoy en el Museo de Letrán.

En los lados y respaldo del sillón episcopal, donde se asienta el mártir obispo, están grabadas las tablas del cómputo pascual y una lista, no completa, de sus obras [29].

Entre las obras allí mencionadas está una "sobre el Evangelio de Juan y el Apocalípsis". Por los fragmentos que de ella han llegado hasta nosotros sabemos que en ella se propuso Hipólito defender la autenticidad de los escritos de S. Juan contra el presbítero romano Gayo.

Los nombres de nuestros cuatro Evangelistas preceden con mucha frecuencia a las numerosas citas que llenan las obras de S. Hipólito.

En el comentario sobre Ezequiel y el Cantar de los Cantares, aplica a S. Lucas el toro, a S. Mateo el león, el águila a S. Juan y el hombre a S. Marcos [30].

---

(29) Cfr Cabrol-Leclercq, Diction, d'Archéol, chrét. VI, 1419-2435.

(30) El texto que se refiere a los cuatro Evangelistas en Ezequiel está en alemán traducido del siriaco en CB I, 2.ª pars, p. 183. El texto sobre el Cantar de los Cantares en Texte und Untersuchungen, 23 fasc. 2 c, pag. 42 s. Fué publicado por Bonwetsch sobre la base de una traducción georgiana. La mayor parte de las obras de Hipólito se han perdido y lo que conservamos nos hallegado generalmente por traducciones de las Iglesias orientales, siriacas, árabes, etiópicas, armenas, georgianas y eslavas. La Iglesia Romana cubrió con un velo su memoria, siempre triste por haber sido el primer antipapa.

CB I, parte 2.ª, p. 197-227, reproduce en alemán fragmentos del Comentario al Evangelio de S. Mateo y S. Juan, conservados también en diversas lenguas orientales.

7. Clemente de Alejandría (ca. 140-214)

Todos los autores conceden que murió antes del 214. Eruditísimo en sus obras, donde figuran en las citas los nombres de casi todos los autores que le precedieron.

Tito Flavio Clemente nació probablemente en Atenas de padres gentiles. Conoció la religión y filosofía de su tiempo en Grecia, Palestina, Egipto. Ya cristiano recorrió el mundo civilizado en busca de las tradiciones cristianas, sobre todo por Italia, Siria y Palestina. Después alzó cátedra de filosofía cristiana en Alejandría, emporio del saber helénico. A la muerte de su maestro Panteno, se quedó al frente de la famosa escuela catequética de aquella ciudad. Desde el año 180 hasta su muerte enseñó allí como maestro.

A diferencia de sus predecesores, se creyó obligado a no ceñirse a la enseñanza oral. Debía ser maestro y escritor. Su propósito constante fué dar base científica a la doctrina cristiana, penetrarla filosóficamente y armonizarla con la ciencia sabia de su época.

Su grande introducción al cristianismo, a la que consagró casi toda su vida, abarca tres libros: el *Protréptico* o exhortación a los griegos, el *Pedagogo*, que mira a educar en la vida cristiana al lector ya alejado del paganismo, y los *Stromata*, tapices o cuadros, comentarios científicos sobre la verdadera filosofía, como rezaba su primitivo título. En este último libro es donde se propone de una manera especial la exposición científica de la Revelación cristiana.

En este último libro [31] tiene una frase, *como de paso*, muy interesante para nuestro estudio. Contra un tal hereje, por nombre Casiano, que se apoyaba en unas palabras falsamente atribuídas a Cristo, dice Clemente: "En los cuatro Evangelios que nosotros *hemos recibido* no tenemos esa sentencia."

Cuáles fuesen estos cuatro Evangelios recibidos lo declara abiertamente en otro libro suyo *"Hipotiposis"* (bocetos o bosquejos) que es un comentario a la Sagrada Escritura. En los fragmentos que nos ha conservado Eusebio [32], nos cuenta el origen de los cuatro Evangelios y el orden con que se escribieron.

Los primeros que se escribieron son los tres Sinópticos; después el de S. Juan. Sobre el origen del Evangelio de S. Marcos dice: "Esta fué la ocasión con que se escribió el Evangelio de Marcos: Después que Pedro había predicado y promulgado el Evangelio en Roma por inspiración del Espíritu Santo, muchos de los que allí estaban animaron a Marcos para que él, que había sido compañero de Pedro por largo tiempo y recordaba sus palabras de memoria, pusiese por escrito la predicación del Apóstol. Marcos accedió a sus deseos y les entregó el Evangelio escrito a los que se lo habían pedido...

Juan fué el último de todos. Viendo que los otros tres se habían fijado sobre todo en la parte humana y externa de la vida de Jesús, inspirado por el Espíritu

(31) Strom. 3, 13, 93 (PG 8, 1193).
(32) HE 6, 14, 5-7 (PG 20, 552; K 434).

Santo y movido por los ruegos de sus familiares, escribió su Evangelio de carácter espiritual."

A los críticos acatólicos que atribuyen la composición del IV Evangelio a un segundo Juan, no apóstol, les dice expresamente Clemente que el autor del cuarto Evangelio fué Juan el Apóstol [33].

8. Tertuliano (160-ca. 240)

Tertuliano fué contemporáneo de Clemente, aunque algo posterior.

Nace en Cartago hacia el 160 y se convierte al cristianismo hacia el 196/6. Su padre era un centurión que militaba a las órdenes del Procónsul de Africa. Por lo que nos dice Eusebio [34] estudió la carrera de derecho y se hizo abogado. S. Jerónimo [35] afirma que llegó a una edad bastante avanzada. Es el más fecundo y original de los latinos. Su vida era luchar. Una vez se le escapó del profundo del alma este lamento: ¡Desgraciado de mí! me abraso constantemente en el fuego de la impaciencia [36]. Sus obras son todas de polémica.

Sus testimonios en favor de la genuinidad de los Evangelios son célebres y decisivos por su amor a la tradición.

---

(33) Strom. 5, 13, 81 (PG 9, 121).
(34) HE II, 2, 4 (PG 20, 139).
(35) De vir. ill, 53 (PL 23, 698).
(36) De pat. I (PL I, 1361).

La autoridad de los Evangelios dice que está garantizada por las Iglesias que fundaron los Apóstoles y que nos los han transmitido. Entre los Evangelistas hay dos apóstoles, Juan y Mateo; y dos apostólicos que son Lucas y Marcos [37].

El valor y autoridad de los Evangelios estriba precisamente en la tradición de todas las Iglesias fundadas por los Apóstoles; en el consentimiento universal de la Iglesia. Las Iglesias todas testimonian en favor del Evangelio de Juan y de Mateo y el de Marcos que se llama de Pedro. El de Lucas se atribuye a Pablo [38].

El testimonio de Tertuliano tiene una importancia capital, porque, como se puede ver por los lugares que hemos citado, funda su testimonio en la tradición universal de las Iglesias todas, en lo recibido de los mayores, de los Apóstoles mismos. La obra inmortal de Tertuliano es la conocida con el nombre de *Praescriptione haereticorum.* Está consagrada a la defensa de la doctrina católica en general y a la impugnación de la herejía. Por prescripción entiende Tertuliano la recusación que hace el acusado apoyado en la posesión. Como abogado usa términos propios y técnicos. Jesucristo confió su doctrina a los Apóstoles; de aquí se sigue que sólo las Iglesias fundadas por los mismos tienen derecho a testificar acerca de la doctrina verdadera de Cristo. De ninguan manera las Iglesias que han fundado los herejes. *"Los herejes hacen*

(37) Adv. Marc. 4, 2 (PL 2, 363; J 339).
(38) Ib. 4, 5 (PL 2, 366 s.; J 341).

sus Iglesias, como las avispa panales", "apóstatas más que apostólicas" [39].

La razón, pues, única, por la cual Tertuliano admite los Evangelios como obras auténticas, apostólicas, es la tradición, el haberlo así oído y recibido como doctrina que arrancaba de la época apostólica.

Notemos bien esto. Tertuliano que había nacido unos 60 años después de la muerte de S. Juan, afirma que la genuinidad de los Evangelios viene de los Apóstoles mismos, que todas las Iglesias apostólicas lo creen y afirman así. Y que sólo los cuatro Evangelios canónicos tienen este carácter y sello; los demás, no.

Si nuestros Evangelios hubieran nacido en ese intermedio que separa a Tertuliano de la época apostólica, sin padre ni madre, mediante sorda incubación, como un día afirmó la Crítica racionalista, este gran talento, tan enamorado e investigador de la palabra y doctrina de los Apóstoles, hubiera muy bien averiguado la verdad –estaba en condiciones para ello– y ciertamente nunca nos hubiera asegurado tan categóricamente que nuestros Evangelios provenían de los Apóstoles. Y en tan poco espacio no se hubiera formado un acuerdo tan unánime y universal, en todas las Iglesias, sobre el origen de los Evangelios.

Hemos examinado el testimonio de tres autores, Orígenes, Clemente de Alejandría y Tertuliano, que pertenecen al siglo III, pero que tocan también con el siglo II. Todos tres hombres de ciencia y de crítica, investigadores, sinceros en la exposición de los resul-

(39) Adv. Marc. 4, 5 (PL 2, 396).

tados adquiridos. Sin proponerse demostrar que los Evangelios tienen por autores dos apóstoles y dos apostólicos, nos hablan de ello como de una verdad que está en el ambiente, que todos admiten y presuponen por cierta, que nadie combate ni duda en la primera mitad del siglo III. Todavía más: como una verdad que mana del siglo II, que viene de la tradición. Y no solamente dan por supuesto que los autores de los Evangelios son los que nosotros creemos, sino que precisamente porque son obras apostólicas y, sólo por esto, se puede y se debe basar en ellas la fe, el dogma y la moral cristiana. Son la fuente cristiana. El instrumento para combatir las herejías que son todas innovaciones de la tradición. Consagran gran parte de su vida o toda, como Orígenes, al estudio del texto sagrado, a conocerlo y a darlo a conocer. Y, cuando escriben sobre temas distintos, tienen tan en el alma el texto de los Evangelios, que llenan las páginas de sus obras de citas y alusiones al texto sagrado.

Por esto se han podido escribir modernamente obras como la de *Hautsch* con solas las citaciones que hay en las obras de Orígenes sobre los cuatro Evangelios [40] *Rönsch* publicó en 1871 otra parecida sobre Tertuliano [41].

Preguntar ahora a los autores del siglo II, si conocen nuestros cuatro Evangelios y si los tienen como

(40) E. Hautsch, die Evangelienzitate des Origenes (Texte und Untersuchungen zur Geschichte der altchrislichen Literatur, 34, 2.ª, Leipzig, 1909).

(41) Das Neue Testament Tertullians, Leipzig, 1871.

obras de apóstoles es cosa superflua. Nos han dado ya la respuesta los escritores del siglo III, al decirnos que su doctrina derivaba de los antepasados, de la tradición anterior a ellos.

Con todo, para adquirir un conocimiento experimental, debido a la investigación propia, nos vamos ahora a internar en el siglo II y a preguntar a sus autores cuál es el origen de los Evangelios.

LECCIÓN III

La genuinidad le los Evangelios en los documentos del siglo II

1. El fragmento de Murator

El sabio y erudito Muratori ha pasado a la historia literaria de los Evangelios por un descubrimiento feliz, de consecuencias imprevistas. Registrando en Milán la biblioteca Ambrosiana dió con un viejo manuscrito en latín, casi comido de gusanos, con grandes letras unciales del siglo VII. Tan cuajado de faltas, que Muratori lo publicó tan sólo a título de curiosidad. Así se vería hasta dónde había llegado la inepcia y descuido de los copistas de la Edad Media. Después se encontraron cuatro pequeños fragmentos en Montecasino, en mss.. de los siglos XI y XII.

El manuscrito de Muratori estaba plagado de faltas de ortografía latina, que en muchos casos dificultaban seriamente la lectura y reconstrucción del sentido.

El siglo XVIII –corría el año 1740– se contentó con reirse del manuscrito y del copista. No vió más importancia en el hallazgo [1].

(1) *Muratori* publicó el manuscrito el 1740 en las Antiquitates Italiae Medii aevi. Vol. III, p. 851 854. Lagrange, p. 68, cree que la traducción latina data del siglo VIII. El texto griego original no es posterior a los principios del s. III.

En el siglo XIX el manuscrito de Muratori encontró la estima que se merecía en un Wieseler, un Herz, Credner, Bunsen y otros que en aquel latín extraño y descuidado vieron un texto griego malamente traducido y que se remontaba a la más alta antigüedad.

Todos los críticos se pusieron luego de acuerdo. Resultaba que el fragmento de Muratori era una sencilla traducción hecha en el siglo VII/VIII de un texto griego escrito a lo más tarde a fines del siglo II. Y era, según Harnack, el catálogo oficial de los libros recibidos por la Iglesia de Roma durante todo el siglo II. Hoy se duda del carácter oficial del escrito. Se le considera más bien como obra de un particular.

El autor del texto griego no es cierto. Se ha escrito mucho sobre esta materia [2]. Modernamente el P. Lagrange sostiene que el autor es Hipólito Romano. Esta es la opinión también de *Lightfoot, Th. Robin, Th. Zahn, N. Bonwetsch* y *Altaner* [3].

Desde luego, por el examen interno de la obra, se ve que el autor fué contemporáneo de S. Pío I, Papa (141-155) [4].

El texto latino puede verse en J 268, que lo ha tomado de *Lietzmann* (KIC) y *Rauschen* (Florilegium patristicum, fasc. 3. Bonnael, 1905).

(2) Sobre la historia del fragmento, artículos yu opiniones cfr. *Höpf*, Introd. I (1931) p. 83 s. 83 s.; Gut (1940) p. 182.

(3) RB 42 (1933) 161-186; Hist. Anc. du C. du N.T. p. 78-84; *Altaner*, Patr. p, 91.

(4) Pastorem vero nuperrime temporibus nostris in Urbe Roma Hermas conscripsit, sedente cathedra Urbis Romae Ecclesiae Pio Episcopo fratre.

El segundo Papa de este nombre es un Piccolomini (1458-1464).

¿Qué sacamos de este documento en favor de la genuinidad de nuestros cuatro Evangelios?

Que su autor, de pleno siglo II, afirma categóricamente que en toda la Iglesia de Roma se daba como un hecho inconcuso que Lucas y Juan eran autores de dos Evangelios, escritos por inspiración directa del Espíritu Santo y reconocidos por tales por la Iglesia. S. Lucas fué compañero de najas de S. Pablo. El no conoció al Señor en su vida mortal. Después de la Ascensión escribió su Evangelio, empezando por la Natividad de Juan Bautista.

El Evangelio de Lucas es el tercer Evangelio.

El cuarto Evangelio es de Juan, uno de los discípulos del Señor, testigo de vista y oídas de cuanto escribe [5].

De S. Mateo y S. Marcos no dice nada el fragmento. Pero hoy ningún autor duda de que al principio hablaba de los dos. El texto del Códice Ambrosiano está incompleto. Faltan ciertamente al principio varias líneas, donde hablaba de los dos primeros Evangelios. Hay una línea que no se aplica a S. Lucas. Empieza hablando de S. Lucas como autor del *tercer* Evangelio. De S. Juan, como autor del *cuarto* Evangelio. Entre los Evangelistas hay otro, como Lucas, que no conoció personalmente al Salvador.

Resulta, pues, que en el siglo II había ya en la Iglesia cuatro Evangelios, los mismos que hoy tenemos, que se leían y ponían en el mismo orden. Se les creía inspirados. La armonía y concordia que reina en

---

(5) Cfr. *Höpfl-Gut*, p. 527-268.

los cuatro Evangelios la explica el autor del Canon de Muratori, porque es un *mismo* Espíritu el que habla en todos cuatro.

Con el autor del fragmento de Muratori se puede afirmar que no distamos de la muerte del último apóstol sino unos 50 años. ¿Podemos continuar bajando por esta cadena de la tradición hasta llegar a los Apóstoles y al origen mismo de los Evangelios? Si los Evangelios hubieran nacido en el siglo II, como sostuvieron los Racionalistas del siglo pasado, no se debiera hallar más huella suya, ni testimonios ni citas. Continuemos internándonos en las oscuridades más remotas del siglo II hasta entrar en el siglo I.

2. S. Ireneo, Obispo de Lyon

Nace en el Asia Menor, hacia el 130; probablemente en Esmirna. Siendo joven, frecuentaba las instrucciones de S. Policarpo, el anciano obispo de Esmirna y discípulo inmediato de S. Juan Evangelista [6].

Trató con intimidad a otros diversos presbíteros, discípulos también inmediatos de S. Juan Apóstol [7].

Cuando murió S. Policarpo, el 155, estaba S. Ireneo en Roma. En tiempo de la persecución de

---

(6) Así lo asegura el mismo *Ireneo* varias veces en sus escritos. Adv. haer. 3, 3, 4 (Publicada en castellano por Apostolado Mariano); Epist. ad Florinum (Fragmento en Euseb. HE 5, 20, 4-8; PG 20, 485; J 264).

(7) Adv. haer, 5, 33 3 (PG 7, 1213; J 261); 2, 22, 5 (PG 7, 785); 4, 32, 1 (PG 7, 1070) y así con frecuencia.

Marco Aurelio (161-178) era presbítero de la Iglesia de Lyon.

Hacia el 177 vino a Roma con un mensaje de su Iglesia para el Papa y una carta de recomendación, en la que lo alababan como celador del Testamento de Cristo [8]. A su vuelta a Francia fué nombrado obispo de Lyon.

Murió probablemente mártir a fines del siglo II, o muy al principio del III, en la persecución de Septimio Severo.

¿Cómo habla este personaje antiguo y autorizado, celoso defensor del Testamento de Cristo, sobre nuestros Evangelios? ¿Los halló como obras apostólicas y de remota antiguedad? Un autor del siglo II, sí los encuentra como obras de remota antigüedad, ¿ en qué fecha nos obligará a colocar la composición de los Evangelios?

La obra principal de Ireneo es la conocida con el título de *"Adversus haereses"*. Su título original fué: *"Demostración refutación de la falsa Gnosis"*. Por desgracia, no nos ha llegado el texto griego original completo.

Sólo poseemos una traducción latina que debió hacerse muy pronto y con concienzuda fidelidad literal, como prueban los pocos fragmentos griegos que nos han llegado por las citas de Hipólito, Eusebio y Epifanio. Actualmente tenemos una traducción castellana en el Apostolado Mariano.

Ireneo era un espíritu aquilatador, crítico, como diríamos hoy, de toda doctrina y verdad. Su norma es

---

(8) *Euseb.* HE 5, 4, 2 (PG 20, 439).

invariable. Tiene un metro y nada más que uno para medir la verdad de los dogmas y de la moral cristiana: la tradición, lo recibido de los mayores. Doctrinas nuevas, que no se encuentran en los antecesores, en las Iglesias antiguas, son doctrinas que no vienen de la fuente, aguas turbias, herejías.

Tertuliano lo llama *"omnium doctrinarum curiosísimas explorator"* [9].

Conoció por experiencia la Iglesia de Roma, donde estuvo varias veces, la de Francia y la de Oriente, donde se educó.

Habla de nuestros cuatro Evangelios y de sus autores, como de cosa conocida y admitida por todos.

Tiene textos y citas, muchas veces a la letra, de casi todos los capítulos de los cuatro Evangelios [10].

El testimonio de Ireneo es apodíctico no sólo en favor de los tres primeros Evangelios, sino sobre todo en favor del cuarto Evangelio, como obra de S. Juan Apóstol.

El testimonio más célebre de S. Ireneo sobre los cuatro Evangelios dice así: "Mateo escribió su Evangelio en hebreo, la lengua de los judíos, mientras Pe-

---

(9) Adv. Valentinum 5 (PL 2, 548) Cfr. el mismo *Ireneo*Adv. haer. 3, 4, 1 (PG 7, 855; J 213).

(10) *W. Sanday-C. H. Turner-A Souter,* Novum Testamentum S. Iraenei episcopi Lugdunensis (Old-latin biblical texts 7-Oxford, 1923).

J. Hoh, Die Leher des hl. Irenaeus über das N. T. (Neutest. Abhandlungen) 7, 4-5, 1919, p. 117-130.

B. Kraft, Die Evangelienzitate des hl. Irenaeus (Biblische Studien) 21, 4 (1924).

A. Merk, Der Text. des N. T. beim hl. Irenaeus, Zeitschrif, für katholische Theologie 40 (1925) 302-315.

dro y Pablo fundaron y evangelizaron la Iglesia de Roma. Después de la salida de éstos, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, puso por escrito la predicación de Pedro. Lucas, a su vez, seguidor de Pablo, redactó su Evangelio conforme a la predicación de Pablo. Después escribió Juan, discípulo del Señor, que había descansado sobre su pecho. Escribió viviendo en Efeso de Asia" [11].

"Es tal la certidumbre de nuestros Evangelios, dice en otro capítulo de la misma obra [12], que los herejes mismos dan testimonio de ellos y se sirven de su autoridad para confirmar sus doctrinas. Los Ebionitas, que solamente se sirven del Evangelio de Mateo, pueden ser convencidos por este mismo Evangelio de que profesan erróneos sentimientos acerca de N. Señor.

Marción, que suprime algunas cosas del Evangelio según Lucas, puede ser refutado por los pasajes mismos que conservó.

Aquellos que distinguen a Jesús del Cristo podrían corregirse, si leyesen con amor a la verdad el Evangelio de Marcos que ellos admiten.

Los discípulos de Valentín admiten el Evangelio de Juan en toda su integridad. Es, pues, fácil demostrarles

---

(11) Adv haer. 3, 1 I PG 7, 844; J 208). Este testimonio en lo que se refiere al hecho fundamental de la autenticidad de los 4 Evangelios es concluyente e indubitable. En algunas afirmaciones de carácter secundario ha sido objeto de largos estudios y variadas teorías. Recientemente lo ha estudiado profundamente *E. Levesque,* Rev. Apol. 56 (1933) 140-144. Comparte su opinión *Pirot* en el DB[S], Evangiles et C. Biblique. Fasc. XI, col 1241. Recientemente, *J. Ramos* adopta una nueva interpretación razonable, p. 41.

(12) Adv. haer. 3, 11, 7 (PG 7, 884 s. K 127).

que andan equivocados. Ahora bien, puesto que aquellos que nos contradicen prestan atención a los Evangelios y se sirven de ellos, la prueba que contra ellos sacamos de los libros santos es segura e invencible."

Este testimonio es digno de especial consideración. Revela plenamente que los cuatro Evangelios canónicos en tiempo de Ireneo formaban un todo y estaban en pacífica y segura posesión de su origen apostólico.

No trata Ireneo de demostrar la genuinidad y autoridad de los Evangelios, sino, supuesta esta verdad y admitida por los herejes, alude a ella para robustecer sus pruebas contra las herejías.

La unidad de cuerpo único y sagrado que formaban los Evangelios en tiempo de Ireneo la expresa el Obispo de Lyon con términos y comparaciones que no se pueden omitir.

Los cuatro Evangelios son un único Evangelio: *Cuadriforme Evangelio.* Es más, se esfuerza por probar que los Evangelios no pueden ser sino cuatro [13].

Cada Evangelista tiene su símbolo en la visión de Ezequiel. El león representa a Juan; el toro, a Lucas; el hombre, a Mateo; el águila, a Marcos.

En esto se separa de la aplicación de S. Ambrosio y S. Jerónimo que es la que después se hizo común y ha llegado hasta nosotros: el hombre representa a S. Mateo; el león, a S. Marcos; el toro, a S. Lucas, y el águila, a S. Juan [14].

---

(13) Ib. 3, 11, 8 (PG 7, 885; J 215).

(14) Ez. 1, 5-14; Iraen. Adv. haer. 3, 11, 8 (PG 7, 886-886; K129-133). *S. Jerónimo* (PL 25, 21; 26, 19), *S. Ambrosio* (PL 15, 1532).

El argumento de Ireneo es decisivo. Con su testimonio llegamos hasta la mitad del siglo II y por él a S. Policarpo, a los presbíteros discípulos de San Juan. En suma: nos ponemos en el fin del siglo I.

Si nuestros Evangelios no dimanasen del siglo I, no serían obras antiguas para S. Ireneo, no serían obras universalmente admitidas en todas las Iglesias, obras disputadas por herejes y católicos, obras de cuya apostolicidad nadie duda en la segunda mitad de siglo II.

3. Teófilo de Antioqía

De los libros de *Autólico*, obra del mismo Teófilo [15], resulta que se convirtió del paganismo al cristianismo en la edad viril, que vivía no lejos del Eufrates y del Tigris, donde probablemente había nacido, y que se había educado en la cultura griega, con algún conocimiento del hebreo [16].

El libro a *Autólico* lo terminó poco después de la muerte de Marco Aurelio (17 de marzo de 180) [17].

Fué el sexto obispo de Antioquía, después de San Pedro [18].

Es, por tanto, hombre de prestigio, de ciencia y de santidad. Su actividad como escritor y pastor se desarrolla en la segunda mitad del siglo II.

---

(15) *Euseb.* HE IV, 24 (PG 6).
(16) Ad Aut. 1, 14; 2, 12, 24; 3, 19 (PG 6, 1046, 1071, 1099, 1146).
(17) Ib. 3, 27 s. (PG 1164).
(18) *Euseb.* HE 4, 20, 24 (PG 20, 377. 389).

¿Conoció los Evangelios como obras apostólicas? Indudablemente. S. Jerónimo nos habla de un comentario a la armonía o concordia de los cuatro Evangelios [19].

En los tres libros a *Autolico* alega varias veces a S. Mateo y cita a S. Lucas [20].

Pero lo más saliente y característico de Teófilo; lo que tiene una importancia trascendental en la literatura del IV Evangelio, es que es el primero que nombra *expresamente* a S. Juan Apóstol, como escritor, y lo pone entre los autores que escribieron escrituras sagradas, inspirado por el Espíritu Santo [21].

4. Taciano Sirio

Taciano fué discípulo de S. Justino [22] y, por tanto, pertenece plenamente al siglo II. Había viajado mucho y adquirido fama de escritor y de filósofo, cuando en Roma, poco antes de 165, se convirtió al cristianismo y allí mismo se dedicó a enseñar [23].

Más tarde, hacia el 172, se separó de la Iglesia católica.

---

(19) Ep. 121 ad Algas. 6 (PL 22, 1020).

(20) Ad Aut. 3, 13 (PG 9, 1140) cita Mt. 5, 28, 32; 2 13 (PG 6, 1072) se refiere a Lc. 18, 27, 3, 12 (PG 6, 1137). Equipara los Evangelistas a los profetas.

(21) Ad Aut. 2, 22 (PG 6, 1088; J 182). Sobre el Canon del N. T. en Teófilo cfr. *E. A. Aguado,* S. Teófilo de Antioquía y el Canon del N. T., Est. Bibl. 3 (1932) 176-191; 281-289; 4 (1933) 3-11.

(22) *Iraen.* Adv. haer 1, 28 1 (PG 7, 690; K 122).

(23) *Euseb.* HE 5, 13, 1, 8, (PG 20, 460 s.)

De las obras de Taciano nos queda su Apología del Cristianismo que es una crítica del Helenismo titulada *"Oratio ad Graecos"* La escribió poco después de hacerse cristiano para justificar su conversión.,

En esta obra, que no es la principal de Taciano, claramente muestra su conocimiento y veneración por los Evangelios. Hay en ella alusiones claras a los Evangelios de Mt., Lc. y Jn. La frase del prólogo de S. Juan: *La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la recibieron,* se encuentra entera en el capítulo XIII [24].

La obra más famosa de Taciano es su Concordia o *Diatessaron*. Era una armonía de los cuatro Evangelios o historia de la vida del Señor. Toma por base *cronológica* el Evangelio de S. Juan, cuyos primeros versículos forman como la introducción [25].

Compuso, Taciano esta armonía –que los Sirios llaman Evangelio compuesto– en el postrer período de su vida, ya fuera del Catolicismo.

Según Lagrange [26], hizo primero la Concordia en griego y después la tradujo y publicó en siriaco. Según Zahn [27] se sirvió para la Concordia directamente del texto siriaco.

---

(24) PG 7, 833/34. 39-40. 49/50. (Habla mucho del Verbo) 867/868 (para S. Mt.)

(25) Cfr. *Maher,* Recent evidence for the authenticity of the Gospels, Tatians Diatessaron, Londres, 1893.

Euseb. HE 4, 29, 6 (PG 20, 40); *Teodoreto Cirenese,* Haercecarum fabularum copendium, 1, 20 (PG 83, 372; J 1252).

(26) RB 29 (1920) 326.

(27) Forschungen zur Gesch, des ntl. Kanons, I Tatians Diatessaron, Erlangen, 1881, p. 220 ss. Erlangen 1883, p. 286 ss.

Lo que hoy dan todos como cierto es que para su Concordia no usó sino los cuatro Evangelios canónicos, que ya entonces formaban un todo, un cuerpo único y aislado [28].

El texto original de Taciano no se conserva. Hoy nos es posible reconstruirlo con los fragmentos conservados en las obras de S. Efrén, en la traducción armenia, en latín y en árabe. De hecho lo ha reconstruído T. Zahn [29].

Taciano no nombra expresamente nuestros cuatro Evangelistas, pero hoy nadie duda que los conoció. Su texto coincide exactamente con el de los Evangelios canónicos, aunque haya introducido de vez en cuando algunas modificaciones de carácter herético.

5. S. Justino el Filósofo

San Justino, que desde Tertuliano viene llamándose filósofo y mártir, nació en el territorio de Samaria, en la actual Naplusa, en el primer decenio del siglo II. En la *primera Apología* que escribió entre el 150/155 nos dice que Cristo nació hace 150 años [30]. Era, pues, un testigo bastante próximo a la vida de Jesús. Joven

---

(28) Cfr. *Lagrange*, p. 125 s.

(29) Forschungen... I, 112-219. La traducción árabe con otra latina paralela la publicó en Roma el año 1888 A. Ciasca.

E. Ranke publicó en Marburg el 1868 la traducción latina de S. Jerónimo conservada en el Codex Fuldensis del sig. VI. Cfr *A. Vaccari*, Instit. Bib. (1937), p. 252; *Cornely-Merk*, p 199.

(30) Apol. I, 46 (PG 6, 397); publicadas porApostolado Mariano.

todavía, ardiendo en deseos de saber, recorrió las escuelas más célebres del mundo sabio. Trato con los Estoicos, los Peripatéticos, los Pitagóricos. Profesó largo tiempo las doctrinas de los Platónicos hasta que finalmente dió con la sabiduría y la verdad en el cristianismo.

Su conversión debió suceder antes del 135, acaso en Efeso.

Ya cristiano, continuó su peregrinación por el mundo, vestido con su manto de filósofo, ejercitando la palabra y la pluma en defensa de la verdad cristiana, la única filosofía segura y provechosa.

Vivió mucho tiempo en Roma, donde puso una escuela y donde murió mártir de Cristo hacia el 163 [31].

Justino es el principal campeón de la apologética del siglo II.

Impugnó con valentía el paganismo, el judaísmo las herejías.

Por testimonio de Eusebio [32], sabemos escribió obras muy diversas, de las cuales a nosotros nos han llegado con todos los caracteres de la autenticidad tres exclusivamente: las *dos Apologías* y los *diálogos con el Judío Trifón.*

¿Conoció S. Justino los cuatro Evangelios canónicos?

Hoy podemos dar una respuesta categóricamente afirmativa, después de los muchos estudios que se han

---

(31) Murió siendo prefecto de Roma Juno Rústico 163-167. (Acta S. Justini).

(32) HE 4, 18 (PG 30, 373-378).

hecho sobre las obras del gran filósofo. La Crítica racionalista estaba muy interesada en probarlo contrario y ha tratado por todos los medios de complicar el estudio. Pero aquí, como siempre, la verdad se ha abierto paso por sí sola.

Bastaba una simple inducción para admitir que S. Justino había conocido nuestros Evangelios. Taciano, su discípulo, los conoció y armonizó. ¿Podía ignorarlos el maestro?

Todos los escritores del siglo II, que hasta aquí hemos examinado, nos hablaban con certeza de cuatro Evangelios, obras de apóstoles, recibidos por tales de los antepasados. Y ¿no era Justino una de las fuentes principales?

Pero examinemos nosotros sus obras. El testimonio de S. Justino tiene grande importancia absoluta y relativa. Absoluta, por la antigüedad y autoridad del gran filósofo cristiano. Relativa, porque siendo su testimonio de la primera mitad del siglo II, deshace por completo la teoría de aquellos críticos que creyeron los Evangelios obras del siglo II y sobre todo el Evangelio de S. Juan que hubo, quien lo dató en la segunda mitad de ese siglo.

Si S. Justino, que nace a principios de este siglo, conoce nuestros cuatro Evangelios y los encuentra en pleno uso en la Iglesia, en pleno ejercicio de su autoridad divina, es indudable que los Evangelios son del siglo I.

Más: por la manera como habla S. Justino de ellos veremos que son todos obras relacionadas con los Apóstoles, los testigos inmediatos de la doctrina y hechos del Señor.

La primera conclusión y verdad que se deduce del testimonio de S. Justino es que dos Apóstoles y dos discípulos de los Apóstoles escribieron determinados libros sobre la doctrina y hechos del Salvador. De esto no se puede dudar. Lo repite varias veces en sus obras.

Los Apóstoles escribieron unas *Memorias* [33]. Este nombre clásico recuerda las Memorias que Jenofonte escribió sobre Sócrates y que Justino alega también en su segunda Apología [34].

San Justino usa este término, en parte, por su formación griega y, en parte, porque se dirige a paganos a los cuales nada decía el nombre de "Evangelios".

Con todo, ya nota él, varias veces, que dichas Memorias de los Apóstoles sobre Jesús se llaman entre los cristianos Evangelios [35].

Estas Memorias o Evangelios son de igual autoridad que los escritos del Antiguo Testamento, pues se leen a su lado en las asambleas litúrgicas de, los Cristianos [36].

Aunque dice, que las Memorias sobre Jesús se deben a los Apóstoles y a aquellos que los siguieron, nunca menciona el nombre de nuestros Evangelistas.

Ésto ha dado pie a los Racionalistas para sostener que las Memorias y Evangelios de S. Justino no son los nuestros, sino otros más antiguos apostólicos

(33) Apol, I, 66, 67; Dial. 100, 102, 103 (dos veces), 104, 105 (tres veces), 107 (PG 6) Cfr. J 143, 129.

(34) Apol. II, 10, 11 (PG 6, 462).

(35) Apol. I, 66; Dial. 10, 100 (PG 6)

(36) Apol, I, 67 (PG 6, 429; J 129).

ciertamente, pero de los cuales derivarían los nuestros canónicos.

Nada más inconciliable con el examen sereno de los textos de S. Justino.

Las Memorias de los Apóstoles son ciertamente nuestros cuatro Evangelios.

Notemos primeramente un hecho de carácter general.

San Justino tiene en sus obras muchas citas de nuestros cuatro Evangelios. Por esto se han podido escribir obras como las que ponemos en nota [37], donde se reunen y estudian los textos evangélicos que cita S. Justino.

Por esto concluye Lagrange [38]: S. Justino cita mucho a Mt., bastante a Lc., mucho más a S. Juan, raro a Mc... No se puede dudar que sus Memorias son nuestros cuatro Evangelios.

Es interesante el cuadro sinóptico que ofrece Fonseca [39] con solas las citas del Evangelio de San Juan.

Hay 15 textos del capítulo I; 4 del III; 3 del IV; y así sucesivamente recorriendo todos los capítulos con excepción del XI y XVII.

En suma, que, aunque se nos hubiera perdido el Evangelios de S. Juan podríamos reconstruirlo en parte

---

(37) *W. Bousset*, Die Evangelienzitate Justins des Märtyrers, Göttingen, 1891.

A. L. Feder, Justins des Märtyrers Lehere von Jesus Christus, Freiburg. 1906.

(38) P. 19-22.

(39) Quaestio Ioannea, Roma 1934, p. 64 (apuntes privados para los alumnos del P.I.B.)

con los textos que nos ha conservado S. Justino en sus obras. Esto es muy significativo. Prueba la grande estima que hacía este viejo filósofo cristiano del IV Evangelio, prueba lo asimilado que estaba el Evangelio de S. Juan ya en la primera mitad del siglo II, prueba, por tanto, que se tenía realmente por una obra apostólica y que había sido escrita en el siglo I. No nombra al autor, pero ¿qué falta hace para reconocerlo, si su texto coincide exactamente con el que nosotros tenemos hoy? Si el retrato que ha dibujado Justino del IV Evangelio es el mismo que nosotros tenemos, ¿podremos dudar de la identidad porque no lleve el título debajo?

Concretemos ahora más las citas que tiene de nuestros cuatro Evangelios.

Después de los estudios de Wescott y de Zahn hoy nadie duda que conoció el Evangelio de S. Mateo, asi como el de S. Juan [40].

El Evangelio de S. Mateo lo cita textualmente con frecuencia [41].

Cita incluso perícopas enteras de S. Mateo, sobre todo en lo que se refiere a la infancia del Señor, cuyos episodios nos refiere en su mayoría conforme están en el Evangelio de S. Mateo [42].

---

(40) *Westcott*, B. E., A general survey of the History of the Canons of the N. T., Cambridge and London 1881, p. 167 s.

Th. Zahn, Gesch. des ntl. Canons vol. 2, Erlangen und Leipzig 1888, 1892. (I. p. 533).

(41) Apol I, 15 (PG 6, 349-352); Dial. 105. (PG 6, 721-722) cita textualmente Mt. 5, 20: Dial. 107, Mt. 12, 39; Dial. 49, Mt. 17, 13; Dial. 108 narra la calumnia del robo del cuerpo del Señor según Mt. 28, 13.

(42) Dial: 100, 120 Apol. I, 33 (PG 6).

Respecto a San Juan, todos los autores notan la dependencia no sólo lógica sino aun literal que tiene S. Justino en su concepción y exposición sobre el Verbo. Es el punto central de su teología. ¿Debemos preguntar a Justino de dónde ha tomado su concepción sobre el Verbo? Nos lo ha dicho él mismo, se lo ha dicho a los emperadores y al judío Trifón. Si él cree en el Verbo encarnado, se debe a la autoridad de la tradición y de las Memorias de los Apóstoles. Y esto equivale a remitirnos al Evangelio de S. Juan [43].

Del Evangelio de S. Lucas tampoco hay motivo para dudar. Lo transcribe literalmente muchas veces y aun perícopas enteras. Las palabras de Institución de la Eucaristía las copia tal y como se leen en S. Lucas y diciendo que se encuentran en los Comentarios de los Apóstoles, escritos por ellos. El sudor de sangre en el Huerto nos lo cuenta como se halla en S. Lucas, advirtiendo que lo sabe no por una tradición oral, sino por la lectura de los escritos apostólicos. Por la misma fuente sabe que Jesús antes de morir confió su espíritu en las manos del Padre. Finalmente, la Anunciación del Ángel a la Virgen, que sólo se lee en S. Lucas; nos la cuenta con las mismas palabras del III Evangelio [44].

Del Evangelio de S. Marcos cita menos S Justino. Es también el más breve y el menos original. Sin embargo podemos asegurar que lo conoció y lo incluyó

(43) *Lagrange*, St. Justin, París, 1914, 1914, p. 161. Para diversas citas del Evangelio de S. Juan cfs. Dial. 105; Apol. I, 61.

(44) Apol. I. 66; Dial. 103. 105. 100 (PG 6).

entre los Comentarios de los Apóstoles. Tiene citas de los pocos textos que son propios y exclusivos del II Evangelio e incluso los da como pertenecientes a S. Pedro, que es precisamente la característica más gloriosa y peculiar del Evangelio de S. Marcos.

El nombre que Jesús dió de hijos del trueno a los dos Zebedeos nos lo cuenta únicamente S. Marcos y Justino dice que lo leyó en los Comentarios de los Apóstoles [45].

Hechos y datos que prueban claramente que las Memorias apostólicas, escritas por los Apóstoles, son nuestros cuatro Evangelios canónicos.

Los Apóstoles *escribieron*, nosotros *leemos* en sus memorias cosas que están precisamente en los cuatro Evangelios canónicos.

Los argumentos en pro de esta tesis, que damos como cierta en pura crítica literaria, se pueden sintéticamente concretar en cinco.

1.º Todo lo que S. Justino refiere de la vida del Señor como escrito por los Apóstoles o leído en sus Memorias, está ciertamente en nuestros Evangelios.

2.º A nuestros cuatro Evangelios les cuadra la descripción y presentación que hace de las Memorias de los Apóstoles. Forman un todo, son un único Evangelio. Cuadriforme, en frase de Ireneo. Por esto Justino habla de las Memorias como de un todo único, de un cuerpo, apostólico.

---

(45) Dial. 106 donde cita Mc. 3. 17. Dial. 100 el cambio del nombre de Simón en Pedro.

Nuestros Evangelios son escritos de Apóstoles y de discípulos de los Apóstoles, cosa que Justino especifica también, cuando insiste menos en la unidad de las Memorias.

La autoridad que tienen nuestros Evangelios les viene por ser precisamente abras apostólicas. Así lo ha sentido siempre la Iglesia y la tradición.

3.° Taciano, discípulo de S. Justino, muerto el maestro, deja la Iglesia católica e incorpora en su Concordia nuestros cuatro Evangelios.

4.° San Justino vive y muere en Roma. Ahora bien, esta Iglesia nunca reconoció como apostólicas otras obras que los cuatro Evangelios llamados canónicos.

El fragmento de Muratori, de fines del siglo II, poco después de la muerte del gran filósofo, solamente reconoce como Memorias de los Apóstoles nuestros cuatro Evangelios, dándonos con toda claridad el nombre de sus autores y su origen apostólico. Si en tiempo de S. Justino, las Memorias de los Apóstoles eran otras, como ha pretendido Ciencia racionalista, ¿cómo en el *mismo* siglo, en la *misma* Iglesia, tan amante de la tradición, entran con la *misma* autoridad apostólica otras obras pseudoapostólicas?

5.° Si las Memorias escritas por los Apóstoles se leían en la primera mitad del siglo II en las reuniones litúrgicas de los cristianos, como afirma S. Justino, ¿cómo estas Memorias auténticas ya no se leen en la segunda mitad del mismo siglo, sino que han sido sustituídas por otras con carácter también y autoridad apostólica, pero falsamente apostólicas, obras no

de Apóstoles ni de discípulos inmediatos de ellos, sino de autores anónimos y desconocidos?

Todo esto es un callejón sin salida, en crítica histórica y literaria, donde nos ha metido la Ciencia independiente. No hay más explicación razonable que decir que las Memorias escritas por los Apóstoles son ni más ni menos los cuatro Evangelios canónicos que hoy posee y custodia la Iglesia de Roma, la misma Iglesia que regó Justino con su sangre de mártir de Cristo.

Lección IV

La genuinidad de los Evangelios en los escritos apostólicos

Con el testimonio cierto y claro de San Justino hemos casi empalmado con el siglo I. La cadena de la tradición en favor de la autenticidad de nuestros Evangelios la hemos llevado casi hasta la época misma apostólica: desde el siglo IV hemos ido bajando o retrocediendo hasta los comienzos mismos del siglo II. Una serie ininterrumpida de documentos que claramente nos hablan de los cuatro Evangelistas, que aceptan la apostolicidad de los Evangelios, que los utilizan como fuentes de agua cristalina donde beben la doctrina pura de Cristo y de sus Apóstoles.

Documentos todos ellos, aun los más antiguos, como los de S. Justino, que dependen literariamente de nuestros Evangelios. Posteriores, por tanto, en el tiempo y subordinados en el pensamiento.

¿Podemos empalmar esa cadena de testimonios con la palabra autorizada de algún Apóstol, de aquellos que convivieron con Jesús, palparon y oyeron sus palabras de vida eterna, fueron escogidos para testigos del Hombre-Dios en la tierra?

Este es el fin de la presente lección. Añadir o descubrir un eslabón más a la cadena de testimonios en pro de los Evangelios, un eslabón más que empalme con el último de los Apóstoles.

Para ello vamos a examinar los documentos más primitivos del cristianismo, cuyos autores se llaman Padres Apostólicos, porque estuvieron en relación con alguno de los doce Apóstoles. Estos escritos se remontan a los comienzos del siglo II o a los últimos años del siglo I.

1. Papías de Hierápolis

Este nombre se ha hecho célebre sólo por su relación con la genuinidad de los Evangelios. Obispo en los principios del siglo II, en Hierápolis, ciudad del Asia Menor. Estos son los únicos datos que conocemos de su vida.

De sus obras no nos han llegado sino fragmentos escasos conservados por Eusebio.

Sin embargo, es un nombre ilustre en la Crítica de los Evangelios, un nombre que ha apasionado fuertemente los ánimos y sobre el cual no cesan de escribirse artículos y monografías. ¿Cómo se explica que unos fragmentos breves y sencillos y un autor del que apenas tenemos datos biográficos hayan despertado tanto interés?

Papías es ante todo de una antigüedad indiscutible.

San Ireneo, escribiendo en la segunda mitad del siglo II, lo llama *"hombre antiguo, discípulo de Juan compañero de Policarpo"* [1].

---

(1) Adv. haer. 5, 33, 4 (PG 7, 1214; 261).
Lo mismo afirma *Eusebio* en su Crónica (PG 19,552).

Papías fué de una curiosidad suma en todo lo que se refería a la doctrina de los Apóstoles. No se contentó con los dichos y sentencias de S. Juan, quiso recoger todos los dichos de los demás Apóstoles.

De aquí su interés en saber la mente de los testigos del Señor; de aquí el distinguir entre los dichos y amplificaciones de los que hablaban mucho y la verdad escueta y desnuda.

Papías es el testimonio *explícito* mas antiguo en favor del Evangelio de S. Mateo y de S. Marcos. Escribe entre los años 125 y 130.

Nada, pues, de extraño, que sus breves palabras hayan alcanzado en la historia de los Evangelios una importancia grande.

Todo lo que hemos afirmado hasta ahora sobre Papías se deduce claramente de sus palabras, que voy a poner aquí en castellano, traduciéndolas directamente del griego. Después examinaremos el testimonio y sacaremos las consecuencias.

El testimonio de Papías nos lo ha conservado Eusebio en su Historia Eclesiástica y él es quien habla en las palabras que transcribimos a continuación:

"De Papías se dice que escribió cinco libros: *"Exclamaciones de los oráculos del Señor"*. De estos cinco es de los que únicamente hace mención Ireneo por estas palabras: "En el IV libro de su obra da testimonio de esto mismo Papías, oyente de Juan, compañero de Policarpo, hombre antiguo. Pues hay cinco libros escritos por él.

Así dice. Ireneo. Estas son las palabras de Papías:

"No tendré inconveniente en mezclar con mis explicaciones lo que un tiempo aprendí de los Presbíteros y conservo en la memoria, confirmando así: la verdad con el testimonio de ellos.

Yo no seguí nunca, como suelen los más, a los que abundaban en palabras, sino a los que enseñan la verdad, ni a los que recuerdan mandamientos ajenos, sino los que recuerdan los mandamientos de la fe recibidos del mismo Señor y salidos de la fuente misma de la verdad.

Siempre que tenía ocasión de tratar con alguno que hubiese conversado con los Presbíteros, le preguntaba con interés por los dichos de los Presbíteros: "Qué solían decir Andrés y Pedro; qué Felipe y Tomás y Santiago; qué Juan y Mateo o cualquier otro de los discípulos del Señor. Por fin lo que dicen Aristión y Juan el Presbítero, discípulo del Señor.

No creía yo que me pudiesen aprovechar tanto los libros, cuanto la voz viva y perenne."

En las cuales palabras (observa ahora Eusebio) se ha de notar cómo menciona dos veces a Juan. Primero una con Pedro, Santiago, Mateo y los demás *Apóstoles*. Indicando claramente que trata aquí de Juan el Evangelista. Después cambia de tiempo el verbo, pone a Juan fuera del número de los Apóstoles, lo une a cierto Aristión y lo llama expresamente Presbítero.

Con esto parece confirmarse la sentencia de aquellos que dijeron hubo dos del mismo nombre en Asia, llamados Juan, y cuyo sepulcro se conserva hasta hoy en Efeso. Y he creído necesario advertir esto, pues es probable que el Apocalipsis que se atribuye a Juan,

fuese escrito, si no por el primero, sí por el segundo.

Y Papías, de quien ahora tratamos, confiesa haber sabido *los dichos de los Apóstoles* por los que trataron con ellos. De Aristión y de Juan el Presbítero dice expresamente que fué discípulo.

Entre las muchas cosas que refiere como oídas a Aristión y a Juan el Presbítero quiero añadir lo que dice sobre Marcos Evangelista:

"Decía también el Presbítero: Marcos, intérprete de Pedro, escribió con diligencia cuanto recordaba. Pero no con el orden con que fueron dichos y hechos por el Señor. El no había oído al Señor ni le había seguido; sino que más tarde, como dije, estuvo con Pedro, quien predicaba el evangelio según las exigencias de los oyentes, sin propósito de referir con orden los dichos y hechos del Señor.

Marcos no erró en el reproducir algunas cosas como las recordaba. Su plan fué no omitir nada de lo que había oído y menos falsearlo."

Esto es lo que cuenta Papías sobre Marcos. Acerca de Mateo dice esto: *"Mateo escribió en dialecto hebreo los oráculos del Señor y cada uno los tradujo* (al griego) *como pudo"* [2].

Este es el texto de Papías, tal y como nos lo ha conservado Eusebio, con algunas acotaciones del mismo Eusebio.

Si nosotros no poseyésemos hoy nada más que el texto escueto de Papías, sin ningún comentario y, sobre todo, sin ninguno de los artículos, folletos y libros

(2) *Euseb.* HE 3, 38, 1-8 (PG 20 296-300); J 94/95. Más completo K 45-49.

a que han dado ocasión los cortos fragmentos de Papías, hoy nos serían más claros. Por desgracia, la multitud de opiniones y explicaciones que se han dado, muchas llenas de fuertes cargas afectivas, han enmarañado mucho el camino para la clara inteligencia.

Fué el primero en dificultar el camino el mismo Eusebio, guiado de un prejuicio y opinión falsa sobre el Apocalipsis de S. Juan.

Enemigo de los Milenaristas, trató Eusebio con pasión a Papías, porque habla en algunos pasajes como Milenarista. Esto le llevó hasta el exceso de decir que Papías fué hombre de poco talento. Los fragmentos que ha conservado Eusebio revelan más bien lo contrario.

Lo peregrino de Eusebio en este punto fué el empeño en disminuir la autoridad apostólica del Apocalipsis, porque en él se apoyaban los partidarios del Milenarismo.

La tradición daba el Apocalipsis como obra de Juan. Esto lo tenía que conservar Eusebio. Encontró una salida en Dionisio de Alejandría que creyó en la existencia de dos Juanes en la primitiva Iglesia. Y una confirmación la encontró en el texto de Papías, que menciona dos veces a Juan.

El autor, pues, del Apocalipsis sería no Juan el Apóstol, sino Juan el Presbítero y mero discípulo del Señor. El deseo, pues, de encontrar un Juan autorizado, pero no Apóstol, le inclinó a ver en el texto de Papías la existencia de dos Juanes. No lo da Eusebio como cierto, pero se inclina a ello.

Con todo, por lo que se refiere al Evangelio, notemos muy bien que Eusebio lo atribuye a S. Juan Após-

tol, mientras el Apocalipsis se inclina a creer que podía ser obra de otro Juan Presbítero.

Los Críticos racionalistas han resucitado la duda de Eusebio o sospecha sobre la existencia de dos Juanes antiguos, pero con otra intención y fin. El de quitar la paternidad del Evangelio a S. Juan Evangelista.

Se apoyan en Eusebio para sostener que Papías habla de dos Juanes ; lo que Eusebio suelta como una especie o sospecha ellos lo convierten en cierto, y no siguen a Eusebio cuando dice que el autor del IV Evangelio, no fué el segundo Juan, Juan el Presbítero, sino Juan el Apóstol.

Esto no es sinceridad científica.

Con la distinción de los dos Juanes se trata también de restar fuerza al testimonio de Papías. Se quiere probar, contra el testimonio explícito de San Ireneo, que Papías no trató con S. Juan Apóstol, sino que fué solamente discípulo de otro presbítero llamado también Juan y que para muchos no sería discípulo del Señor, contra las palabras explícitas del testimonio de Eusebio.

Esta cuestión de la existencia de dos Juanes ha hecho mella en algunos católicos, sobre todo franceses, sin duda por el nombre y ascendiente grande del P. Lagrange, abierto partidario de los dos Juanes en su introducción al Cuarto Evangelio.

Por esto, vamos nosotros, al examinar el testimonio de Papías, a distinguir lo cierto de lo disputable, lo común a todos los católicos, de lo que se disputa en nuestras Escuelas; lo esencial, de lo accidental.

En el texto que hemos transcrito de Papías se deben distinguir dos puntos diferentes:

1.º *El testimonio mismo de Papías en favor de los dos primeros Evangelios.*

2.° *La autoridad del testimonio de Papías.*

Por lo que se refiere al testimonio que da en favor de nuestros dos primeros Evangelios, no hay discrepancia ninguna en el campo católico.

Es la cuestión fundamental. ¿Conoció Papías nuestros dos primeros Evangelios? Cuando habla del escrito de Mateo y Marcos, ¿se refiere a nuestros dos primeros Evangelios canónicos? *Esto es esencial en el testimonio.*

Y, por fortuna, en este punto no hay diversidad de parecer entre los católicos. Todos están de acuerdo en que las obras de Mateo y Marcos a que alude Papías son precisamente los dos primeros Evangelios canónicos.

La Crítica racionalista se ha esforzado en probar que Papías habla de escritos que precedieron y prepararon los dos primeros Evangelios canónicos. Las razones que alegan bien pobres son.

Tienen en contra toda la tradición antigua. Ireneo y Eusebio que leyeron la obra de Papías, dan por supuesto que habla de los dos Evangelios canónicos. En todo el resto de la tradición cristiana no hay vestigio de una obra escrita por S. Mateo y S. Marcos que no coincida con los dos Evangelios canónicos. Es preciso llegar al siglo XIX para oir esta sentencia. Y, si algunos estaban capacitados para saber de qué Evangelio habló Papías, eran indudablemente los que tuvieron en sus manos el libro original de Papías.

¿Qué razón aducen los Críticos racionalistas en favor de una doctrina e interpretación totalmente nueva y opuesta al común sentir de la historia y de la tradición?

Una sola, de orden intrínseco o filológico.

Papías; cuando habla de la obra de S. Mateo, usa la palabra *"Loguia"*.

Ahora bien, esta palabra se refiere a discursos, dichos, más bien que a hechos; luego en la obra auténtica de S. Mateo no había sino discursos, sentencias del Señor, y no milagros, hechos, como hay en nuestro primer Evangelio. Este es el raciocinio de la Crítica independiente.

El 1832 F. Schleiermacher [3] fué el primero que soltó esta especie, pero hoy día hay incluso muchos acatólicos que no la sostienen [4]. Y es que no tiene consistencia crítica.

La palabra *"Loguia"* en el mismo pasaje de Papías tiene evidentemente el sentido universal de dichos-hechos. Hablando del segundo Evangelio dice Papías que Marcos escribió la predicación de Pedro, quien no quiso hacer una historia de las *"loguia"* del Señor. ¿Cuáles son estas *"loguia"*? Lo dice inmediatamente después, cuando explica que "por esta razón Marcos no escribió con estricto orden los *dichos y hechos* del Señor".

---

(3) Ueber die Zeugnisse des Papias von unseren beiden ersten Evangelien, Leipzig, 1832, p. 735-768.

(4) Como *A. Resch, B. Weiss, E. Schwartz, F. Barth, Jülicher-Fascher, R.B. Henderson, M. Mueller.*

Por tanto, si el término *"loguia"*, cuando habla del segundo Evangelio significa toda la obra de San Marcos, toda la predicación de S. Pedro, dichos y hechos, ¿por qué darle un sentido restrictivo, de solas palabras y sentencias, cuando habla de la obra de S. Mateo?

El título general de la obra de Papías era, según vimos antes por Eusebio, citando las palabras de Ireneo. "Explanaciones de los oráculos (loguion) del Señor".

Por los fragmentos que nos quedan de la obra, se ve claro que abarcaba la explicación de los dichos y *hechos* del Señor. Entre otros hechos cuenta el episodio de la mujer adúltera.

Este uso amplio del *"loguia"* se halla ya en la traducción griega de los LXX, en Josefo Flavio, en Filón, en S. Lucas y en S. Pablo [5].

La traducción siríaca de la Historia de Eusebio traduce sencillamente la palabra *"loguia"* por "Evangelio" [6].

Eusebio mismo llama *"loguion"* una perícopa entera del libro de los Hechos, donde se cuenta la liberación de S. Pedro [7].

Es, pues, evidente que Papías da testimonio en favor del Evangelio canónico de S. Mateo. Contra el testimonio en favor del Evangelio de S. Marcos no suelen los adversarios traer razones.

---

(5) Act. 7, 38; Rom. 3, 2. Cfr. *Donovan* J., The Logia in ancient and recent literature, Cambridge, 1924. El mismo autor, Note on the Eusebian use of «Logia», B7 (1920) 301-310.

(6) *Th. Zahn*, II, p. 271.

(7) Act: 12, 12-23; Euseb. HE 2, 10 1 (PG 20, 159).

Si miramos a la tradición que interpretó siempre las palabras de Papías de nuestros dos Evangelios canónicos, al texto mismo de Papías y a la inconsistencia de la explicación adversaria, podemos afirmar, con certeza científica, que Papías conoció a principios del siglo II nuestros dos primeros Evangelios.

"Este testimonio, dice Cornely-Merk (p. 634), es de una autoridad suma e irrefragable en sí sólo considerado. El sólo basta para dar una certeza histórica absoluta."

Autoridad del testimonio de Papías: Todos, católicos y acatólicos, se la conceden. En los acatólicos hasta ver el interés que han mostrado en probar que Papías no trataba de los Evangelios canónicos

Papías; en cualquier hipótesis, se une con la generación última del siglo I. Papías se interesa por saber la doctrina de los Apóstoles y sus discípulos. Papías trata con dos discípulos del Señor: Aristión y Juan el Presbítero. El testimonio en favor del Evangelio de Marcos lo pone en labios del *"Presbítero"*.

Esto es cierto, y admitido en cualquier interpretación que se pueda dar al texto. Es la autoridad que a nosotros nos basta para unir nuestra cadena de testimonios en favor de los Evangelios con aquellos que vieron y oyeron al Señor.

Las dos cuestiones que dividen, a los autores sobre Papías, la existencia de los dos Juanes y el sentido que se haya de dar a la palabra "Presbítero", es de relativa importancia en el testimonio.

Sube la autoridad del testimonio, si no hay sino un Juan, el Apóstol; si los Presbíteros son únicamente

los Apóstoles. Pero en caso contrario la autoridad fundamental queda en pie. :

1.ª *cuestión disputable: Los "Presbíteros"* (en plural) *son a nuestro juicio los Apóstoles.* El examen intrínseco del texto así lo exige.

El inciso *"qué solía decir Andrés y Pedro..."* no es sino explicación de la frase inmediatamente anterior. Por tanto los "Presbíteros', son Andrés y Pedro los Apóstoles.

Así lo entendió, ya en el año 350 la vieja traducción siríaca que tradujo de esta manera: investigaba las sentencias de los Presbíteros, de Andrés, de Pedro... [8]. Igualmente Rufino, hacia el año 400, en vez de Presbíteros, puso sencillamente "Apóstoles" [9]. Y esto fué lo que hizo también Eusebio, interpretando el texto de Papías: "Papías nos refiere los dichos de los Apóstoles oídos a aquellos que los siguieron" [10].

La frase "discípulo del Señor" que se aplica a Aristión y a Juan "El Presbítero" pone evidentemente a estos dos personajes en la categoría de discípulos inmediatos del Señor. Esta es la interpretación obvia. Por esto Gaechter, que admite como posible que "presbíteros" en plural no se refiere a los Apóstoles, sostiene que aquí "presbítero" (en singular) se refiere a S. Juan Apóstol [11]. Otros o quitan este final [12] o lo cam-

---

(8) *Th. Zahn,* II, p. 221/22.

(9) *Rufinus,* translatio latina HE, 3, 39, 4 (PG 5, 1255/6), E. S. E. Schwazrtz-T Mommsen, Eusebius.

(10) HE 3, 39, 7 (PG 20, 296-300). Werke, 2, 1 (Leipzig, 1903. 287).

(11) P. 59-60.

(12) *Lagrange*, Evang. selon St. Jean, París, 1927, XXXIII.

bian [13] o le dan una interpretación violenta y rebuscada [14].

Ahora bien, si al final del párrafo "presbítero" se refiere por lo menos a un discípulo del Señor y, según probaremos después, a un apóstol, ¿por qué no se ha de referir también antes? ¿ Por qué los presbíteros no han de ser los discípulos inmediatos del Señor, sino discípulos de los Apóstoles, como quieren los adversarios?

Tanto más que en esta explicación resultaría que Ireneo, para quien Papías es "hombre antiguo", estaría más cerca de los Apóstoles que el mismo Papías. En efecto, S. Ireneo se une a S. Juan directamente por medio de S. Policarpo, mientras que Papías, en la sentencia que refutamos, se uniría sólo por medio de discípulos de los presbíteros, que no son Apóstoles, sino discípulos, a su vez de los Apóstoles.

Aun admitiendo que "presbíteros" en la literatura cristiana de los primeros tiempos designe generalmente los ancianos encargados del gobierno de las Iglesias, distintos de los Apóstoles, no podemos admitir esta acepción como exclusiva ni podemos entender cómo la pueden sostener autores católicos que admiten la autenticidad de la segunda y tercera carta de S. Juan, donde él mismo se llama a sí el "presbítero".

Un indicio de que Papías ha reservado la palabra de "presbíteros" para los Apóstoles, es, que "llaman-

---

(13) *Larfeld*, die beiden Johannes von Ephesus, München, 1904, p. 133-136.

(14) *Lambot*, Rben. 43 (1937) 117 s.

do como llama discípulo del Señor a Aristión, no le da el nombre de presbítero, sino que este lo reserva para Juan, discípulo también del Señor". ¿Qué razón podía tener Papías para reservar el nombre de presbítero para Juan y negárselo a Aristión, llamando a los dos discípulos del Señor y siendo, por tanto, verdaderos ancianos? Nosotros no encontramos otro motivo sino este: en la mente y vocabulario de Papías los presbíteros son solamente los Apóstoles. Y, por tanto, Juan el Presbítero es también Juan el Apóstol. Y en esto Papías no ha hecho sino seguir el lenguaje de su Maestro S. Juan, quien al principio de sus dos últimas cartas ha querido llamarse "el Presbítero", nombre que le correspondía por su antigüedad y por su autoridad.

Según esto, Papías investigaba los dichos de los Apóstoles, no de otros personajes intermedios, entre él y los discípulos del Señor.

2.ª *cuestión disputable: ¿Habla Papías de dos Juanes distintos o de uno solo a quien nombra dos veces?* Creemos con bastante probabilidad que no habla sino de un solo Juan, del Apóstol y Evangelista.

Lo creemos así por razones de orden extrínseco y de orden intrínseco.

Razones de orden extrínseco: En toda la antigüedad no hay memoria de dos Juanes ilustres, que fueran los dos discípulos del Señor, como habría que admitir por el texto de Papías, enteramente cierto, pues todos los Códices griegos de las obras de Eusebio tienen el inciso final: "Aristión y Juan el Presbítero, *discípulos* del Señor." El primero en hablar de dos Juanes es Dionisio de Alejandría († ca.

264), cuando dice que había dos sepulcros célebres en Efeso y del mismo nombre [15].

Esta razón y sentencia le pareció bien a Eusebio, pero a nadie más, hasta el siglo XIX.

San Jerónimo dice ya que para algunos, los dos sepulcros no eran sino dos recuerdos de un mismo Juan Apóstol [16].

Polícrates, obispo de Efeso, interesado en ponderar las glorias de su ciudad, escribe al Papa Víctor, hacia el 190, y le dice que, fuera del sepulcro de Felipe Apóstol, no hay otro célebre sino el de Juan Apóstol [17].

Razones de orden intrínseco: "Juan el Presbítero" es S. Juan Apóstol.

Se trata de un título con que el mismo Apóstol se designa en sus cartas [18] y con el que los cristianos lo debían designar y conocer. Era el único superviviente de los que trataron con Jesús, al final del siglo I.

Papías, pues, llama aquí a su Maestro con el título que él mismo se da.

¿Por qué lo menciona dos veces, entre los demás Apóstoles y ahora al final con Aristión?

Porque Papías ha recogido todos los dichos de Juan. Y de Juan tiene dos clases de testimonios en favor de la doctrina de Cristo. Testimonios o palabras recogidas a otros discípulos del Evangelista y pala-

---

(15) *Enseb*, HE 7, 25 (PG 20, 702).

(16) De vir. illustr. 9 (PL 23, 656).

(17) *Euseb*, HE 5, 24 (PG 20, 494).

(18) 2 In. I, 1; 3 In. 1, 1 Esta razón tiene que tener especial fuerza para los católicos.

bras oídas directamente por él a S. Juan. Esto indican los dos tiempos del verbo "decir" *(decían, dicen)*.

Cabe también, como nota Fonseca [19], que la primera vez que nombra a Juan, se pueda suprimir, porque se trata de una interpolación en el texto. Quitado el nombre de Juan la primera vez, la enumeración de los Apóstoles va siempre de dos en dos.

Sobre todas estas razones de orden extrínseco e intrínseco, tenemos que Papías trató personalmente con S. Juan Apóstol, según el testimonio explícito de Ireneo que ya hemos citado antes.

Este testimonio de S. Ireneo nadie lo rebatió en la antigüedad; y muchos lo afirmaron a una con él entre otros el mismo Eusebio en su Cronicón [20].

Vaccari, en un reciente artículo publicado en Bíblica, expone cómo en la antigüedad Papías pasó como discípulo de S. Juan. Los Padres llaman a San Juan, por el hecho de haber descansado en el pecho del Señor, *"Epistezios"*. Y de Papías se dice siempre "Papías de Hierápolis que vivió con el Epistezios" [21].

Esta nuestra opinión descansa por lo demás en la autoridad de los principales autores católicos, aunque tenga algunos nombres de fama en contra [22].

---

(19) O. c. p. 49 Posteriormente, Ramos p. 250 s.

(20) PG 19, 552. Cfr. también HE III, 39, 7.

(21) Un preteso scritto perduto di Papia, B 20 (1939) 413/14.

(22) En favor de nuestra sentencia está el peso de los autores católicos: *Fillion, Pesch, Cornely-Merk, Knabenbauer, Camerlynck, Mangenot, Van Hoonacker, Lepin, Mechineau, Fonseca, Gaechter, Chapman, Belser, Ruffini, Tromp, Perrella, Rosadini, Tondelli, Buccellato, Gut* y recientemente se inclina también Prado en su compendio de las prelecciones del *P. Simón* (Madrid, 1942). Entre los acatólicos *T. Zahn*.

En el testimonio importante de Papías nos queda una cuestión por tratar.

En el texto conservado por Eusebio no habla sino de los dos primeros Evangelios. ¿Se puede aducir la autoridad de Papías en favor de alguno de los otros dos Evangelios?

En favor del Evangelio de S. Lucas no he encontrado nada probable.

En favor del Evangelio de S. Juan sí hay motivos para creer que habló.

Desde luego, todas las circunstancias de persona, lugar y tiempo invitan a creer que Papías conoció y usó el IV Evangelio, como es natural, dadas sus relaciones de discípulo con el autor.

Eusebio nos dice [23] que Papías conoció y se sirvió de la primera Carta de S. Juan, que, como se sabe, fué siempre unida al Evangelio y del cual se puede considerar como introducción o presentación.

El prólogo antiguo [24] (sig. II) del Evangelio de S. Juan, que se encuentra en algunos manuscritos de la Vulgata, nos dice expresamente que Papías por nombre hierapolitano, discípulo caro de Juan, afirmó que el IV Evangelio fué publicado y entregado a las Iglesias por el mismo Juan, en vida aún.

Están por los dos Juanes *Lagrange, Jacquier, Grandmaison, Huby, Lusseau-Collomb.*

(23) HE 3, 39, 17 (PG 20, 300) Cfr. *Zahn*, II, p. 36, nota 1.

(24) Véase lec. II, n. 2.

El texto citado, dice así: "*El Evangelio de Juan fué manifestado y dado a las iglesias cuando Juan vivía todavía en cuerpo, como lo refirió Papías hierapolitano, discípulo caro de Juan...*" (Codix Vaticano).

Estamos, pues, ante un testimonio antiguo que, ya en el siglo II mismo, nos afirma que Papías testifica la paternidad de S. Juan respecto al IV Evangelio.

2. La carta de S. Bernabé

Entramos en un nuevo género de literatura y de documentos en favor de la genuinidad de los Evangelios no se trata ya de testimonios explícitos. Se trata de meras citas, de testimonios implícitos. Testimonios que no mencionan ni los Evangelios ni los autores. Son los documentos más antiguos cristianos que poseemos. Breves ciertamente y de mera instrucción o edificación.

¿Cómo hablan en favor de nuestros Evangelios? Implícitamente. Copian y transcriben textos que están sólo en los Evangelios. Dependen de nuestros libros *lógicamente*, en el contenido ideológico, y *literalmente*, en la transcripción servil de muchos textos y frases evangélicas. Esto prueba claramente que conocían los Evangelios, que les atribuían grande autoridad. En una palabra: que si estos documentos de fines del siglo I y principios del II, dependen en las ideas, en las frases y textos de los Evangelios, es claro que nuestros libros son anteriores, que los Evangelios estaban ya escritos entonces, que no pudieron escribirse ni al final del siglo I ni menos dentro del II, como un tiempo pretendió la Crítica racionalista.

La Carta llamada de S. Bernabé, no es ciertamente de dicho Apóstol, aunque un tiempo se creyera. Se

escribió probablemente en Alejandría en los últimos decenios del siglo I.

Desde los estudios de J. A. Robinson [25] es más común la opinión de que l*a Doctrina de los doce Apóstoles*, que hasta entonces se creía el documento más antiguo, sea posterior. Por tanto, la Carta llamada de S. Bernabé es el documento escrito más antiguo, fuera de los canónicos.

Su autor desconocido cita con certeza el Evangelio de S. Mateo y el de S. Marcos [26]. Es muy posible que aluda también al Evangelio de S. Lucas [27].

Con el Evangelio de S. Juan tiene algún parecido en las ideas y aun en las palabras [28].

3. La Doctrina de los doce Apóstoles

Pertenece también a los últimos decenios del siglo I. Es sencillamente un catecismo, el más antiguo que poseemos, escrito probablemente en Siria. Las alusiones frecuentes a los Evangelios no se explican, si no se admite que el autor se sirvió y tuvo entre sus manos nuestros cuatro Evangelios [29].

---

(25) *Zarb*, p. 282, nota 2; *Altaner* p. 26.

(26) 4, 14 (F I, p. 49; J 30); 5, 9 (F I, p. 53); 12, 11 (íd. ib p. 79).

(27) 14, 9 (F I, p. 83).

(28) 12, 5 (F I, p. 77); 21, 6 (F I, p. 97).

(29) 8, 2 (F I, p. 77); 15, 3 4 (F I, p 35). Para S. Lc., 1, 3 5. (F I, p. 5). Se acerca a Mc. en 1,2 (F I, p. 3). Alude al Ev. de Jn. dos veces en 12, 1 y en 4, 3 (F I, p. 13. 31).

4. S. Clemente Romano

Según S. Ireneo [30], es el tercer sucesor de S. Pedro en la sede de Roma. Eusebio tiene a Clemente por cuarto Papa y da a su pontificado la duración de nueve años, desde el duodécimo de Dominicano al tercero de Trajano [31].

Su carta auténtica a los Corintios prueba que procedía, no del gentilismo, como suponen las pseudoclementinas, sino del judaísmo.

Orígenes y Eusebio [32] lo identifican con el Clemente a quien S. Pablo en su Epístola a los Filipenses (4, 3) alaba como gran colaborador suyo.

La carta que escribió a la Comunidad de Corinto, hacia fines del siglo I, se conserva en su original griego y en la traducción latina y siríaca.

Por esta carta se prueba que usó el Evangelio de S. Mateo. Con bastante probabilidad el de S. Lucas. Parece aludir también al de S. Marcos. Las palabras del Evangelio las cita como palabras del Señor [33].

5. S. Ignacio Mártir

El segundo sucesor de S. Pedro en la cátedra de Antioquía. Padeció el martirio bajo Trajano hacia el

(30) Adv. haer. 3, 3, 3 (PG 7, 849).

(31) HE 3, 15, 34 (PG 20, 250).

(32) HE 3, 15 *Orígenes* in In. 6, 36 (PG 14, 294).

(33) Usa S. Mt. en 13, 2 (F I, p. 117; J 24); S. Lc. en 48, 4 (F I, p. 163); S. Mc. en 46, 8 (F I, p. 159/61).

107. Durante su viaje a Roma, ya prisionero, escribió siete cartas a diversas Iglesias, despidiéndose y dándoles los últimos consejos. De estas cartas se deduce claramente que los Evangelios le eran familiares. Sobre todo el primero y el último [34].

Muy probablemente habla del evangelio escrito también, cuando dice que más que el evangelio escrito hay que confiar en el evangelio practicado y sentido en el corazón. A los que no creen sino lo escrito yo les he argüido por el evangelio escrito [35]

6. San Policarpo

San Ireneo nos ha conservado preciosas noticias sobre su mérito y antigüedad.

Siendo joven S. Ireneo le oía decir a Policarpo que había tratado con Juan y los otros que habían visto al Señor, que repetía sus palabras y cuanto había oído de los milagros del Señor [36].

Policarpo murió mártir en Esmirna, a los 86 años, después de haber visitado Roma y conversado sobre la celebración de la Pascua con el Papa Aniceto, que le permitió celebrase la Eucaristía en su Iglesia.

Poco después de la muerte de S. Ignacio escribió una carta a los Filipenses, hacia el año 107. En ella.

---

(34) Eph. 19, 2 (PG 5, 660); Ad Polyc. 2, 2 (PG 5, 72); Ad Magn 7, 1 (PG 5, 764); Ad Philad, 7, 1 (PG 5, 701; J 58); Ad Smyrn. 1, 2 (PG 708; J 62).

(35) 8, 2 (PG 5, 704; J 60).

(36) Adv. haer. 3, 3, 4 (PG 7, 851 s.; J 212. 264. 165).

revela que le es familiar el Evangelio de S. Mateo y S. Lucas [37]. Por las alusiones y uso que hace de las dos cartas de S. Juan se puede concluir que también conoció el IV Evangelio [38].

Por el análisis de la literatura más antigua cristiana, la llamada apostólica, se ve claro que nuestros Evangelios eran usados y conocidos ya al final del siglo I. Y lo interesante es que se citan los Evangelios con la misma autoridad que los libros del Antiguo Testamento, como libros inspirados. Muchas veces, si no dicen que son palabras de la Sagrada Escritura, dicen que son palabras del Señor. Se encuetran citas de los cuatro Evangelios. Y en cambio, en ninguno de los escritos apostólicos se hace alusión a los Evangelios apócrifos. Todo esto nos da la certeza de que nuestros Evangelios eran universalmente admitidos como obras apostólicas, de discípulos del Señor, ya antes de que se cumpliese el primer centenario de la fundación de la Iglesia y del nacimiento mismo de Cristo. Esto con los documentos en la mano, con los testimonios extrínsecos a los mismos Evangelios. Con el examen interno veremos que podemos subir no sólo al final del siglo I, sino hasta los años que precedieron a la catástrofe del pueblo judío, antes del año 70, unos 40 años después de la Ascensión de Jesucristo a los cielos.

---

(37) Ad Philad. 2, 3 (PG 5, 1008; J 71).

(38) F I, p. 647. En general, para las citas de los PP. Apostólicos sobre los Evangelios se puede ver el índice bíblico de *Funk*, I, p. 640-652.

LECCIÓN V

La genuinidad de los Evangelios en los documentos heréticos, apócrifos y paganos

1. Testimonio de los herejes

El valor apostólico de nuestros Evangelios, su antigüedad, se puede probar por el testimonio indirecto que dan de ella los mismos adversarios del Catolicismo. Hasta ahora habíamos examinado sólo los documentos de católicos en su mayoría. Todos los que vamos a examinar son de autores que quedan fuera de la Iglesia de Roma.

Empecemos por los herejes. Así se designan aquellos cristianos que no reconocen o confiesan el Credo íntegro del Catolicismo o añaden como indispensable y revelado algo que no está en la Revelación de Cristo. Desde un principio encuentra la Iglesia enemigos no sólo en el judaísmo, que siempre le fué adverso, sino aun entre los mismos bautizados.

La primitiva Iglesia constaba de un doble elemento: judío y pagano.

Ambos elementos trajeron sus gérmenes de discordia. Los judíos por inclinarse demasiado al legalismo del Viejo Testamento. Los paganos por propender demasiado a la filosofía griega.

Representante de la tendencia judío-cristiana es *Cerinto* que vivió en tiempo de los Apóstoles y se le considera como el mayor enemigo de S. Juan [1].

Cerinto conoció ciertamente la historia de Cristo y, a lo que parece, no sólo por la tradición oral, sino aun por los documentos apostólicos.

Sus discípulos, en frase de S. Epifanio, usaban el Evangelio de S. Mateo y rechazaban las cartas de S. Pablo [2].

Filastro nos asegura lo mismo del maestro, de Cerinto [3].

Después de Cerinto siguieron otros herejes con tendencias asimismo judías. Parecen ser ya todos posteriores a la época apostólica. En los escritos apostólicos no queda de ellos rastro alguno. Y notemos esto de paso, que es un magnífico argumento en favor de nuestros Evangelios.

De todas las herejías gnósticas del siglo II no hay rastro alguno ni aun en el Evangelio de S. Juan, que es el último. Los Evangelios, sobre todo el de San Juan, tienen cierto carácter polémico y, sin embargo, no se dan por enterados de las grandes herejías del siglo II. Luego es señal clara de que fueron escritos antes del siglo II.

Los *Ofitas* y los *Ebionitas* son también herejes judío-cristianos.

---

(1) Adv. haer. II 11 (PG 7, 879); *Epifanio,* Adv. haer. I, 28 (PG 41, 378-388).

(2) Adv. haer. I, 5 (PG 41, 383-384).

(3) Diversarum haereseon liber, c. 36 (CSEL 38, 20).

Los primeros se llaman así por el papel importante que desempeñaba en sus teorías la serpiente de Eva. Los segundos deben su nombre a Ebion, su maestro, y discípulo de Cerinto.

Los Ofitas reconocían los cuatro Evangelios [4]; los Ebionitas reconocían ciertamente el Evangelio de S. Mateo [5].

La tendencia étnico-cristiana está representada en los principios por *Simón Mago.* Los Filosufúmena le atribuyen muchos textos que hacen suponer la noticia del Evangelio de S. Mateo, S. Lucas y San Juan [6].

Basílides estudió en la escuela de Menandro, discípulo de Simón Mago.

Divulgó la doctrina de sus maestros en Egipto.

Por los fragmentos que nos ha conservado el libro de los Filosofúmena se ve que usó principalmente el Evangelio de S. Lucas [7]. También conoce los otros tres Evangelios. Pero se sirve con preferencia de S. Lucas por su tendencia étnico-cristiana.

Valentín enseñó en Alejandría por el mismo tiempo que Basílides. También vino a Roma entre el 135-160 [8].

Sus doctrinas gnósticas tuvieron gran resonancia en el cristianismo antiguo, como se ve por el empeño

---

(4) Como prueban los testimonios recogidos por *W. Voelker* en su obra «Quellen zur Geschichte der christichen Gnosis». Tibingen, 1932, p. 141-143. Tiene un índice de los textos sagrados que hay en las obras gnósticas.

(5) Epif. Adv. haer. I, 30, 3 (PG 41, 409-410).

(6) Philosophumena, VI, 7 (PG 16, 3205-3206).

(7) Ib. VII, 13-27 (PG 16, 3293-3322).

(8) *Iraen.* Adv. haer. 3, 4 ,3 (PG 7, 856).

que toman en refutarlo S. Justino, S. Ireneo, Hegesipo y Tertuliano.

Admitió los libros del N. T., según parecer del mismo Loisy [9].

Los discípulos de Valentín, *Heracleón* y *Ptolomeo*, aceptan también y conocen todo el N. T., pero aman con preferencia el Evangelio de S. Juan. Haracleón tiene ya un comentario al IV Evangelio, del que nos ha conservado muchos fragmentos Orígenes en su comentario a S. Juan. Asimismo parece que comentó algunas secciones de S. Lucas [10].

En los fragmentos que nos ha conservado S. Ireneo se ve también claro que Ptolomeo admitió los cuatro Evangelios canónicos [11].

Marción sobresale entre todos los herejes de los dos primeros siglos.

Nació a fines del siglo I, en el Ponto. En tiempo de Adriano es ya maestro y profesa algunas singularidades que le traen serios disgustos en Asia.

Hacia el 138/9 se viene a Roma, donde logra las simpatías de los fieles por su liberalidad para con los pobres.

La doctrina que predica se caracteriza por la oposición entre la antigua Ley y la nueva. Pronto se separó del seno de la Iglesia católica.

---

(9) Histoire du Canon du N. T., París 1891, p. 64. *Voelker* o. c. p. 144 tiene citas del Ev. de S. Mt. Cfr. *Jacquier*, Le N. T. dans l'Eglise, I, p. 149.

(10) *Clem de Alej.*, Strom. 9 (PG 8, 128/9).

(11) *Voelker* o. c. p. 144 s.

San Policarpo, al encontrarlo en Roma, lo saludó como el primogénito de Satanás [12]. Con la ayuda del diablo, dice S. Justino [13], sembró la blasfemia por todo el mundo.

A fines del siglo II hay verdadera preocupación por el Marcionismo en casi todas las Iglesias: S. Ireneo, en Lyon; Tertuliano, en Cartago; Hipólito, en Roma; Clemente, en Alejandría; Teófilo, en Antioquía [14].

Marción llevó hasta el extremo la oposición paulina entre la Ley y la Gracia. Había un abismo infranqueable entre el Dios justiciero del A. T. y el Dios misericordioso del N. T. Jesús, que no era Mesías ni Hijo de Dios, había venido para abolir enteramente la Ley.

Para probar su doctrina niega la autoridad de los libros del A. T.

De los libros del N. T. usa las cartas de S. Pablo y el Evangelio de S. Lucas.

No niega la apostolicidad de los otros escritos neotestamentarios. Pero, porque están impregnados del espíritu de la antigua Ley, opina que han deformado el mensaje de Jesús. Tampoco quiere reconocer los dos primeros capítulos de S. Lucas, por la misma razón, porque se inspira en fuentes judías.

Es muy original la posición de Marción respecto a nuestros Evangelios. No niega sus autores apostólicos. Antes que negar la autenticidad, prefiere negar la

---

(12) *Iraen.* Adv. haer. 3, 3, 4 (PG 7, 853).

(13) Apol. I, 26 (PG 6, 367/8).

(14) *Batiffol,* L'Eglise naissante et le catholicisme, París, 1909, p.280.

autoridad de los Apóstoles. Tan claro le parecía el origen de los mismos.

Resumamos ahora el valor del testimonio de los herejes en favor de nuestros Evangelios. Es un argumento de primer orden.

Dan testimonio de la genuinidad de los Evangelios, de su antigüedad, porque *los conocen y los utilizan.* Prueban o tratan de demostrar sus doctrinas con los Evangelios. A la refutación que hacen de sus errores los Apologistas católicos nunca responden negando el valor de los Evangelios. No se conserva ni una sola oposición o negación de los autores de los Evangelios.

Son gente desaprensiva en materia crítica y de historia. Niegan lo que les parece y afirman lo que les parece. Y sin embargo, aceptan los Evangelios como obras apostólicas. Si la convicción de la apostolicidad de los cuatro Evangelios no hubiera sido universal, clara y sólida, irrebatible, ¿no les hubiera sido mejor y más sencillo negar, con nuestros modernos racionalistas, la autenticidad, antes que esforzarse por probar sus doctrinas con los mismos Evangelios?

2. Testimonio de los Evangelios Apócrifos

El nombre de Apócrifos, etimológicamente, vale tanto como oculto, escondido. En la historia de la Iglesia se designa así aquellos libros que tratan de la vida de Jesús, pero que la Iglesia no reconoce como dignos

de fe. Son libros que nacieron en las sombras del misterio y que, ordinariamente, ocultaban el nombre del verdadero autor bajo otro especioso y glorioso.

La Iglesia desde un principio no acepta sino aquellos Evangelios cuyo origen apostólico le es bien conocido y cierto. Frente a los demás se muestra desconfiada, aunque puedan contener verdades y hechos históricos.

Los Apócrifos son obras que nacen en ángulos solitarios, que se revisten tardíamente de la autoridad de algún apóstol. De origen siempre sospechoso. Por eso apócrifo hoy día es sinónimo de inauténtico, herético o fabuloso las más de las veces.

De la mayor parte de los Evangelios apócrifos no conservamos sino fragmentos. En 1703 Fabricio contó hasta 50 Evangelios apócrifos, observando que muchos eran la misma obra con diversos títulos [15].

Hoy día sólo se cuenta como distintos y dignos de estudio unos 14.

Los Apócrifos sugieren problemas interesantes. ¿En qué relación están con respecto a los Canónicos que son los cuatro que admite la Iglesia?

Voltaire hizo una comparación de los Apócrifos y Canónicos para igualarlos y quitar todo valor a los nuestros [16]. Estudia los 50 Apócrifos de Fabricio. Saca por conclusión que cada Comunidad cristiana tuvo su Evangelio y que la distinción entre Canónicos y Apó-

---

(15) Codex apocryphus N. T., Hanburg, 1703.

(16) Le tombeau de fanatisme, obras completas. París 1837, t, VI, p. 183.

crifos se debe al Concilio de Nicea. Más tarde llegó hasta a afirmar que los Apócrifos estaban sobre los Canónicos.

Parecida a la tesis volteriana fué en un principio la teoría de la escuela de Tubinga. En 1847 afirmaba Cristián Baur que nuestros Evangelios salieron como obra de selección entre la multitud de los Evangelios primitivos apócrifos. Los Canónicos se impusieron, según Baur, porque resultaron los más completos de todos. Afirmaciones que hoy no tienen aceptación ninguna entre los mismos acatólicos, por su falta de consistencia histórica y crítica.

En España, en los años de la República, Edmundo González Blanco lanzó al público una obra en tres tomos sobre los Evangelios apócrifos, con un prólogo firmado en Madrid el 1934, que supone mucha lectura de las obras acatólicas antiguas, pero muy poca de las modernas. El plan es volteriano. Poner los Evangelios Canónicos al par de los Apócrifos. Los nuestros son unos de tantos Evangelios novelescos. Afirmaciones vagas y generales, sin base ni demostración científica ninguna. Los enemigos, pues, del Catolicismo han tratado de aprovechar la literatura apócrifa, que se desacredita por sí sola, para desacreditar también los Evangelios canónicos, que los católicos consideramos como invulnerables. ¿Qué hay de esto?

Podemos afirmar con la autoridad que da el estudio concienzudo y serio, que los Apócrifos no sólo no oscurecen en nada la luminosidad de nuestros cuatro Evangelios canónicos, sino que les sirven de fondo oscuro para hacer resaltar más su valor histórico.

Los Evangelios apócrifos se pueden dividir en dos grupos generales.

Uno cuyo texto ha llegado hasta nosotros completo y otro que sólo ha llegado en fragmentos.

Los Evangelios de texto completo son seis. Cuatro tratan de la Infancia de Jesús. Son el *Protoevangelio de Santiago* (que coincide con el Pseudomateo y el Ev. de la Natividad de María), el *Evangelio de Sto. Tomas,* el *Ev. árabe de la Infancia* y la *Historia de José el Carpintero.*

Los otros dos se refieren al final de la vida de Jesús y de su Madre: el *Ev. de Nicodemo* con *los Actos de Pilato* y el *Tránsito de María* [17].

Todas ellas son obras de imaginación. El silencio de los Canónicos sobre el principio y fin de la vida de Jesús y de su Madre despertó la piadosa curiosidad de los fieles y con ello su fantasía. Al tronco de la narración histórico-canónica fueron así enlazándose paulatinamente una gran multitud de leyendas.

Estos Evangelios apócrifos, de texto completo, son todos obras recientes, de los siglos IV y V.

Según los estudios modernos no se les puede conceder una antigüedad superior al siglo III [18].

Por todo lo que nosotros hemos demostrado anteriormente sobre el origen de los Canónicos, es claro que por esta fecha nuestros Evangelios eran univer-

---

(17) Para bibiografía cfr. *Waltercheid,* das Leben Jesu nach den neut. Apocryphen, Düsseldorf, 1932.

(18) Cfr. *Lepin,* Evangiles canoniques et Evangiles apocryphes, RA 1 (1905-06) 198-202.

salmente reconocidos como obras del siglo I, de los Apóstoles.

Dado el origen tardío de este primer grupo de Apócrifos, nada tiene de extraño que dependan incluso literariamente de los Canónicos.

El Protoevangelio depende manifiestamente de Mt. y Lc. Es el primero que da los nombres de los padres de la Virgen, de S. Joaquín y de Sta. Ana.

Lo mismo ocurre al Ev. de Tomás y al Ev. árabe de la Infancia.

Prueba clara de la dependencia es que nunca contradicen a los Canónicos, nunca se salen del cauce que ellos trazaron. Se contentan con adornar el contenido tradicional, bordarlo, supliendo su silencio con bellas imaginaciones. Van siempre siguiendo las sombras que proyectan los Canónicos en el viaje a Egipto, en la vida oculta de Nazaret, en las relaciones entre S. José y María, anteriores a la Anunciación. No tratan otros temas sino los que señalan los Canónicos, llenando los vacíos que ellos dejaron para la curiosidad humana.

No introducen otros personajes sino los que salen en los Canónicos, supliendo siempre los datos biográficos que podían interesar a la curiosidad de los cristianos de los siglos III y IV.

Como ejemplo concreto baste el siguiente que tomamos del Pseudomateo [19].

El Evangelio canónico de S. Mateo dedica a la Infancia de Jesús dos capítulos; el Pseudomateo le

(19) *Tischendorf*, Evangelia apocrypha, Leipzig, 1876, p. 73.

dedica 42 capítulos!!! En el capítulo 13 dice así adornando la narración canónica:

"Después de algún tiempo sucedió que tuvo que empadronarse todo el mundo. Este empadronamiento se hizo por Quirino, Presidente de Siria. José con la bienaventurada María tuvo que empadronarse en Belén, porque de allí descendían los dos, de la tribu de Judá y de la familia de David.

Yendo de camino José y la bienaventurada María, dijo María a José: veo ante mí dos pueblos, el uno que llora y el otro que ríe.

A la cual respondió José: siéntate en tu jumento y no digas palabras superfluas.

Entonces se les apareció un niño hermoso vestido de blanco que dijo a José: ¿Por qué has dicho palabras superfluas?... Y diciendo esto, el Angel mandó parar el jumento, porque se acercaba el tiempo del parto. Mandó a la bienaventurada María que descendiese del jumento y entrase en una cueva, en la que no había luz, sino siempre tinieblas. Porque no podía recibir la luz del día.

Y, habiendo entrado la bienaventurada María, empezó toda a iluminarse, como si fuese medio día. Tal luz divina la esclarecía, que ni de día ni de noche faltaba la luz, mientras estuvo la bienaventurada María. Y parió un niño que en seguida rodearon los ángeles y recién nacido, teniéndose en sus propios pies, fué adorado. Los ángeles le decían: Gloria a Dios en las..."

Como se ve, es un calco de la narración canónica con suplencias de la piadosa y curiosa imaginación.

El primer testimonio, pues, que dan los Apócrifos de texto completo en favor de los Evangelios canónicos, es que los *utilizan*, los explotan, los toman por guías y base de sus narraciones.

Un testimonio todavía más precioso proviene de los elementos propios y exclusivos de los Apócrifos. Examinando las cosas que añaden a los Canónicos, por ejemplo en la narración que hemos antes transcrito, se nota en seguida una tendencia teológica o dogmática. Están compuestos bajo el influjo de las preocupaciones doctrinales en curso. Nos reflejan la fe de los siglos en que nacieron, la evolución o desarrollo en la claridad y precisión con que aquellos cristianos posteriores veían ya los dogmas cristianos.

Los Evangelios canónicos nos hablan del Niño Jesús como de un niño cualquiera, primogénito de una Madre joven que nace en las afueras de Belén porque a sus padres no les han dado puesto en la posada, que tiene que huir a Egipto para escapar de las iras de Herodes, que vive en Nazaret obedeciendo y creciendo como los demás niños. Nada extraordinario y divino en todo esto.

Los Apócrifos tienen que narrar de manera que aparezca la divinidad de aquel Niño y la grandeza de aquella "Madre de Jesús". Sus autores veían en el Niño al Verbo de Dios y en la Madre a la Madre de Dios y esta fe se ha de patentizar en prodigio tras prodigio.

La idea que más influye en la composición de la Infancia apócrifa es la fe en la divinidad de Jesús. Los cielos se paran, los pájaros se paran también; unos obreros que comen se quedan con la mano suspensa

en el aire; los pastores se quedan también extáticos. Jesús recién nacido se tiene en pie.

En Nazaret, mientras en los Canónicos, una sola frase resume la vida humana de Jesús durante 25 años, los Apócrifos nos dicen que los compañeros de juego, si le molestan o le pegan, caen instantáneamente muertos. El maestro que tiene el atrevimiento de castigarlo una vez por una respuesta impertinente cae también muerto. Tres maestros se esfuerzan vanamente en instruir este niño prodigio. Al primero que quiere enseñarle el alfabeto, da Jesús una lección sobre el sentido alegórico de la letra A. Al segundo lo mata, para resucitarlo después. Al tercero le da una amplia lección de exegesis bíblica.

Niño todavía se convierte en predicador de sus paisanos. Las figuras de barro que hace como los demás niños, tienen la suerte de recibir la vida. Se le rompe el cántaro y lleva el agua a su Madre en las tablillas de la escuela.

En todas estas imaginaciones de la fantasía hay un fondo de verdad y de fe. Con ellas se trataba de dar expresión gráfica e histórica a la idea altísima que los cristianos de los siglos III y IV tenían del Niño de Belén y de Nazaret. No era un niño de tantos. En aquel barro humano se ocultaba la potencia y la sabiduría de Dios.

La virginidad de la Madre de Jesús, tan clara y arraigada en los cristianos de los siglos III y IV, es otra de las preocupaciones dogmáticas que dirige la fantasía en la composición de los Apócrifos.

En suma, estos Evangelios apócrifos no pueden sustraerse a las preocupaciones religiosas de la época.

Con razón en este punto escribe Renán: No uso los Apócrifos porque de ninguna manera se pueden comparar con los Canónicos. Son puras amplificaciones que no tienen otra fuente que los Canónicos y sobre la que no añaden nada utilizable generalmente [20].

Los Evangelios de texto fragmentario, que nos han llegado por las citas de los Padres, son de dos clases: unos escritos con certeza en el siglo II y otros que se remontan al I.

A) APÓCRIFOS DEL SIGLO II

De los catorce que mencionan los antiguos escritores han desaparecido totalmente diez. De estos desaparecidos solamente sabemos que existieron y que circulaban entre los Gnósticos del siglo II o principios del III.

Eran Evangelios que llevaban los nombres de herejes famosos: *Evangelio de Apeles, de Basílides, de Cerinto, de Valentín.*

Hay otros seis con nombres de Apóstoles: *Evangelio de Andrés, de Mafias, de Judas Iscariote, de Bernabé, de Bartolomé, de Judas Tadeo.* De todos estos hoy no nos queda nada.

Hay cuatro que nos han llegado en fragmentos: *Evangelio de Marción, de los Doce Apóstoles, Evangelio según Felipe, Ev. según Pedro.*

El Ev. de Marción, escrito entre el 125-140 es un compendio del Evangelio canónico de S. Lucas. Omi-

(20) Vida de Jesús (1867) p. LXXXVIII.

te todo lo que se refiere a la Infancia. Las omisiones se explican todas por los prejuicios dogmáticos.

Hoy opina así toda la Crítica [21].

El Evangelio de los Doce Apóstoles data de principios del siglo III. Los fragmentos confirman que era el Ev. de S. Mateo falsificado y mutilado.

Dos fragmentos que no tienen paralelos con los Canónicos expresan las tendencias antisacrificales de los herejes que lo usaban, los Encratitas.

El Evangelio de S. Felipe era de origen gnóstico, mencionado por vez primera por S. Epifanio [22].

El Evangelio de Pedro es el más importante de estos cuatro. Tenemos una edición completa y crítica hecha por León Vaganay en 1930 [23].

Según este autor se escribió en Siria hacia el año 130.

Revela claramente el uso de los cuatro Evangelios canónicos, que modifica según las tendencias docetistas del autor. Es, pues, un argumento sólido de la existencia de los cuatro Evangelios canónicos en Siria, al principio del siglo II [24].

Estos cuatro Evangelios convienen en ser posteriores al siglo I, en depender literalmente de los Canónicos. Fuera del de Marción, todos se han encubierto y autorizado con nombres de Apóstoles.

A pesar de su nombre, no privan en la Iglesia. Son considerados como heréticos y rechazados del canon.

---

(21) Cfr. *Bebb,* art. Luke, DBH III, p 169.

(22) Adv. haer. I, 26, 13 (PG 41, 351).

(23) *L. Vaganay,* L'Evangile de Pierre, París, 1930.

(24) Id. ib. p. 43-65; 147-163; 176-180.

En cambio, los cuatro Canónicos, sin título ni nombre de Apóstoles, son reconocidos universalmente como apostólicos. Este hecho no tiene otra explicación que la realidad, la verdad histórica, la genuinidad.

B) EVANGELIOS DEL SIGLO I?

Hay dos Evangelios apócrifos que han merecido el honor de ser comparados con los Canónicos por algunos críticos independientes: *El Evangelio de los Hebreos y el Evangelio de los Egipcios.* Hay quienes los ponen en el siglo II. Aunque sean obras del siglo I, nada se prueba contra los Canónicos. Ambos dependen de ellos. Luego son posteriores.

La índole del *Evangelio de los Hebreos* se ha discutido mucho. Es discutible aun hoy día si fué una cosa con el de los Nazarenos y Ebionitas.

Lo conocemos por las noticias de S. Jerónimo, que los tradujo del original al griego y al latín. San Jerónimo nos dice que este Evangelio escrito en caldeo o arameo estaba en uso en la secta de los Nazarenos, quienes lo consideraban como el texto original de S. Mateo. Los pocos fragmentos que conocemos muestran grandes semejanzas con el primer Evangelio. La idea que hoy domina en la Crítica es que el Evangelio de los Hebreos es una retractación o elaboración del texto arameo de S. Mateo. Es anterior al 150. Su nombre se debe a los cristianos de lengua aramea de Siria y Palestina, llamados Nazarenos comunmente.

En todo caso fué el Evangelio de S. Mateo retocado con interpolaciones y elementos legendarios.

El mismo Jülicher-Fascher confiesa que no fué sino el Ev. de Mt. modificado [25].

El Evangelio de los Egipcios, a juicio de Höpfl [26], nació ciertamente en la segunda mitad del siglo II, en Egipto. De él usaron diversos herejes. Los fragmentos prueban claramente su índole herética. Entre otras cosas reprueba el matrimonio. Es falso que este Evangelio fuera recibido de todos los judío-cristianos de Egipto. Desde un principio se tuvo por apócrifo y herético.

San Epifanio dice que los Sabelianos lo utilizaban para probar su herejía sobre la Trinidad [27].

En resumen, sobre estos dos Evangelios, se puede decir que la mayoría de los autores católicos se inclina a que son también del siglo II, sobre todo el de los Egipcios.

El de los Hebreos muy probablemente se escribió en arameo durante el siglo I y después se tradujo al griego en el siglo II [28].

Todos los autores, aun la mayoría de los acatólicos, están conformes en admitir la dependencia de estos dos más antiguos respecto del canónico de San Mateo.

Resumiendo, se puede por tanto afirmar que todos los Evangelios apócrifos son posteriores a los Canónicos, que *los utilizan*, que los *completan* y que los

---

(25) Enleitung in das N. T., Tübingen, 1931, p. 282.

(26) Introd. vol. I, Roma, 1926, p. 101-102; *Altaner* (p. 85), lo hace posterior al 150.

(27) Adv haer. II, 62, 2 (PG 41, 1051).

(28) Cfr *Cornely-Merk,* n. 339. 1; 38. 1; *Höpfl,* vol I, Roma, 1926, p. 102; *Altaner* (p. 35), se contenta con decir que es anterior al año 150.

deforman en muchos casos según las tendencias dogmáticas.

Son *de origen impreciso, de autores desconocidos,* aunque muchos se cubran con los nombres gloriosos de varios Apóstoles.

Ninguno de ellos fué *reconocido universalmente* como libro *sagrado* y, aunque alguno fuera admitido por alguna Iglesia particular, fué sólo transitoriamente hasta que se alzó la protesta de algún obispo más entendido y celoso.

Todo esto habla muy alto en favor de los Canónicos, admitidos por toda la antigüedad en todas las Iglesias, con universalidad de tiempo y de espacio, como libros sagrados y apostólicos.

Habla también muy alto en favor del *espíritu crítico de los católicos.* No bastaba para que la Iglesia admitiese como apostólico un libro que llevase en su portada el nombre glorioso de un apóstol. Debía constar claramente de la genuinidad del título. Había que examinar la historia y génesis del libro. Si las pruebas no eran satisfactorias, el libro era postergado aunque no contuviese ningún error contra la fe y las costumbres. El criterio era siempre el mismo: la tradición, lo recibido. Un criterio de rigurosa crítica histórica.

3. Testimonio de los paganos

Los gentiles de los primeros siglos se preocupan bien poco del Cristianismo. Lo desprecian, como una secta más, o lo confunden con el judaísmo.

En la época de las persecuciones, se comprende ya la importancia que tienen los Evangelios para los cristianos. Los Evangelios son arrancados a los mártires de sus propias manos. Contra ellos escriben Porfirio, Proclo y sobre todo Celso.

Examinemos sobre todo la actitud de *Celso*, el Voltaire del primitivo cristianismo. Filósofo pagano y acérrimo enemigo de los cristianos.

Para refutar científicamente la secta cristiana acude a sus libros y escoge por sistema poner en ridículo lo que encuentra en ellos.

En los trozos que nos ha conservado Orígenes dice que Jesús existió hace poco tiempo y que los cristianos lo tienen por Hijo de Dios [29]. Se jacta de conocer bien la doctrina cristiana [30] en parte por relaciones orales, pero sobre todo por los libros cristianos. Lo que dice lo toma de las escrituras mismas de los cristianos que se degüellan con su propia espada [31].

¿Qué libros son estos? Libros escritos por los discípulos de Jesús, libros comunes a todos los cristianos, aun aquellos que se han separado de la Iglesia Madre [32]. Orígenes precisa muchas veces el lugar de S. Mateo y S. Juan, donde Celso se ha inspirado [33].

Esto prueba claramente, que Celso, enemigo acérrimo de los cristianos, tuvo entre sus manos nuestros Evangelios, como obras apostólicas.

---

(29) Contra Celsum, I, 26 (PG 11, 710).
(30) Id. íb. col. 677.
(31) Col. 910.
(32) Col. 819 s. 1279.
(33) Col. 734. 785. 851 s. 855. 1270.

4. Síntesis sobre el valor del testimonio externo

Una ojeada de conjunto sobre los testimonios externos que hemos examinado dará idea de su autoridad y enorme fuerza probativa.

Los Cuatro Evangelios Canónicos han llegado hasta nosotros como obras de dos Apóstoles, S. Mateo y S. Juan, y de dos discípulos de los Apóstoles, S. Lucas y S. Marcos. Desde el siglo IV hasta el XIX todos lo afirman y lo creen sin la menor duda. En el siglo XIX empiezan las dudas y los sistemas científicos para combatir esa fe. ¿Se puede combatir realmente en nombre de la ciencia? ¿Se debe conservar esa fe en nombre de la Ciencia y de la Crítica histórica?

Se debe ciertamente conservar. La cadena de afirmaciones y testimonios que llega hasta nosotros desde el siglo IV, empalma con otra serie de afirmaciones y testimonios que llegan hasta los orígenes mismos del Cristianismo. Nuestra fe en los autores de los Cuatro Evangelios Canónicos no se pierde en las penumbras de la leyenda y de lo desconocido.

Desde el siglo IV hasta el siglo I cristiano, se extiende una cadena fuertemente eslabonada de afirmaciones claras, serias, universales y constantes, que nos lleva hasta S. Mateo, S. Marcos, S. Lucas y San Juan.

Toda la literatura del siglo IV, del siglo III y del siglo II, está llena de testimonios en favor de la genuinidad de los Evangelios.

Un testimonio fuerte y apodíctico que se extiende constante en el espacio y en el tiempo. Llena sin

interrupción tres siglos y abarca todas las regiones y las Iglesias.

Participan de nuestra fe todos los representantes de las Iglesias de los siglos IV, III y II. La Iglesia de Africa con Tertuliano y S. Cipriano; la Iglesia de Alejandría con Orígenes, Clemente y Panteno; la Iglesia del Asia con Justino y Papías; la Iglesia de Siria y Antioquía con Teófilo, Taciano y S. Ignacio; la Iglesia de Acaya con Dionisio de Corinto y Hegesipo [34] la Iglesia de Lyón en occidente con S. Ireneo; por último la Iglesia madre de todas las Iglesias, la Iglesia de Roma con el Fragmento de Muratori, San Hipólito, S. Clemente, S. Ireneo y S. Justino.

La mayoría de los testimonios representan la Iglesia universal y católica. S. Justino recorre toda el Asia proconsular y muere en Roma; Taciano se convierte en Roma y vive en Siria, Cilicia y Pisidia; lreneo se educa en Esmirna, trabaja en Francia y está en contacto con Roma; Clemente nace probablemente en Atenas y allí se hace cristiano, visita Italia, Siria, Palestina y enseña en Alejandría.

Orígenes se educa en Alejandría, visita Roma y vive gran parte de su vida en Oriente.

Muchos de ellos han abrazado el Cristianismo ya hombres, después de madura reflexión y de conocer toda la filosofía religiosa de su tiempo. Así S. Justino, Taciano, Clemente y Tertuliano.

Son todos hombres de ciencia y de crítica ; lo más representativo de aquellos primeros siglos.

---

(34) Ap Euseb. HE IV, 23 y 22 (PG 20 389. 384).

No se trata solamente de testimonios cristianos, sino que los hay de herejes y aun de paganos.

Se trata, sobre todo, de un testimonio oficial, no de individuos y de particulares, que pueden errar y aun apasionarse, se trata del testimonio de una comunidad entera esparcida por todo el mundo civilizado, que no discrepa en sus enseñanzas, que está profundamente convencida, no vacila en sus afirmaciones, las vive muere por ellas. Se siente obligada a vivir conforme a la doctrina de los Evangelios y aun a morir por ella.

Se trata del testimonio de una comunidad que no acepta todos los libros, por especiosos que sean sus títulos, que rechaza la mayoría de los que se llaman Evangelios y obras de Apóstoles y se queda solamente con Cuatro entre casi 50 que se le presentan.

Una comunidad que no tiene más norma que la verdad, lo recibido de la antigüedad, de los Apóstoles, de Jesucristo mismo.

Tal testimonio es único en su especie; no hay libro ninguno en el mundo que pueda presentar señales mas sólidas y apodícticas de su genuinidad.

Lección VI

La genuinidad le los Evangelios y el examen interno

Testimonios extrínsecos al texto mismo de los Evangelios nos han dicho que sus autores son precisamente los que comúnmente se cree: dos apóstoles y dos discípulos de los Apóstoles. ¿En qué relación están estos datos con el texto mismo de los libros sagrados, con lo que se viene llamando testimonio interno? ¿El análisis intrínseco del texto confirma los datos de la tradición u ofrece alguna dificultad inconciliable?

Podemos responder con la unanimidad de los autores modernos, que l*a lectura misma de los Evangelios nos obliga a creer que fueron escritos en pleno siglo I,* que los tres primeros Evangelios son anteriores al año 70, y el último, el de S. Juan, pertenece al último decenio.

Empecemos por el examen del Evangelio de San Mateo.

1. El Evangelio de S. Mateo

En la casi totalidad de los manuscritos y en todas las ediciones impresas, el Evangelio de S. Mateo es el primero. Y es que siempre se le ha considerado como el Evangelio más antiguo.

En esto está de acuerdo toda la tradición cristiana. El Evangelio de S. Mateo fué el primero, escrito

en Palestina y para los judíos, en su lengua nacional. La Pontificia Comisión Bíblica en su decreto VIII, de 19 de junio de 1911, recoge este sentir unánime de la tradición y concreta que la redacción del Evangelio de S. Mateo no se puede posponer a la destrucción de Jerusalén por el ejército de Tito, el año 70 de la era cristiana [1].

La lectura del libro no sólo no contradice en nada este juicio, sino que lo corrobora extraordinariamente.

Los mejores críticos están acordes en reconocer *el espíritu palestinense y judío* de la obra. Desde la primera página del Evangelio nos encontramos sumergidos en los recuerdos y en la atmósfera del Antiguo Testamento.

La genealogía, que abre la narración evangélica, es de tipo enteramente judío.

Al revés de Lucas, que por su carácter de universalidad nos hace llegar hasta Adán, padre de todos los hombres, S. Mateo se queda en Abraham, padre del pueblo judío.

El reino de los cielos que viene a predicar es el reino predicado en los profetas. En todo tiende San Mateo a hacer ver la perfecta continuidad que hay entre la obra de Jesús y la de Moisés. No viene Jesús a destruir la antigua Ley, sino a perfeccionarla: No penséis que he venido para abrogar la Ley o los Profetas; no he venido a abrogar, sino a perfeccionar [2].

(1) ASS 3 (1911) 294-296; EB 401-407.

(2) Mt. 5, 17.

El Evangelio de la Infancia tiende a hacer ver a los Judíos que Jesús de Nazaret es el Mesías prometido en la Ley y en los Profetas. Los sucesos más pequeños de sus primeros años estaban predichos por los Profetas: el nacimiento de una Virgen-Madre, el nacimiento en Belén, la vuelta de Egipto, la muerte de los Inocentes, son otros tantos sucesos señalados en los Profetas [3].

En la vida pública ocurre lo mismo. S. Mateo se complace en ilustrar su narración con textos del Antiguo Testamento. La predicación del Bautista en el desierto, la de Jesús en Galilea, los milagros de Jesús, la predicación en parábolas, la entrada triunfal en Jerusalén, la traición de Judas van precedidas de frases como esta: "a fin de que se cumpliese lo dicho por el Profeta" [4].

La argumentación de S. Mateo se basa en las Escrituras antiguas. Prueba clara de que se dirige a Judíos que las conocían y las estimaban. Los procedimientos literarios, el vocabulario, las alusiones a las costumbres judías prueban lo mismo.

Hay frases enteramente judías y casi exclusivas de S. Mateo.

Reino de los cielos, en vez de reino de Dios que usan S. Lucas y S. Marcos, sale 32 veces en S. Mateo. Tiene por fin condescender con el escrúpulo judío que había sustuído el nombre sacrosanto de Dios por el nombre de cielo.

---

(3) 1, 23; 2, 6. 15. 18.
(4) 3, 3; 4, 15. 16; 8, 17; 13, 15; 21, 5; 27, 9. 10.

La consumación del siglo, el Padre que está en los cielos, la carne y la sangre, en el sentido de poderes puramente materiales; las metáforas de *yugo de la doctrina, atar y desatar, las puertas del infierno* para designar los poderes infernales o el poder de la muerte, la descripción del infierno con las *tinieblas exteriores, el llanto y el crujir de dientes,* son otras tantas frases de uso judío frecuente.

Los lectores del primer Evangelio conocen perfectamente lo que *se ha dicho a los antiguos,* la gama de los juicios rabínicos, *tribunal, Sanhedrín y gehenna;* la forma de los caracteres hebraicos; lo que es una *generación adúltera,* un *prosélito* y un *hijo de la gehenna* [5].

Las alusiones a los hombres y a las cosas, los adversarios a quienes el Maestro se refiere, todo es reflejo exacto del paisaje galileo o de las costumbres de una sociedad que debía ser devorada por la gran catástrofe del año 70 [6].

Hay expresiones protocolarias en el Evangelio de S. Mateo para designar la tierra de Palestina o su capital, que muestran a las claras que todavía el pueblo judío subsiste como nación, con tierra y ciudades propias.

La Palestina es *la tierra de Israel,* sus ciudades, *las ciudades de Israel;* Jerusalén l*a ciudad santa.*

S. Marcos y S. Lucas omiten una frase de Jesús en la que circunscribe su misión personal a los límites de

---

(5) 5, 21. 18; 12, 39; 23, 15.

(6) *Huby*, p. 60.

Israel: *No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel* [7].

El interés que tiene S. Mateo en desacreditar a los Escribas y Fariseos prueba claramente lo que el 1911 notaba ya Streeter: "A cada paso sentimos que S. Mateo escribe para gentes a cuyos ojos el judaísmo farisaico tiene aún fuerza muy real y muy pujante" [8].

El Evangelio ha recogido todas las palabras o actos de Jesús que muestran que él no tiene cuenta con las adiciones y sutilezas de la casuística farisaica. No se ciñe jamás a los ayunos de los fariseos y libra de ellos a sus discípulos [9]; no observa las prescripciones numerosas con que han rodeado la guarda del sábado [10]; lejos de huir del trato de los publicanos y pecadores, los busca y los recibe con benevolencia para salvarlos [11]; rompe con indignación la red de observancias inventadas por los Escribas, con sus rebuscadas distinciones entre lo puro y lo impuro [12].

Ninguno de los 4 Evangelistas es tan completo como S. Mateo en las diatribas y aun discursos de Jesús contra la hipocresía de las clases directoras del judaísmo. El capítulo XXIII es prueba de esta afirmación.

La, oposición entre Jesús y los Jefes del pueblo judío es uno de los distintivos del Evangelio de San Mateo.

---

(7) Mt. 15, 24.

(8) *B.H. Streeter*, Oxford Studies in the Synoptic Problem, 1911, p. 220.

(9) 9, 14-17.

(10) 12, 7-13.

(11) 9, 10-13.

(12) 15, 1-20.

Tenía importancia esta nota dado el tiempo en que escribía S. Mateo y dados los lectores a los cuales se dirigía. Los Fariseos tenían el prestigio de la ciencia, el pueblo sencillo les daba el título de Maestros y Doctores. Tenían también el prestigio de la piedad por sus ayunos y oraciones; Podían, pues, influir en la masa general de los cristianos venidos del judaísmo. El influjo judío se notó bien claro en la primera comunidad de Jerusalén. Las primeras luchas versaron precisamente sobre la armonización entre la Ley antigua y la nueva.

Este peligro no tenía lugar después, cuando los judíos quedaron dispersos, sin templo y sin capital, después de la ruina de Jerusalén.

Por esto el carácter judío del Evangelio de San Mateo no se explica, si no se escribió antes del año 70.

Estas observaciones sólo prueban la antigüedad del Evangelio de S. Mateo.

Se encuentran también indicios a favor del mismo S. Mateo, como autor.

S. Mateo fué un empleado oficial del fisco romano. Y en el primer Evangelio notamos que su autor pone especial atención a esta materia tributaria. Sólo el primer Evangelista nos cuenta cómo Cristo pagó dos didracmas por sí y por Pedro, suma anual que debía pagar todo israelita al Templo.

Sólo el primer Evangelista nos dice que había una moneda propia para pagar el tributo al Emperador, mientras el segundo y tercer Evangelista emplean la palabra común de denario.

S. Jerónimo nota cómo los demás Evangelistas, cuando narran la vocación de S. Mateo, no dan el nom-

bre con que se le conocía entre los fieles, sino el de Leví. Sólo nuestro Evangelista se designa a sí mismo con el nombre de Mateo, ¿Por qué esta diferencia?

La vocación del Apóstol, aunque gloriosa por su fiel y pronta correspondencia al Señor, esta unida a cierta humillación y deshonra por razón del cargo y oficio que ejercía en el momento de ser llamado. Era cobrador de tributos, estaba sentado en la mesa de alcabalero. Datos todos ellos humillantes para el Evangelista, en aquella sociedad judía y romana que tan mal concepto tenía de estos empleados del fisco.

S. Mateo puede libremente buscarse esta humillación; los otros, por delicadeza, callan el nombre más común y ponen otro menos conocido [13].

El título de publicano se encuentra a continuación del nombre de Mateo, sólo en el primer Evangelio S. Marcos y S. Lucas lo suprimen al poner el nombre de Mateo en el catálogo general de los Apóstoles. En el primer Evangelio se encuentra incluso después del nombre de Tomás [14].

Este interés en rebajar a Mateo en el primer Evangelio comparado con la manera delicada y horosa con que lo tratan los otros Evangelios, revela la mano del propio S. Mateo. Es la explicación más obvia. Es una confirmación clara del testimonio de la tradición.

---

(13) *S. Jer.* Com. in Mt. 9,9 (PL 26, 55).

(14) Mt. 10. 3; para el Censo cfr, nt, 17,245; 22, 19; Mc 12, 15 y Lc. 20,24.

2. El Evangelio de S. Marcos

La tradición nos ha presentado el Evangelio de S. Marcos como íntimamente relacionado con S. Pedro. Lo llaman el Evangelio de Pedro. Dicen que se escribió en Roma, a ruego de aquellos fieles, en vida aún del gran Apóstol.

Veamos si la lectura del Evangelio confirma estos datos o los contradice.

El Evangelio de S. Marcos ha sido el menos comentado y estudiado en la antigüedad cristiana. Hoy en cambio llama la atención de todos los estudiosos. Y es que el segundo Evangelio responde a una necesidad de nuestra época, que busca el detalle en la sencillez. Y esta es la característica de S. Marcos.

En medio de su brevedad –no contiene más que 746 versículos contra 1.068 de S. Mateo y 1.140 de S. Lucas– es el más pintoresco y el más concreto de los Sinópticos. En las narraciones comunes se distingue por los pormenores tomados de la realidad que ha vivido.

S. Marcos no fué discípulo del Señor, pero nos trasmite los recuerdos de un testigo y de los más íntimos: de S. Pedro. Esto es lo que nos dice la tradición.

Veamos si guarda este Evangelio alguna relación con el Príncipe de los Apóstoles.

Leyendo el Evangelio segundo, se nota en seguida que el *autor se fija de una manera especial en los hechos y pormenores que se relacionan con S. Pedro.*

El plan general del Evangelio es el mismo que S. Pedro ha trazado en sus sermones conservados por S.

Lucas en el libro de los Hechos, "empezando desde el bautismo de Juan hasta el día en que subió a los cielos" [15].

El Señor empieza su actuación pública con la vocación de S. Pedro [16].

Los hechos sucedidos en casa de S. Pedro, en Cafarnaún, están bastante más detallados en el segundo Evangelio que en los otros [17].

Hay también hechos indiferentes, que los otros Evangelios callan, pero que se notan en el segundo, porque se trata de hechos en los cuales toma parte activa el Príncipe de los Apóstoles [18].

En suma, *la actuación de S. Pedro se refleja mucho mejor en el segundo Evangelio* que en los otros.

Con este particular, que los hechos más gloriosos de S. Pedro se suprimen aquí. Así, nada se dice de la famosa promesa de Jesús: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia [19].

Esto se explica muy bien en el segundo Evangelio, si suponemos con la tradición que está escrito por S. Marcos y con el propósito especial de reproducir la predicación de S. Pedro. Es obvio que Pedro hiciese resaltar los hechos en que había tomado parte muy activa; sus pormenores los conservaba muy frescos por la impresión recibida. Pero, cuando ya se trataba de cosas más honrosas para él, es obvio que las callase.

---

(15) Act. 1, 21 s.; 10, 34-43 Cfr. Mc. 1, 1-4; 16, 19 s.
(16) Mc. 1, 16-18.
(17) 1, 29-34.
(18) 1, 35-38; 5, 37-43.
(19) Mt. 16, 18.

En cambio, las negaciones que notan todos los Evangelios, se detallan más en S. Marcos. Y es que Pedro tampoco las callaba en su predicación.

La omisión del primado tiene más importancia, si se advierte que no se calla la reprensión que siguió a aquella escena [20].

Con razón escribió Eusebio: Justamente calló Pedro lo del primado y con él Marcos; mas lo que se refiere a sus negaciones, lo publicó a todos los vientos [21]. S. Juan Crisóstomo da la misma explicación [22].

La lectura, pues, del libro hace sospechar vehementemente que su autor o ha sido S. Pedro o alguno que se ha dirigido en todo por los consejos de San Pedro.

La tradición también nos dice que el segundo Evangelio se escribió *para los cristianos venidos de la gentilidad y de Roma,* en concreto.

Este aserto encuentra también su confirmación en el texto del libro.

Las palabras arameas que nos ha conservado el autor las explica siempre y da su equivalente griega [23].

Los usos y costumbres de los judíos se explican siempre. Así cuando habla de los lavatorios y purificaciones que los gentiles no entendían, la fiesta de la Pascua, la víspera del sábado [24].

---

(20) 8, 33; 14, 37.
(21) Demonstr. evang. 3, 5, 92 (PG 22, 217).
(22) In Mt. hom. 58, 2 (PG 58, 568).
(23) Cfr. 3, 17; 5, 41; 7, 11. 34; 15, 22. 34; 10, 46; 14. 36.
(24) 7, 1-23; 14, 12; 15,42.

Suprime lo que a los gentiles no interesaba, como las cuestiones referentes a la Ley, las diatribas contra los Escribas y Fariseos, la huída en día de sábado... [25].

La universalidad de la predicación evangélica entre todas las naciones la hace resaltar con frases que no están en el lugar paralelo de S. Mateo [26].

Lo que podía ofender a los paganos, como la respuesta del Señor a la mujer sirofenisa, se mitiga o se suprime del todo, como la orden de predicar a sólo los judíos dada a los Apóstoles en vida del Señor [27].

La creencia de que el Evangelio se escribió en Roma no sólo no se contradice en el texto, sino que la confirman también varios indicios.

Supone ya conocidos de sus lectores a Alejandro y Rufo [28], dos cristianos muy probablemente de la comunidad de Roma, por lo que dice S. Pablo [29].

Los latinismos del Evangelio segundo son también muy significativos, sobre todo si se comparan con los otros Evangelios. Por esto escribe Lagrange: "Si no prueban apodícticamente que el segundo Evangelio ha sido escrito en Roma, por lo menos sugieren que su autor estaba más familiarizado con el mundo latino de lo que estaba de ordinario un griego de Palestina; y todo se explicaría fácilmente de haberse escrito en Roma" [30].

---

(25) Cfr. Mt. 5-7. 23; Mc. 12, 37-40; Mt. 24, 20; Mc. 13, 18.
(26) Mc. 11, 17 comparado con Mt. 21, 13.
(27) Cfr. Mc. 7, 27; Mt. 1, 26; 10, 5; 15, 24.
(28) 15, 21.
(29) Rom. 16, 13.
(30) Ev. selon St. Marc. París, 1911 XVIX.

Los latinismos en el Evangelio de S. Marcos han originado en algunos autores [31] la creencia de que había sido escrito en latín. Pero esta opinión ni ha prevalecido ni tiene serio fundamento.

El examen interno del libro confirma el sentir de la tradición.

Añadamos una razón más en favor de la autenticidad del segundo Evangelio. *La persona de San Marcos* no tiene en la antigüedad tal importancia, que de no haber sido realmente el autor del libro, se hubieran interesado los cristianos en atribuirle a él en particular una obra que no era suya con el solo fin de autorizarla. Lo más razonable hubiera sido atribuirla a un apóstol de significación y relieve. El hecho, pues, de haberlo atribuído a S. Marcos, no se puede fundar sino en la realidad misma de las cosas y de la historia.

3. El Evangelio de S. Lucas

El prólogo con que se abre el tercer Evangelio nos indica ya su grande antigüedad. Es una obra que se escribe, cuando viven aun los testigos presenciales de la vida de Jesús. Su autor los ha tratado, les ha preguntado, se ha informado, ha oído "a aquellos que desde un principio fueron testigos de vista y ministros de la palabra".

---

(31) Entre los antiguos *S. Efren, Eutiquio de Alejandría.* Entre los modernos *Baronio, Belarmino.* En nuestros días *L. Couchoud, F.C. Burkitt.*

El prólogo, pues, está en plena armonía con lo que nos dice la tradición sobre el autor del tercer Evangelio. Se trata de un hombre de la primera generación cristiana, aunque no fué discípulo inmediato de Jesús. Sus informes los ha recibido de los Apóstoles y demás discípulos del Señor.

Por la manera como describe el tercer Evangelio la infancia de Jesús, por la manera como habla de María, hay quienes creen probable que el autor oyera contar estos hechos de los labios mismos de María Santísima [32].

Dos veces nota el autor que María conserva en su corazón los hechos referentes a Jesús [33].

Plummer nota en la narración de S. Lucas cierto colorido femenino que revela la fuente donde se ha inspirado [34].

El autor del tercer Evangelio se presenta en la tradición como íntimamente *unido con S. Pablo,* como discípulo y compañero suyo. Y no hay duda que, leyendo su libro, se confirma uno en esta misma idea.

El espíritu del tercer Evangelio es netamente paulino.

El mensaje divino de Jesús se ve a través del prisma de S. Pablo que confiere a Lucas la inteligencia profunda del misterio de Cristo. Es lo que dijo Tertuliano con frase felicísima: "Pablo fué el iluminador de Lucas" [35].

---

(32) Cfr. *Baldi*, L'Infanza del Salvatore, Roma, 1925, p. 319-329.
(33) 2, 19, 51.
(34) The Annuntiation, DBH I, 75.
(35) Adv. Marc. 4, 3 (PL 2, 365; J 340).

La filantropía de Dios, tan característica del evangelio de S. Pablo, resplandece de manera extraordinaria en S. Lucas.

Sobre el rostro de Cristo resplandece la bondad misericordiosa, la benignidad que se inclina sobre todas las miserias y sobre todas las enfermedades.

Es el Salvador de todos los hombres, de todos los pueblos y de todas las razas, porque todos son hijos de Dios. La genealogía de Jesús, mientras en el Evangelio de S. Mateo no pasa de Abraham, padre del pueblo judío, en el de S. Lucas se remonta hasta Adán, padre del género humano.

Todo los hombres son objeto del beneplácito divino. El Mesías será la luz que ilumine a las naciones. Por esto toda carne verá la salud de Dios.

Nadie queda excluído del mensaje de Jesús, del reino que predica; Las narraciones y parábolas propias de S. Lucas tienden a hacer resaltar el aspecto universalista y misericordioso del mensaje cristiano. Propias del tercer Evangelio son las parábolas del Buen Samaritano, de la oveja perdida, de la dracma, y del hijo pródigo.

Dante llamó justamente a S. Lucas el "escriba de la mansedumbre de Cristo" [36].

Se ha notado con razón el papel importante que desempeñan las mujeres en el tercer Evangelio. El paganismo había rebajado la condición de la mujer. S. Pablo, en cambio, había proclamado la igualdad de todos en Cristo: No hay judío ni griego, esclavo ni li-

(36) De Monarch, 1, 16 (edic. Wite, 1874, p. 33).

bre, hombre o mujer: porque todos vosotros sois uno en Cristo [37].

Todo esto revela claramente que el autor del tercer Evangelio estuvo influenciado por S. Pablo. Se han notado hasta muchos parecidos de vocabulario y fraseología. Harnack cuenta hasta 84 *términos* comunes a S. Lucas y S. Pablo, que no se encuentran, por otra parte, en los demás Evangelios.

La tradición pinta también a *S. Lucas como médico.* Estudios especiales han revelado en su Evangelio esta cualidad. Su autor emplea los términos técnicos de la medicina al describir las enfermedades; las curaciones las describe con precisión. A Cristo lo pinta también como médico de las almas. Sólo S. Lucas trae el refrán: "médico, cúrate a ti mismo" [38]. La observación de S. Marcos respecto a la hemorroísa que "había sufrido mucho en manos de médicos y gastado su hacienda sin lograr alivio, antes empeorado", se halla en S. Lucas muy mitigada. Como médico suprime las frases que podían menoscabar su profesión [39].

W. K. Hobart escribió en 1882 un libro sobre el lenguaje médico de S. Lucas. Tesis que aprueban muchos autores católicos y acatólicos [40].

Se puede concluir que el examen interno del tercer Evangelio confirma la tradición universal de que fué escrito por Lucas, médico y compañero de Pablo [41].

---

(37) Gal. 3, 28.

(38) 4, 23.

(39) Cfr. Mc. 5, 26; Lc. 8, 43-47.

(40) *W. K. Hobart*, The medical language of St. Luke, Dublín, 1882.

(41) AAS 4 (1912) 463-465; EB 408-416.

4. Evangelio de S. Juan

Leyendo el cuarto Evangelio sin prejuicio saca uno la convicción de que su autor es S. Juan, el discípulo amado de Jesús.

Es evidentemente *obra de un judío de Palestina* por el conocimiento que revela de las Escrituras, de los usos y costumbres judías, de la geografía, de los partidos y rivalidades [42].

Es además un *testigo ocular,* como se designa a sí mismo, y lo prueban además las circunstancias y pormenores que inserta en las narraciones [43].

Es *un apóstol* y lo que es más importante, es *el Apóstol "a quien amaba Jesús"* con especial afecto.

El autor se presenta como testigo y como el discípulo a quien amaba Jesús.

Quien escribe esta obra ha visto la gloria del Verbo Encarnado; sus ojos han contemplado el pecho abierto de Jesús [44].

Al final del libro tenemos un testimonio, del autor o de sus amigos, donde se afirma que *quien escribe es el Discípulo Amado* [45].

¿Quién es el Discípulo Amado? Es ciertamente testigo de cuanto escribe, discípulo de Jesús, apóstol de los más íntimos. Reclinado sobre el pecho de Jesús en

(42) 1, 38. 41. 42; 19, 13. 17; 13, 18; 19, 37; 2, 6; 7, 2. 14. 22. 37; 3, 23; 4, 5. 6. 11; 5, 2; 11, 54.

(43) 1, 14 (cfr. 1, Jn. 1, 1-3); 19, 35 (1 Jn.; 5, 6-8); 21, 24; cfr. 1, 29. 35. 39; 2, 1; 4, 6. 52; 11, 6.

(44) 1, 14; 19, 35.

(45) 21, 24 comparado con 21, 20.

la última cena, por iniciativa e indicación de Simón Pedro, pregunta al Maestro quién es el traidor. En la hora suprema en que muere Jesús se encuentra presente en el Calvario y recibe el delicado encargo de tomar por Madre la propia Madre de Jesús.

En los días de la Resurrección le vemos íntimamente unido con Simón Pedro. Está con él en el Cenáculo, cuando María Magdalena trae la noticia del sepulcro vacío Pedro y el discípulo Amado se ponen en camino y llega primero el discípulo Amado, pero no se atreve a entrar hasta que Pedro llega, por deferencia, sin duda, para con el Príncipe de los Apóstoles.

Se le encuentra en Galilea en la primera aparición de Jesús junto al lago y con Simón Pedro [46].

El Discípulo a quien Jesús amaba es evidentemente un apóstol, un apóstol de primer orden: *San Juan.* Entre los predilectos de Jesús encontramos, según los Sinópticos, a Pedro, a Santiago y a Juan [47].

El Discípulo a quien amaba Jesús se distingue siempre de Pedro, pues es su compañero inseparable, como hemos visto antes.

No quedan entre los predilectos sino los dos hijos del Zebedeo. Y el discípulo amado no es ciertamente Santiago, pues Santiago muere hacia el 44, muy temprano, y nuestro Evangelio se escribe muy tarde, hacia fines del siglo I. (Supongo que el Discípulo Amado es el autor, como he probado antes y ahora trato solamente de averiguar quién es este discípulo amado.)

---

(46) 13, 23; 19, 265; 20, 2-9; 21, 7-20.
(47) Mc 5, 37; 9, 2; 14, 33.

No queda, pues, entre los tres predilectos, sino Juan. Este es el discípulo a quien Jesús amaba especialmente.

Hay un motivo mas para identificar a S. Juan con el Discípulo Amado y con el autor del cuarto Evangelio.

El *P. Chapman,* observando los nombres de apóstoles que salen en el IV Evangelio y el silencio absoluto sobre Juan, Santiago el Mayor y aun toda la familia Zebedea, deduce con sobrada razón que este *silencio intencionado* del autor, no se explica, si no es Juan mismo quien escribe.

No se explica que el autor no nos dé nunca el nombre del Discípulo Amado, nombrándolo como lo nombra tantas veces.

Y tampoco se explica que el autor no mencione para nada a Juan, a su hermano y a sus padres.

El nombre de Juan Apóstol sale 17 veces entre los tres Sinópticos, según el cómputo de Chapman [48].

(48) *J. Chapman,* Names in the fourth Gospel; The Journal of theological studies, 1929, p. 16 trae esta lista de las veces que salen los apóstoles en los cuatro Evangelios, descontados los catálogos de los Apóstoles.

	Mt.	Mc.	Lc.	Jn.
Pedro	26	25	29	40
Juan	2	9	6	
Santiago	2	9	4	
Andrés	1	3		5
Sant. Men.	1	2	1	
Tomás				7
Felipe				12
Mateo	1			
Judas				1
Judas Isc.	4	2	3	8
Hijos Zeb.	3			1
	40	50	43	74

¿Cómo es que no sale ni una sola vez en el cuarto Evangelio? ¿Cómo es que saliendo 74 veces los nombres de otros Apóstoles en el Cuarto Evangelio, no sale nunca el de Juan? ¿Cómo explicar este *silencio deliberado* del autor? No se puede explicar razonablemente, sino en la hipótesis de que el autor del Cuarto Evangelio es el Apóstol S. Juan. Así, sí se explica.

A imitación del Maestro, que veló su trascendencia divina con el título humilde de Hijo del hombre, S. Juan ha velado también su propio nombre con el título dulce de Discípulo a quien amaba Jesús. De esta manera ha cumplido con el amor y la gratitud y con la humildad y la modestia cristiana.

Hay un rasgo mas en el Cuarto Evangelio para sospechar, por lo menos, la identidad entre S. Juan y el Discípulo Amado.

El Discípulo Amado tiene en el Cuarto Evangelio especial amistad y trato con S. Pedro [49].

Comparando ahora el Cuarto Evangelio con las narraciones del libro de los Hechos Apostólicos, observamos que esa misma amistad y unión existe entre Simón Pedro y *Juan*. Al Discípulo Amado, amigo y compañero inseparable de Pedro en el Cuarto Evangelio, ha sustituído *Juan*, en el libro de S. Lucas. Es, por esta sola observación, fundada la idea de que S. Juan y el Discípulo Amado, autor del Cuarto Evangelio, son una misma persona [50].

---

(49) Jn. 13, 24-26; 18, 16; 20, 2-9; 21, 7-21. Como autor menciona también con frecuencia a Simón Pedro 1, 42; 6; 68; 13, 6 lox. 24. 36-38; 18, 10. 15-18. 25-27; 20, 2-10; 21, 2, 7, 15-22.

(50) Act 1, 13; 3, 1-3. 11; 4, 13. 19; 8, 14; Gal 2, 9.

5. Conclusión

La fecha de la composición de los Cuatro Evangelios

Sobre los autores y tiempo en que se escribieron nuestros Evangelios se pueden hoy establecer conclusiones ciertas y seguras que confirman lo sólido de la doctrina tradicional y católica.

La Crítica independiente ha ido evolucionando en esta materia y acercándose cada día más a la tesis de los católicos.

El más terrible adversario de la genuinidad de los Evangelios fué en el siglo XIX Federico Strauss, que con su vida sobre Jesús, en 1835, revolucionó las mentes poco seguras. Para su teoría del mito sobre los-milagros necesitaba que los autores de los Evangelios no fuesen testigos oculares y que los libros fuesen obras bastante tardías. Por este motivo fijó su composición 150 años después de Cristo. Tesis enteramente gratuíta e insostenible a todas luces.

Pocos años más tarde, 1845-47, Fernando Cristián Baur, el fundador de la Escuela de Tubinga, no veía en los Evangelios sino invenciones de mistificadores que ejercieron su actividad literaria entre el 140 y el 170.

El estudio de la antigua literatura cristiana avecinó cada día más la Escuela racionalista a la tesis católica. Resume este proceso de acercamiento a nosotros Adolfo Harnack, el gran profesor de Berlín.

En diversos ensayos sobre Introducción al N. T. ha ido corrigiendo y modificando sus afirmaciones ante-

riores respecto a la época en que se escribieron nuestros Evangelios.

En 1897 fijaba su composición en un espacio vago que podía correr entre el 65 al 93.

En virtud de estudios posteriores se convence que hay que adelantar la fecha de los Sinópticos.

El prólogo del Evangelio de S. Lucas le pareció, en 1897, que exigía 50 años de distancia con respecto a la muerte del Salvador. En 1908 confiesa él que pueden bastar 33 años [51].

En 1911 da por cierto que el Evangelio de S. Lucas se escribió en vida de S. Pablo. El de S. Marcos, que utilizó Lucas, tuvo que escribirse antes, entre el 60-70 [52].

Sobre el Evangelio de S. Mateo se confirma en 1911 en la opinión de que se escribió muy próximo al año 70, sin que se pueda excluir la hipótesis de que se escribiera antes [53].

La evolución se ha extendido también al Evangelio de S. Juan. Los más radicales del siglo pasado fijaban su composición en la segunda mitad del siglo II. Hoy día lo ponen a fines del siglo I o principios del II.

Y es que los argumentos de crítica externa e interna son de una fuerza abrumadora, como se ha podido ver en el curso de nuestras lecciones.

Nada tiene de extraño la seguridad con que habla en este punto la Pontificia Comisión Bíblica. *Los tres*

(51) Die Apostelgeschicte, Leipzig, 1908 p. 217/18.

(52) Neue Untersuchungen zur Apostelgesch., Leipzig, 1911, p. 86. 88.

(53) Ib p. 93/94.

Evangelios primeros se escribieron ciertamente antes del año 70, antes de la ruina de Jerusalén por Tito. El Evangelio de S. Juan se escribió en el último decenio del siglo I.

El Evangelio de S. Mateo fué el primero de todos. Sigue en orden de antigüedad S. Marcos, con poca diferencia respecto del de S. Lucas.

Esta es la doctrina católica, admirablemente confirmada por la tradición, el examen interno de los Evangelios mismos y la evolución favorable operada en el campo acatólico.

El año preciso en que se escribieron los Evangelios no es fácil determinarlo.

Hay muchos que ponen el *Evangelio de S. Mateo* en el quinto decenio del siglo I (40-50) apoyados en el testimonio de Eusebio [54].

Otros, se quieren apoyar en S. Ireneo, y retrasarlo hasta el séptimo decenio (60-70) [55].

La sentencia media es la más probable; se escribió entre el 50 y el 60.

El universalismo que caracteriza ya el primer Evangelio difícilmente se explicaría antes del Conci-

---

(54) HE 3, 24, 6 (PG 20, 265) S. Mt. se marchó a la gentilidad después de haber predicado a los judíos y de haber escrito el Ev., en la primera dispersión que coincidió con la persecución de H. Agripa, hacia el año 42. (Act 12, 17).

Ponen la composición del Ev. en el 41/42 *Bisping, Poell, J. Felten, J. Belser, Rosadini*; 41-45, F. *Gutjahr*; 42-50, *F Kaulen, Cornely, Murillo, L. Méchineau, Patrizi, Ubaldi, Ruffini, Gaechter, Ramos, Buzy* (más cerca del 42 que del 50).

(55) Adv. haer. III, 1, 2 (PG 7, 844/5). Participan en esta opinión los católicos *Hug, Schanz, Rose, Batiffol, Brassac, Vigouroux y Jacquier; de los acatólicos Zahn, Godet, Meyer, Harnack.*

lio de los Apóstoles. S. Mateo no lo hubiera acentuado tan marcadamente antes de la solución apostólica, siendo una cosa que chocó tanto precisamente entre el elemento judío al cual él se dirigía.

Tampoco se puede poner después del 60, pues escribió ciertamente antes que S. Lucas y S. Marcos, quienes no escribieron mucho después del 60.

Esta es la opinión de A. Merk, B. Heigl, Simón-Prado, J. Cladder, Dausch, Höpfl-Gut, Schäfer- Meinertz.

En *el Evangelio de S. Marcos,* si se quiere precisar también la época, hay que aceptar la sentencia media, que lo pone entre el año 50 y el 64.

De esta opinión son Höpfl-Gut, Cornely-Merk, Simón-Prado, Gaechter, Ruffini, Huby, Cornely, Knab., Rosadini y Ramos. Es una sentencia que armoniza todos los datos conocidos sobre la vida de S. Marcos.

San Lucas escribió ciertamente antes de la ruina de Jerusalén. Habla de la destrucción de la ciudad como de una cosa que está por venir [56].

¿Cuánto antes del 70? No es fácil precisar el año concreto.

La fecha más aproximada es 60-63. Es la sentencia corriente hoy día. Poco después de S. Marcos.

Por lo que dice el mismo S. Lucas en su prólogo al libro de los Hechos, el Evangelio precedió a los Hechos.

Ahora bien, el libro de los Hechos se terminó antes de que S. Pablo saliera libre de su primera prisión romana. El libro de los Hechos termina la narración

---

(56) 21, 32.

con la prisión de S. Pablo, sin decir una palabra sobre el juicio, sobre la sentencia de absolución. Este silencio no se explica si el libro hubiera sido escrito más tarde, Por tanto, los Hechos se escribieron hacia el 63-64. Y el Evangelio antes, con poca diferencia.

El Evangelio de S. Juan, por su carácter complementario, fué ciertamente el último de todos.

En el último capítulo se da por supuesta la muerte de S. Pedro y la longevidad del autor, hasta suponer que había corrido entre los fieles la idea de que Juan no debía morir. La manera como habla de Jerusalén, de los judíos, indica que habían dejado de existir como nación.

En este Evangelio los enemigos de Jesús no son ya los Escribas y los Fariseos o Saduceos, sino los Judíos, los enemigos irreconciliables del cristianismo naciente, del que se distinguen como religión como pueblo.

Se escribe el Evangelio, cuando ya han brotado las primeras herejías, pródromas del gnosticismo del siglo II.

Todo hace pensar en el último decenio del siglo I.

Tampoco después, pues las herejías del siglo II no tienen eco ninguno en nuestro Evangelio.

El papiro editado por Roberts el 1935, que pertenece a la primera mitad del siglo II, nos prueba que ya en ese tiempo el Evangelio de S. Juan corría entre los cristianos de Egipto. Ese papiro no es ciertamente el autógrafo del IV Evangelio. ¿Cuánto dista de él? No es fácil decirlo. Pero no es demasiado pedir 20 ó 30 años para que el Evangelio haya podido penetrar hasta Egipto desde Efeso, su punto de origen.

Lección VII

La genuinidad del texto de los Evangelios

1. El problema de la Crítica textual.

En las lecciones anteriores hemos visto la genuinidad de los Evangelios en general: que sus autores son los que comúnmente se cree. Dos apóstoles y dos discípulos de los Apóstoles. Es lo que en término técnico se llama *"Crítica maior"*, porque estudia la genuinidad de los libros, del conjunto o del todo. El estudio de la genuinidad del texto, se llama *"Crítica humilior"*, porque mira no al libro en sí, sino a sus partes, al texto.

Nos proponemos estudiar en la presente lección, si la obra de los Evangelistas ha llegado a nosotros tal y como ellos la dejaron.

A través de los siglos ¿se ha conservado el texto original puro, sin variantes o interpolaciones espúrias?

Se da por supuesto que los Evangelios fueron escritos por S. Mateo, S. Marcos, S. Lucas y S. Juan. Y se trata de investigar si a nosotros ha llegado el escrito de ellos íntegro, completo.

Es un problema de importancia para el valor histórico de los Evangelios y un estudio que se justifica por sí mismo.

Nuestros libros, prescindiendo de las interpolaciones voluntarias que pudieran haber sufrido en el

decurso de 19 siglos, estuvieron hasta la invención de la imprenta expuestos a los errores y alteraciones involuntarias que lleva consigo toda transcripción a mano, aun la más cuidadosa.

De hecho entre los manuscritos en que se conservan nuestros Evangelios hay muchos con variantes y lecturas diversas. Se ha hablado de 150.000 variantes. Hay quienes ponen hasta 250.000. Más variantes que palabras tiene el texto *receptus*. Este apenas llega a 150.000 palabras. Hablo del Nuevo Testamento en general.

Claro está que el número de variantes dice poco, si se compara con el número de testigos o manuscritos distintos. Hay más de 2.500 manuscritos o fragmentos de manuscritos griegos, sin contar la cantidad exagerada de las versiones antiguas, de los leccionarios y de las citas de autores.

Cuanto más testigos, más variantes; pero al mismo tiempo más medios para reconstruir el texto original.

Los autores clásicos apenas si tienen variantes, porque apenas si tienen testigos o manuscritos. Cuanto menos testigos, menos variantes; pero menos datos también para formarse idea del texto original.

Los Evangelios en este punto se encuentran en una posición privilegiada sobre todos los escritos clásicos y aun los cristianos no inspirados.

Gracias al número y variedad de documentos evangélicos, papiros y pergaminos, a la organización moderna de su estudio y a las leyes de examen interno y externo del texto, los resultados científicos son sobremanera consoladores y optimistas.

Las diversas ediciones críticas de autores modernos católicos y protestantes, con su uniformidad y concordia pasmosa, nos ofrecen todas las garantías posibles de que poseemos al cabo de 19 siglos el original de los Evangelistas.

No vamos nosotros a sacar o investigar el texto auténtico de los Evangelios. Esta labor nos la dan hecha las ediciones críticas modernas, como la de Agustín Merk, la más reciente y completa de todas las manuales.

Vamos únicamente a describir en líneas generales el camino por donde se llega a estas ediciones críticas, a la reconstrucción del texto genuino.

Desde luego que, cuando hablamos de texto genuino, nos referimos al texto griego, que es el original y propio de sus autores. Los textos de las versiones en tanto valen y tienen autoridad en cuanto que reproducen el griego.

2. La lengua original del N. T.

Fué el griego, la lengua internacional después de las conquistas de Alejandro M.

Hasta los comienzos del presente siglo se venía designando la lengua de los autores sagrados con el nombre de "dialecto común", como si ocupase un puesto especial entre las diversas formas de la lengua griega clásica.

Los estudios modernos de Moulton y Blass-Debrunne con la luz grande que han proyectado los

papiros, han cambiado el concepto que se tenía sobre el griego neotestamentario. No es la lengua de Homero, de Tucídides o Píndaro. Ni es un dialecto especial. Es la lengua común, del pueblo, durante el período helenístico que siguió a las campañas de Alejandro. El griego, como toda lengua viva, fué evolucionando a través de los siglos. La lengua de los Evangelios reviste la forma que tuvo el griego hablado desde el siglo III antes de J. C. hasta el final de la antigüedad, siglo V o VI de la era cristiana.

Es la lengua que usaban en aquel período todos los hombres doctos e indoctos en su conversación ordinaria y aun en los escritos. Los papiros que se vienen descubriendo desde fines del siglo pasado nos han conservado el texto de muchos contratos por ejemplo. Y este griego no difiere del griego de los Evangelios. Griego común, internacional, que revistió diversas formas según las regiones, pero sin perder nunca su unidad orgánica, conservando siempre sus mismas notas de gramática y de léxico en todas partes [1].

El griego del N. T. tiene su color semita, como es natural, dado que sus autores o pensaban en arameo o por lo menos utilizaron fuentes arameas, como S. Lucas.

---

(1) Para el estudio del griego del N. T. cfr. Instituciones Biblicae, Roma 1937, Vol I. p. 239, donde A. *Vaccari* da una lista completa y erudita de toda la bibliografía más moderna en importante.

Las principales gramáticas de griego bíblico son la de *Blas-Debrunner*, Göttingen, 1931; *Moulton*, Edinburgh, 1930; *Abel*, París, 1927.

3. La materia y la forma de los libros

En la época apostólica para escribir se utilizaba corrientemente el papiro. S. Pablo habla también del pergamino o membrana. El papiro era materia muy deleznable. Plinio en su historia natural [2] se extraña de que dure más de 200 años. Se explica que los autógrafos de los Evangelios, escritos con toda probabilidad en papiros, no hayan llegado, fuera de fragmentos conservados excepcionalmente, de los cuales hablaremos después.

Del siglo IV en adelante se generaliza el uso de los pergaminos. S. Jerónimo refiere que la antigua biblioteca de Cesarea constaba, en su mayor parte, de pergaminos [3]. Así se explica que desde esta época, siglo IV, empezamos a tener ejemplares completos de los Evangelios y de todo el N. T.

El papel, sacado de las telas o paños, no se impuso hasta el siglo X.

Cuando en la Edad Media los pergaminos empezaron a escasear, se utilizaron aun los ya usados. Se raspaba el escrito y se escribía una obra nueva que interesaba más que la antigua. Estos pergaminos se llamaban Palimpsestos (raspados de nuevo) o Rescriptos (escritos de nuevo).

Modernamente, por ciertos procedimientos químicos, se puede reconstruir el texto del primer escrito. Así tenemos en los Evangelios el Códice de S. Efrén.

(2) 13, 83.
(3) Epist. 34 (PL 22, 448).

En el siglo V escribieron en él los Evangelios; pero en el siglo XIII, lo necesitaron para escribir las obras griegas de S. Efrén Siro. Rasparon el texto evangélico y escribieron la traducción griega de San Efrén. Hoy nosotros hemos hecho la inversa para poder leer de nuevo los Evangelios.

Los Palimpsestos no son tan corrientes en los libros sagrados como en los profanos. Los códices clásicos, menos estimados por su contenido que las obras religiosas, estaban mas expuestos a ser suplantados por un Santo Padre o por un texto inspirado.

Los más de los papiros tomaban la forma de volumen arrollado a una varita de madera o de metal. Los pergaminos, en cambio, recibían casi siempre la forma de nuestros cuadernos. De aquí el nombre de Códices.

Los judíos fueron bastante reacios en adoptar la forma de cuaderno, aun en los pergaminos, y esto sólo en los ejemplares de uso privado. Los públicos y oficiales siempre conservaron la forma de volumen enrollado en un cilindro interior.

4. La forma de la escritura y división del texto.

En los papiros hay dos clases de letras: la cursiva y la uncial (mayúscula o capital).

En los códices prevalece la escritura uncial hasta el siglo IX, época en que empieza a usarse la minúscula, derivada de la cursiva y de la uncial. Desde el siglo XI no se encuentran sino manuscritos en minúscula.

En la escritura uncial (lo mismo que en la cursiva antigua), no se separaban las palabras entre sí. Se escribía como se hablaba.

Los espíritus y acentos griegos, inventados por los gramáticos ya en el siglo II antes de Cristo, no se usan con constancia hasta el siglo VIII. Por esto no se encuentran en los mejores y más antiguos códices.

La puntuación tampoco se usó en el primer período. Empezó a dominar con la escritura mayúscula.

Primitivamente apenas se distinguían las perícopas de más importancia o bien con un intervalo en blanco o bien con algún signo cualquiera convencional.

Cuanto más antiguo es un códice tanto mas raros son estos signos de separación. En los códices del siglo V aparece la división del texto por períodos de unidad lógica, por párrafos llamados *"cola et commata"*.

En la esticometría se miraba al número de letras y de sílabas en orden a la paga o salario del copista.

La actual división de capítulos es obra de Esteban Langton en 1214.

Con la afluencia de estudiantes a la Universidad de París, en el siglo XIII se hizo una Biblia Vulgata uniforme y cómoda que sirviera para buscar y citar los textos en las clases de teología. Es la Biblia llamada de París, que se distinguió por el orden actual de los libros sagrados y por nuestra división de capítulos. Todo a base del texto de la Vulgata. De aquí, del texto latino de S. Jerónimo, pasó a los demás textos y traducciones.

La división actual de versículos en el N. T. se debe a Roberto Esteban, que editó con estas subdivisiones

la Biblia en 1555, corrigiendo la división también en versos que había hecho ya en 1528 Sanctos Pagnini, cuya numeración versicular quedó para el A. T.

5. Los testimonios del texto sagrado.

El texto de los Evangelios ha llegado hasta nosotros por una triple serie de documentos antiguos. Directamente y por entero en los códices (y papiros casi siempre fragmentariamente).

Indirectamente y también por entero en las versicular y traducciones; indirectamente también, pero parcialmente, por las citas de los escritores antiguos. Con la ayuda de esta triple clase de documentos y el examen o análisis de las variantes, se puede hoy día reconstruir de una manera uniforme y segura el texto primitivo.

El catálogo de los manuscritos griegos lo empezó Gregory en 1908 [4]. El mismo lo conservó al día hasta el 1911 [5].

La lista fué después corregida y completada por Dobschütz [6].

El número de códices unciales hasta el presente día se calcula en 210.

---

(4) Die griechischen Handschriften des N.T., Leipzig.

(5) Vorschläge für eine kritische Ausgabe des griechischen des N.T., Leipzig, 1911.

(6) Zeitschrift für die neutestamentliche Wissenschaft. Giessen-Berlín.

Códices minúsculos, hasta 2.400. Los papiros llegan a 50.

Los leccionarios (libros que sólo contienen las partes de los Evangelios que se leían en los oficios litúrgicos) llegan a 1610. En total 4.270 documentos directos. De ellos sólo 53 contienen todo el N. T.; muchos sólo fragmentos.

Diversos sistemas se han seguido para designar documentos tan numerosos.

El sistema corriente hoy día es el ideado por Gregory y publicado en 1908.

Cada códice se designa con un numero arábigo, que va sólo en los códices minúsculos; precedido de la letra *O* en los códices mayúsculos o unciales; de una, *P* en los papiros y de una *L* en los leccionarios.

Así el *059* es un códice mayúsculo del siglo IV que se conserva en Viena y conserva el texto de San Marcos.

El *226* códice minúsculo del siglo XI, conservado en el Escorial, contiene los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles y las cartas de S. Pablo.

P 45, papiro del siglo III, conservado en Londres, contiene los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles.

Los 50 primeros códices unciales se suelen nombrar más comúnmente por las letras mayúsculas latinas, griegas y hebreas.

Así el *B* es un códice Vaticano, del siglo IV, escrito en Egipto. En cada página tiene tres columnas. Contiene todo el V. T. y casi todo el N. T. Se considera como el mejor códice griego.

El *S* (sinaítico), antes en Moscú, hoy en Londres, es también del siglo IV. Fué descubierto por Tischendorf en el monasterio de Sta. Catalina del Sinaí el 1844. Los Soviets lo vendieron a Inglaterra el 1933.

El *A* (alejandrino) es del siglo V; está también en Londres y contiene igualmente ambos Testamentos.

El *C*, palimpsesto del siglo V, está en París. Tiene fragmentos del A. T. y casi todo el Nuevo.

El *D*, greco-latino del siglo VI, en Cambridge, a cuya Universidad lo vendió Teodoro Beza. El Obispo de Clermont lo llevó al Concilio Tridentino.

Contiene los Evangelios y los Hechos. La parte que tiene las cartas de S. Pablo está en París.

Estos son los códices más salientes por su antigüedad y por su valor crítico.

De los Papiros hay dos, recientemente publicados, que debemos mencionar.

Son los dos llamados de Chester Beatty, editados por Kenyon en 1933 *(P 45-46)* y el *P 50* publicado en 1935 por Roberts.

Desde que en 1909 había descubierto Freer o comprado en Egipto un lote de manuscritos griegos, entre los cuales el más importante era el códice *W* del siglo V con los Evangelios, no había habido hallazgo importante.

Al cabo de 25 años Kenyon dió al público nuevos manuscritos griegos que no cedían en nada a los anteriores.

Se trataba de un grupo de papiros bíblicos adquiridos por Sir Chester Beatty. No se ha puesto en claro el lugar de origen de dichos manuscritos. Es evidente

que debieron pertenecer a la biblioteca de alguna Iglesia o monasterio cristiano de Egipto.

En la nota que dió Kenyon al Times el 19 de noviembre de 1931, describe detalladamente los 150 folios de que consta la colección con casi todo el Antiguo y Nuevo Testamento.

Entonces, el 1931, eran los folios más antiguos que se conocían de la Biblia griega. En cuanto a los libros del N. T., dice Kenyon en el citado número del Times, nos hallamos ante un fenómeno bibliográfico de particular interés.

Hasta hoy los documentos existentes permitían afirmar –y reconozco que yo mismo lo he hecho en muchas ocasiones– que con anterioridad al siglo IV no se conocían los Evangelios en un solo y único volumen. Estaban escritos en rollos y en el uso ordinario los antiguos no se servían de rollos lo bastante largos para contener un solo Evangelio... Pues ahora resulta que tenemos un códice que abarca los cuatro Evangelios y cuya escritura, a juicio mío y de varios papirologistas competentes, no puede ser posterior al siglo III; más bien anterior. Contiene no sólo los cuatro Evangelios sino aun los Hechos de los Apóstoles [7].

---

(7) Así escribía *Kenion* en el Times, 19 nov. 1931. El texto lo publicó en Londres el 1933.

Cfr. *A. Merk*, Codex Evangeliorum et Actuum ex collectione Chester Beatty, Miscellanea bíblica, Roma 1934, II, 375-406.

L. da Fonseca, de antiquissimo Evangeliorum manuscrito, VD 14 (1934) 20-22.

Contrastan estos descubrimientos con las afirmaciones arbitrarias de la Crítica independiente.

Después de estos papiros siguió otro, de menos importancia por su extensión, pero interesantísimo por su antigüedad y por tratarse del Evangelio de S. Juan. La Crítica independiente ponía el Evangelio de S. Juan en el segundo siglo. Pues bien, al principio del mismo siglo II, el Evangelio de S. Juan, compuesto en Asia, se encuentra ya transcrito en Egipto.

Desde 1920 se encontraba en la biblioteca de John Rylands (Manchester) un papiro que esperaba los trabajos de un entendido en la materia para salir a la luz. Con la prematura muerte de Hunt, que se había encargado del estudio y de la publicación, el encargo pasó a Roberts, de la Universidad de Oxford.

Examinado el papiro, mejor la hoja, lo creyó digno del público erudito.

Se trataba de un simple fragmento que se había encontrado en el medio Egipto. No tiene sino cinco líneas legibles. El coloquio de Pilatos con Jesús sobre su poder real: Jn. 18, 31-33. 37. 38.

El texto griego, lo mismo que el de los anteriores de Chester Batty, concuerda admirablemente con el texto crítico que ya teníamos sacado de los grandes códices del siglo IV.

Este papiro era un códice –está escrito por ambos lados– de suma antigüedad.

Baur, Scholten ponían el nacimento del IV Ev. hacia el 160-170; *Volkmar*, hacia el 155 *Bretsneider*, *Zeller, Schewegler*, hacia el 150; *Lulzenberg, Hilgenfeld, Thoma*, 130-140; *Keim*, 130. Van siempre retrocediendo. Pero todavía el 1933 lo situaba *Loisy* hacia el 135-140 (1.ª Ed) y 150-160 (2.ª Ed. Canónica).

Según el editor, Roberts, no es posterior al siglo II. Es más, pertenece a la primera mitad del siglo II.

La opinión de Roberts sobre la antigüedad del fragmento ha sido aprobado por Kenyon, Schubart y Bell. Desde luego no tenemos nada más antiguo del texto griego neotestamentario. La publicación es del 1935.

A los católicos no nos sorprende este nuevo hallazgo, que confirma una vez más el valor y la realidad de la tesis tradicional. De la mitad del siglo II teníamos en favor del Evangelio de S. Juan los testimonios y textos de S. Justino, de Taciano, de los herejes gnósticos Basílides y Valentín, del mismo S. Policarpo que en su carta, como vimos, tiene alusiones al IV Evangelio.

Pero estos testimonios quedan notablemente corroborados con el nuevo descubrimiento [8].

Esto en cuanto a los testimonios directos del texto sagrado. Digamos ahora algo sobre los testimonios indirectos, sobre las versiones más antiguas.

Hay versiones del griego de los Evangelios en todas las lenguas y todos los siglos.

A nosotros sólo nos interesan las más antiguas.

Las dos más antiguas que han llegado hasta nosotros son del siglo II. La Vieja latina y la Siríaca. Al siglo III pertenece la Sahídica, dialecto egipciano. Al siglo IV la gótica y otros dos dialectos de Egipto, la

---

(8) An impublished Fragment of the fourth Gospel, in the Rylands Iohn Library, edited by *C. H. Roberts*, Manchester, 1935.

A. Merk, De fragmento IV Evangelii vetustissimo, B 17 (1936) 99-101.

ácchmica y fayúmica. Son del siglo V la Peschitta (siria oficial, equivalente a nuestra Vulgata latina), la bohaírica (dialecto egipcio), la etiópica y la armenia.

Merecen especial atención los dos del siglo II.

Los Evangelios corrieron en siriaco bajo una triple forma: el Diatessaron de Taciano, que pertenece al siglo II y de que ya hablamos.

Siguieron después los Evangelios separados. Esta segunda traducción se ha conservado en dos códices, el sinaítico, por el sitio donde se conserva, y el Curetoniano por el nombre del editor. Este es del siglo V; el otro del IV.

En el siglo V nació una nueva traducción por el esfuerzo de dos obispos: Teodoreto de Cirene y Rabulas de Edesa, que se conoce con el nombre de Peschitta.

Es cierto que las Iglesias de Siria leían en su lengua propia los Evangelios en la segunda mitad del siglo II. También parece cierto que el Diatessaron de Taciano precedió a la traducción de los Evangelios separados. Los dos códices Sinaítico y de Cureton parecen depender del texto de Taciano. Con todo no faltan autores que los hacen mas antiguos [9].

De las traducciones latinas dice S. Agustín: Los traductores del hebreo al griego se pueden contar. Los traductores latinos no se pueden contar. Luego que en la primitiva Iglesia se sentía uno con mediano conocimiento del griego, se atrevía a traducir cualquier códice griego que caía en sus manos [10].

---

(9) Cfr. *Cornely-Merk*, n.º 108

(10) De doctr. christ. 2, 16 (PL 34, 430).

La antigüedad de las versiones latinas es indubitable. Existían ciertamente en el siglo II. "En los primeros tiempos de la fe", nos ha dicho S. Agustín.

Las citas de Tertuliano confirman que existían traducciones latinas a fines del siglo II. Y las obras de S. Cipriano revelan que las traducciones latinas eran corrientes y universales en el siglo III.

Documentos eclesiásticos latinos antes de S. Víctor I (189-199) no se conocen. Por esto la opinión de los que creen que ya en el siglo I se leía el Evangelio en latín tiene muy poco fundamento.

En el siglo III había dos traducciones distintas, la de Africa y la de Italia, que hoy se conocen con los nombres de Itala y de Afra [11].

El estudio del latín vulgar tiene una gran fuente en estas traducciones.

Los autores varían según los Evangelios o libros sagrados. Suelen ser por lo general muy serviles y literales con respecto al texto griego.

Loss códices mas antiguos que poseemos de estas traducciones son del siglo IV Se designan con las letras latinas minúsculas *(a b c d...)*.

Estas traducciones antiguas se propagaron rápidamente y arraigaron profundamente en el pueblo. Pero discrepaban muchas voces de los mejores códices griegos, porque su autores no habían seleccionado los códices que traducían, sino los primeros que les venían a las manos, como dice S. Agustín.

---

(11) Cfr. A. *d' Alés*, Vetus Romana, B 4 (1923) 56-90.

San Jerónimo se impresionó seriamente con este defecto y concibió la idea de unificar todas las traducciones latinas y uniformarlas a los mejores códices griegos. No todos comprendieron en un principio su grandioso plan. El mismo S. Agustín le puso sus dificultades [12].

San Jerónimo encontró un gran patrocinador en el Papa español S. Dámaso y gracias a sus ayudas y alientos salió la Vulgata.

En los prólogos de sus libros nos cuenta S. Jerónimo su propia labor.

El 383 empezó en Roma a corregir los cuatro Evangelios. Los códices latinos discrepaban entre sí- y tenían el prurito de armonizar un Evangelio con otro.

Para corregirlos escogió el S. Doctor los códices griegos más *antiguos,* los del siglo II por lo menos, y los mejores. Con estos códices por modelo corregía los latinos siempre que se separaban de ellos en el sentido. Las palabras y frases antiguas las conservaba, mientras no entorpecían la idea.

Este fué el plan de S. Jerónimo. De hecho su traducción o mejor su corrección de las Viejas latinas, coincide con los mejores códices griegos que hoy tenemos. El lenguaje y estilo, aunque es más latino que el de las viejas traducciones, conserva gran parte de su fondo.

Este es el texto latino de los Evangelios hoy oficial en la Iglesia católica. Con esto quedan expuestas las fuentes que utiliza la Crítica textual para recons-

---

(12) Epist. 28. 71. 75 (PL 23, 111... 241... 251).

truir el texto primitivo de los Evangelios. Dejamos las citas de los autores antiguos, porque ya hablamos de ellos al tratar de la genuinidad de los libros.

6. Cómo se utilizan las fuentes.

Los errores que se introducen en el texto de un libro antiguo pueden empezar en cualquier punto o tiempo de esa cadena o línea que parte desde el autor y llega hasta nosotros. Una vez introducido, el error se propaga o se puede propagar indefinidamente.

El Crítico tiene que repasar, desandar toda esa línea o carretera que se extiende desde nosotros hasta el autor. Ir en sentido inverso a como ha venido el texto. Los métodos para reconocer el error sor dos:

1.° Observar la *naturaleza* de las variantes que se encuentran en las diversas fuentes o testigos del texto. Estudiar la variante en sí misma, en relación con las demás lecturas diferentes, con el estilo, lenguaje- y maneras propias del autor. Esta es la Crítica interna o proceso interno, así llamado porque se apoya en el examen de la variante o falta en sí misma considerada.

2.° Examinar la *genealogía* de los códices, de las fuentes en general, y ver la dependencia que reina entre ellos, la autoridad que compete a cada uno.

No basta que una lección sea mas frecuente, tenga mayor número de códices en su favor. Es preciso que los códices tengan autoridad. Hay que atender al número y a la calidad de los testigos. Esta es la crítica

externa, porque se fija en algo que está fuera de la variante misma.

Estos dos procesos de crítica interna y externa, aunque se pueden aplicar separadamente y se rigen por leyes diversas, se unen tan íntimamente entre sí, que el uno al otro se completan y en muchos casos hay que utilizarlos ambos para sacar la lectura cierta.

7. La crítica interna

Tiene como fin estudiar la naturaleza de los errores, sus causas, las leyes de corrección.

A) *La naturaleza de los errores:* Los errores materialmente considerados se pueden reducir a tres clases que son omisiones, adiciones y cambios.

La omisión y la adición pueden ser sobre una sola letra, una sílaba, una palabra o una frase entera.

La *haplografía* es un caso particular de omisión. Se omite una letra, una sílaba o una palabra y sentencia, porque había contiguas dos letras, sílabas, palabras o sentencias iguales o parecidas.

Si en-el texto original tenemos "Iuvenum meorum" no será raro que algunos copistas se coman una de las dos M consecutivas y conviertan la frase en esta otra: "Iuvenum eorum", de sentido en sí misma, pero diverso del original.

El Evangelio de S. Juan suele poner el amen repetido, mientras los Sinópticos solamente lo escriben una vez. Hay, pues, copistas que transcribiendo el texto de S. Juan se olvidan de un amen y lo ponen una sola vez

como en los otros Evangelios. Es otro caso de haplografía o simplificación en la escritura.

El fenómeno contrario se llama *diptografía,* la doble escritura o repetición falsa de una misma letra, sílaba o sentencia.

Estas equivocaciones se pueden verificar sobre todo cuando dos frases empiezan o acaban de una manera igual o parecida. El ojo del copista se pasa del principio de la primera a la segunda frase, dejando todo el intermedio. Puede igualmente del principio de la segunda frase volver a la primera y escribir dos veces el intermedio.

No es raro encontrar omisiones o repeticiones en este pasaje de S. Juan (4, 13. 14) *"Omnis qui vivit ex aqua hac, sitiet iterum: qui autem biberit ex aqua, quam ego dabo ei, non sitiet in aeternum: sed aqua quam ego dabo ei, fiet in eo fons aquae salientis in vitam aeternam."*

Los cambios se pueden dar asimismo entre letras parecidas que se confunden en una lectura rápida, entre palabras de sonido parecido que se pueden confundir en el dictado. A veces se altera el orden de las sílabas y sale una palabra de sentido diverso con las mismas letras *(ébalon, élabon).*

B) *Las causas de los errores* pueden ser de orden intrínseco o extrínseco. Entre las extrínsecas están todas aquellas que se relacionan con el copista o sus facultades.

La primera y más general es la limitación de las potencias humanas. El texto no se ha propagado de una manera mecánica sino con la intervención de la actividad humana.

El *ojo* muchas veces lea mal, a medias, por defecto de vista o de advertencia.

El *oído* no siempre oye bien; puede confundir un sonido.

La *memoria* no siempre retiene lo leído u oído. Por reminiscencias de pasajes o textos parecidos se transcribe una cosa por otra.

Así no, es raro encontrar algún códice que en Mt. 9, 15 tenga *"ayunar"* en vez de *"llorar"*, porque los textos paralelos de Lc. 5, 34 y Mc. 2, 19 tienen *"ayunar"*. Estas son causas inconscientes. Las hay conscientes, cuando interviene el juicio y voluntad. S. Jerónimo se queja de los copistas que escriben no lo que encuentran, sino lo que entienden. Mientras tratan de corregir las faltas ajenas, delatan las propias ignorancias [13].

Errores voluntarios por falta de inteligencia, cuando se explica mal una abreviatura, una nota marginal se mete en el texto, palabras anticuadas se modernizan.

La voluntad interviene más directamente, cuando un texto que ha dado ocasión a falsas explicaciones de los herejes, se retoca para quitar todo pretexto.

Así hay códices que por sistema omiten siempre la palabra *"padre"*, aplicada a S. José respecto a Jesús.

La perícopa del sudor de sangre (Lc. 22, 43 s.) hay también códices que la suprimen por temor a los herejes arrianos, que solían apoyarse en este pasaje para combatir la divinidad de Jesucristo.

---

(13) Ep. 71, 5 (PL 22, 671).

Entre las causas de orden extrínseco figuran ante todo las dificultades que ofrece muchas veces el texto antiguo por su escritura seguida, sus abreviaturas. Quien no conoce la paleografía difícilmente puede hacerse cargo de muchas faltas y descubrir la verdadera lectura.

El influjo del contexto determina muchas veces ciertas modificaciones espúrias. Así en vez de *"discentium"* (discípulos) que es la verdadera lectura en Lc. 19, 37 y Jn. 21, 12, hay códices que ponen en el caso de S. Lc. *"descendentium"*, porque el caso se verifica *"al bajar"* un monte. En el texto de San Jn. ponen otros códices raros *"descumbentium"* (sentados), porque precede una invitación a comer.

En el salmo 41, 3 del salterio vulgar, muchos leían: sedienta está mi alma del Dios, *fuente* viva, en vez de la lectura auténtica que introdujo la edición clementina: Sedienta está mi alma del Dios *fuerte*, vivo.

Y es que en el verso anterior se hablaba de aguas y de fuente. "Como brama el sediento ciervo por las fuentes de aguas vivas: así, oh Dios, clama por ti el alma mía". El copista, pues, creyó más propio llamar a Dios *fuente*, que *fuerte.*

Los lugares paralelos o parecidos entre los cuatro Evangelios son también causa de equivocaciones. Es causa que ya nota S. Jerónimo [14]. Generalmente se acomodan todos a S. Mateo, el más antiguo y el mas leído.

C) *Leyes para corregir los errores:*

(14) In Evangelia, Praefatio ad Damasum (PL 29, 560).

1.ª *La lectura más difícil es preferible a la más fácil.* Difícil por la palabra, por la unión o por la idea.

Difícil porque encierra algo raro o poco vulgar.

La razón de esta ley está fundada en la psicología de los copistas, que tienden siempre a escribir más que lo que encuentran lo que *entienden,* a evitar todo lo arduo o que les parece defectuoso. Es obvio, por tanto, atribuirles las variantes que nos dan un texto más correcto y asequible. Es un hecho real en las transcripciones del N. T. Más de una vez han hecho desaparecer los barbarismos, solecismos y aun hebraismos de los autores.

Cuanto más entendido o capacitado se cree un copista, más peligro hay de estas correcciones. Es una ley general, que puede tener sus excepciones.

2.ª *La lectura más breve es preferible a la más larga:* brevior lectio probabilior. Se apoya igualmente en la psicología de los copistas. Propenden a amplificar, a redondear el texto para facilitarlo y aclararlo, para que no falte nada. Acogen con facilidad frases que aclaran pasajes oscuros. Meten en el texto notas marginales. Una cita del A. T. abreviada, la completan. Cualquier frase que armoniza un Evangelista con otro, tiene fácil y pronta acogida. En suma, por el afán de aclarar y completar, los copistas alargan el texto primitivo.

Es una regla que admite también sus excepciones.

3ª *La lectura auténtica es aquella que explica el origen de las damás.* Alguien ha llamado esta regla "el hilo de Ariadna". Y es que la Crítica textual semeja a un verda-

dero laberinto. El hilo conductor es realmente aquella variante que en su existencia nos va explicando el cómo han nacido las demás lecturas. Si ella supuesta, se concibe fácil el nacimiento de las demás, es claro que ella es la primera, la más antigua la auténtica.

Tischendorf llama esta regla "omnium regularum principium". Y otros Críticos reducen a esta todas las reglas de crítica interna.

8. La crítica externa.

Tiene como fin apreciar el mérito y peso de los testimonios que hay en favor de diversas lecturas.

Para llegar aquí se han estudiado y comparado entre sí los códices antiguos, las versiones y aun las citas de los autores. En este estudio comparativo se han notado ciertas semejanzas y parecidos que permiten hablar de parentesco y familias entre los códices.

Von Soden los redujo todos a tres grupos o familias, que ha seguido después, entre otros A. Merk. Otros autores añaden un cuarto grupo que descongestiona el segundo de Von Soden.

I Clase: se designa con la letra *H* (Hesiquio). La forman los más antiguos de los códices unciales, con el *B* (Vaticano) por guía y cabeza. Pertenecen a ella también algunos minúsculos y papiros, entre otros el P 45. Las versiones coptas y la latina Vulgata en gran parte. Es la clase más autorizada por su pureza y limpieza de correcciones armonísticas y lingüísticas. Es la lectura que se seguía en Egipto.

II Clase: se designa con la letra *I* (Ierosolymitana, palaestinensis) y que- Von Soden atribuye a Orígenes, Pánfilo y Eusebio, como autores. A ella pertenecen los códices que otros llaman occidentales como el *D* (Beza o cantabrigense) y las versiones antiguas latinas y en parte las siras.

Es un texto que L. Vaganay califica de universal, antiguo y poco homogéneo [15].

Dominó en los siglos II y III y sobre todo en occidente.

Tiene bastantes paráfrasis y añadiduras. Muchas modificaciones del texto original según los copistas y las regiones.

III Clase: es la llamada Cesariense con el códice *Zeta* por cabeza, mas los minúsculos 700, 565 y los de las familias de Lake y Ferrari. Se atribuye esta familia a Pánfilo, maestro en Cesarea de Palestina y gran admirador de Orígenes. Los miembros de esta familia no están del todo identificados aún.

Las características son un término medio entre la recensión H y la I.

Se acerca a ella a veces la traducción, armena, la georgiana, la sira sinaítica y aun la misma Vulgata latina. Von Soden la considera como una subdivisión de la familia I.

IV Clase: es la *K* (Koiné o Común). Pertenecen a ella la mayor parte de los códices que se conservan tanto unciales como minúsculos. Va a la cabeza de todos el *A* (alejandrino) en, los Evangelios. Es del siglo

(15) P. 98/99.

V. Se atribuye esta recensión a Luciano de Antioquía, célebre exégeta y mártir, hacia el 312.

Es la recensión que mira más a la elegancia, a la claridad y a la perfección. Posee el texto *plenior*, pero lleno de graves faltas. Fué el más extendido, corriente en todo el imperio de Bizancio y origen del *textus receptus*.

Se le llama también texto antioqueno, porque es el que usaron los Padres de Antioquía.

9. Historia del texto sagrado.

El proceso que ha seguido el texto sagrado se puede dividir en varias etapas.

1.ª En el siglo II y III, como aparece por las citas de S. Justino, S. Ireneo y Clemente de Alejandría, por algunos papiros y las versiones más antiguas, el texto más corriente era el llamado hoy occidental, designado por Von Soden con la letra I.

2.ª A principio del siglo III Orígenes se preocupa de la crítica textual y trata de corregir los códices griegos, según los modelos más antuguos. Orígenes personalmente no hizo una recensión de todo el N. T., como había hecho con el V. T., pero sí corrigió bastantes códices y en sus escritos nos dejó casi todo el N. T. [16]. Fruto de los trabajos de Orígenes es el texto que hoy más se estima, tal y como aparece en el códice B y demás de la misma familia *H* [17].

---

(16) *A. Vaccari* o. c. p. 252/3.

(17) No consta con certeza que Hesiquio en Antioqía revisase todo el N.T., como hizo cno el V. T., al mismo tiempo que Luciano hacía su revisión en Alejandría.

3.ª A fines del siglo III Luciano, presbítero de la Iglesia de Antioquía, revisó todo el texto sagrado, Antiguo y Nuevo Testamento griego. La forma que él dió al N. T. fué la que después se extendió por Siria, Asia Menor, Constantinopla y llegó a suplantar las demás formas. En todo el imperio bizantino no quedó sino la recensión de Luciano. Su reinado se continuó a través de toda la Edad Media. Al nacer la imprenta los códices más frecuentes y legibles eran los que reproducían el texto de Luciano. Ellos fueron los que se imprimieron y dominaron durante los tres primeros siglos de la imprenta, hasta que empezaron los trabajos de depuración del texto griego.

4.ª En el siglo XVIII se empezaron a hacer las primeras ediciones críticas, que consistían en añadir al texto recibido numerosas lecciones diferentes sacadas de diversos manuscritos. En 1830, el católico Scholz presento una edición con más lujo de notas y de variantes.

5.ª El siglo XIX marca una etapa nueva en la Crítica textual. Con el descubrimiento de los grandes códices de la recensión de Hesiquio, empieza un texto diferente del recibido.

Han pasado como figuras gloriosas en este trabajo e investigación Lachmann (Berlín 1831), Wescott-Hort (Londres 1881) con una eruditísima introducción, pero sin aparato crítico; Weiss en 1892 y sobre todo Tischendorf, que publicó 24 ediciones, clasificadas en ocho clases. La última y la mejor con un amplísimo aparato crítico la llamó Octava Critica Maior (Leipzig 1869. 1872). Los preámbulos los publicó el 1892, Gregory.

A este mismo siglo pertenecen las ediciones manuales católicas de Brandscheid (Friburgo, 1893) y la de Hetzenauer (Innsbruck, 1892-1900) que dieron bastante importancia a la Vulgata latina en la selección de las variantes.

6.ª A principios del siglo XX salió la obra monumental de Von Soden que superó todas las anteriores con su estudio y clasificación de los códices.

De las tres familias (H I K) en que dividió todos los códices saca el texto.

Como principio general, escoge aquella lectura que dan dos familias contra la otra.

De esta edición de Von Soden depende en gran parte la edición católica escolar de A. Merk, que en el espacio de pocos años ha alcanzado ya tres ediciones. En la última edición (Roma, 1938) ha utilizado el papiro 46, según la edición de Kenyon (Londres 1936). Para los Evangelios se ha servido de nuevos códices y sobre todo ha examinado con detención los de la familia de Ferrari que Von Soden sólo vió en parte.

En 1918 publicó Bodin, en París, un manual grecolatino guiado casi exclusivamente por el códice Vaticano *(B)*.

En 1922 publicó una nueva edición católica Vogels, con estudio propio y sacando las lecturas sobre todo de las versiones antiguas latina y sira.

7.ª Ultimamente muchos críticos ingleses empiezan a desconfiar del sistema de Von Soden y vuelven a Tischendorf. Varios en colaboración han empezado una edición del texto de Wescott-Hort con grande aparato crítico de códices, el mayor que hasta ahora se

conocía. Sólo ha salido un tomo sobre el Evangelio de S. Marcos, editado por Legg en Oxford, 1936.

El aparato está hecho a base de 30 códices, otros tantos fragmentos de unciales, bastantes minúsculos escogidos, las antiguas versiones y los Padres, según las ediciones modernas. La distinción por clases casi la dejan en absoluto.

10. Valor del texto crítico actual.

Al llegar a este punto se pregunta uno ¿qué valor puede tener el texto crítico actual de los Evangelios?

Esta pregunta está tanto más justificada cuanto que los métodos mismos críticos pueden ser diversos sobre todo que no siempre se puede llegar a un resultado o lección cierta. Si es verdad, como dijimos al principio, que las variantes superan el número mismo de palabras en el texto común que es el más largo, ¿cómo es posible llegar a conclusiones ciertas y entre tantas lecturas diversas sacar la primitiva y auténtica?

Para la solución de esta dificultad téngase presente:

1.° Muchas de las variantes son sobre *una misma palabra* o frase: Con esto resulta que la mayor parte del texto está igual y uniforme en todos los documentos. A juicio de los ingleses Wescott-Hort, de ocho partes del texto, siete son aceptadas por todos sin disputa y sin duda ninguna [18].

(18) Vol. II, p. 2.

Esto prueba que la extensión de las variantes es muy reducida, aunque el número sea grande.

2.° Hay que tener muy presente *la naturaleza* de las variantes. La mayoría consiste o en errores de transcripción, sencillas equivocaciones de los escribas que nosotros llamamos hoy erratas de imprenta y que son fáciles de distinguir, o en diferencias gramaticales de morfología o sintaxis, o en diferencias de léxico en las palabras sinónimas, o en diferencia de orden y colocación (hipérbaton). En suma, cambios de accidentes gramaticales que en nada alteran el sentido del texto, la idea queda siempre inmutable, clara y precisa.

3.° Descontando estas diferencias gramaticales, de mera forma externa, apenas si quedan 200 diferencias que se rocen con el sentido. Y de estas 200, apenas llegan a 15 las que tengan alguna importancia.

En todo caso no se menoscaba ninguna verdad dogmática o moral, ni se añade ni se quita ni se debilita. El depósito sagrado queda siempre intacto.

Supuestos estos principios sobre la extensión y carácter de las variantes, los resultados en el trabajo de reconstitución de la lectura auténtica son ciertamente seguros y optimistas.

1° La misma abundancia de testimonios que origina tantas variantes facilita el trabajo de reconstitución. Cuantas más fuentes e independientes entre sí, más seguridad y más medios de trabajo, de análisis y de comparación.

¡2.500 manuscritos griegos sin los leccionarios y las versiones!

2.° Aplicando debidamente las reglas de crítica interna y externa, son poquísimos los textos en que queda duda sobre la primitiva lectura.

3.° Por tanto, el texto sagrado del N. T. ha llegado a nosotros íntegro no sólo en lo sustancial e importante, sino aun en lo accidental. Cuanto mayor es el número de testimonios, su variedad y su independencia, tanto mayor la autoridad y seguridad de aquellos puntos en los cuales van de acuerdo, que es la mayor parte del texto. En aquellas cosas accidentales en que discrepan, la misma abundancia de testigos pone medios precisos de reconstrucción.

Es esta una prerrogativa singular de los Evangelios debida a la amorosa solicitud con que la Iglesia nos los ha conservado. Ningún otro libro de toda la antigüedad se les puede comparar. Sólo se acerca a ellos y con distancia considerable, el texto del Viejo Testamento ya hebreo ya griego [19].

Todos los demás libros profanos y aun eclesiásticos nos han llegado por pocos códices, no muy antiguos por pocas o ninguna traducción y por casi ninguna citación.

Son curiosos los datos que trae Leopoldo Cohn en su introducción a la edición crítica de las obras de Filón [20].

Filón nació hacia el año 25 antes de Cristo y murió hacia el 45 de nuestra era.

---

(19) *Durand*, le texte de N. T., E. 126 (1911, I), 289. 290.

(20) 7 tom. Berlín, 1896-1926.

En el prólogo confiesa Cohn que la memoria de Filón fué muy descuidada por los judíos y por los paganos. Los documentos que conservamos en favor de la autenticidad de sus obras se deben casi exclusivamente a los cristianos.

Es verosímil que en el siglo II no ignoraran sus obras Justino y Teófilo de Antioquía.

En el siglo III Clemente de Alejandría usa y aprovecha su doctrina y cuatro o cinco veces alaba sus obras.

En el siglo IV usan los libros de Filón, Eusebio y S. Ambrosio. S. Jerónimo trata de traducir alguno al latín. Por el mismo tiempo se traducen al armeno.

Y si pasamos a la autenticidad del texto, la diferencia resalta todavía más. Los manuscritos de las obras de Filón, que como hemos dicho es contemporáneo de los Evangelistas, ninguno va más allá del siglo X. El más antiguo es el Seldenianus. Le siguen otros dos del siglo XI, el de Viena y el de París. Todos los demás son posteriores y bastante mal conservados.

¡Qué diferencia tan notable con nuestros Evangelios!

Y con estos medios tan pobres se hacen las obras críticas modernas y nadie duda ni de la autenticidad del libro ni de la integridad del texto.

Para la autenticidad de los Evangelios ya vimos qué cúmulos de testimonios y qué peso de autoridad y antigüedad.

Sobre el texto nada más seguro, nada mejor documentado y testimoniado.

Llevado al extremo el análisis y las exigencias críticas, es sentencia común que de todo el texto no hay

una sexagésima parte de la que se pueda disputar. Y en el sentido no llega a la milésima parte lo discutible.

Basta ver la concordia que reina entre todas las ediciones críticas, católicas y protestantes, aun siguiendo sistemas y métodos diferentes. El resultado es siempre el mismo.

Podemos afirmar con la frente muy alta que poseemos en el siglo XX el mismo texto que se escribió en el siglo I. Y podemos mirar con fe en el porvenir que con sus futuras elucubraciones y hallazgos confirmará estas creencias.

Lección VIII

La historicidad de los Evangelios

1. La historicidad y genuinidad.

En las lecciones precedentes hemos visto la genuinidad de los Evangelios en su conjunto y en sus partes. Hemos visto que los autores son los que llevan sus títulos, dos apóstoles y dos discípulos de los Apóstoles. Además, el texto que salió de manos de los Evangelistas ha llegado a nosotros tal y como lo dejaron, incorrupto e íntegro. Podemos decir que hoy en el siglo XX poseemos las obras de S. Mateo, S. Marcos, S. Lucas y S. Juan. Este es el resultado de nuestras lecciones.

Vamos ahora a dar un paso más y definitivo. ¿Qué fe o crédito nos merecen los Evangelios en pura ciencia? ¿Son fuentes de valor histórico y objetivo, o más bien novelas y leyendas, que se apartan de la realidad histórica? ¿Los hechos que cuentan los Evangelistas sucedieron como ellos los refieren o están deformados consciente o inconscientemente?

Los Evangelistas *¿sabían lo que escribían y escribieron lo que supieron?* En otras palabras: *¿tuvieron ciencia y veracidad?*

La imagen que nos dan de Cristo ¿responde a la realidad histórica, vivió Jesús como ellos dicen, habló y obró como ellos narran? ¿Introdujeron datos, dichos y hechos que idealizan la figura de Jesús, la levantan del plano terreno de una realidad humana al plano

supraterreno de un idealismo divino más o menos fundado?

Este es el problema actual. El centro y fin primordial de todo nuestro estudio. La clave del cristianismo y de su historia primitiva, la clave de nuestra fe y de nuestra moral. El eje de la argumentación histórico-científica del cristianismo. Si Cristo fué tal y como aparece en los Evangelios, Cristo es más que hombre, Cristo es Dios... Si la figura de Cristo está deformada con fraude o con buena fe, el cristianismo tiene un mal principio, un error de raíz del que difícilmente podrá sanar.

Para que los Evangelios merezcan nuestra fe como obras de historia, es preciso que sus autores tratasen de hacer historia y no literatura, que supiesen y conociesen bien la vida de Jesús, su doctrina, y que tuviesen propósito de no engañarnos. Ciencia y veracidad son las dos cualidades fundamentales que es preciso demostrar. Probada la ciencia y veracidad de los Evangelistas se les podrá todavía regatear la fe y el crédito, pero sin motivo científico, de una manera absurda y apasionada, falta de lógica.

La ciencia y veracidad de los Evangelistas *es una consecuencia de la genuinidad* que ya hemos demostrado. Por esto se resistió la Crítica independiente a admitir la tesis católica de la autenticidad. Y por esto empezó el ataque contra los Evangelios por la genuinidad. En una obra de carácter histórico no se puede pedir más en pura crítica-histórica que fuentes escritas por testigos presenciales o por autores contemporáneos. Todo el afán de la investigación moderna es dar con semejantes documentos. Para conocer a

Jesús y su doctrina ¿qué más podemos pedir? Fuentes de su tiempo, documentos redactados a raíz de su muerte. Pues ahí los tenemos en los Evangelios. Eso es lo que hemos demostrado. Que son obras de testigos y de contemporáneos, de los que le trataron muy de cerca y se sentaron con él en una misma mesa. Documentos redactados, cuando la memoria de Jesús estaba muy fresca, en vida de sus amigos y de sus enemigos personales.

Hay todavía más. *Con la tesis de la genuinidad,* tal y como nosotros la hemos probado, *se derrumban por su base todas las teorías de la Crítica* heterodoxa para deshacer el valor de los Evangelios.

Las teorías racionalistas se reducen en síntesis a que nuestros Evangelios no reproducen la figura histórica de Cristo, el Cristo de la historia, sino que nos dan un Cristo transformado, idealizado, el Cristo de la fe. No el Cristo como fué, sino el Cristo como lo creyeron las generaciones cristianas posteriores.

Es una teoría deslumbradora, pero de muy poca consistencia histórica y filosófica. Todo proceso de evolución y transformación es lento, largo; supone una distancia de muchos años, por no decir de siglos. Esta distancia no se verifica en obras que se escriban a raíz de la muerte de Jesús. La fe de la generación contemporánea de Jesús, no podía discrepar de la realidad histórica. Los autores de los Evangelios no podían estampar en sus obras una figura distinta de la que habían visto ellos, sus lectores y sus enemigos.

El Cristo de la fe no se podía diferenciar del Cristo de la historia en la primera generación cristiana.

Cuando el mito nace, la figura histórica está ya lejana, esfumada en la mente de escritores y lectores. Los mitos no se forman en un día, y menos se confunden con la historia y menos se recogen por los que han palpado y visto lo que escriben, que tienen en el corazón y en la imaginación la figura del personaje que pintan.

Los Evangelios se escriben 20 años apenas más tarde de la muerte de Jesús, con la particularidad de que no hacen sino compendiar la predicación, meditación y práctica de lo que habían visto sus autores. La vida de Jesús, su doctrina, empieza a predicarse, a vivirse al día siguiente de su Ascensión. Los Evangelios muy poco después recogen esta predicación y esta práctica.

La Crítica heterodoxa se sustrae a la necesidad de la consecuencia: los Evangelios son obra genuina, luego son fidedignos. Se sustrae como último refugio en virtud de la teoría evolucionista. Y se sustrae cediendo cada día más terreno. Dando cada día más extensión a la parte histórica.

2. La historicidad y la posición del Racionalismo.

Las contiendas e investigaciones del siglo XIX provocadas por las negociaciones de Strauss y Baur han dado por resultado definitivo que la Crítica acatólica admita hoy *en su conjunto* la historicidad de los tres primeros Evangelios por lo menos.

Strauss había escrito en 1835 en el párrafo 13 de la introducción a su vida de Jesús: "La historia evangélica sería inatacable, si se probase que había sido escrita por testigos oculares o por lo menos por autores vecinos a los sucesos."

La hipótesis que Strauss descartaba se ha verificado y hoy es un hecho científico adquirido. Después de la certeza e imparcialidad con que se demuestra la genuinidad de los Evangelios, la Crítica heterodoxa no puede negar en absoluto la historicidad de los Evangelios sin descalificarse a sí misma.

Por esto escribe Harnack al principio de su lección segunda sobre la Esencia del Cristianismo: Hace 60 años que Federico Strauss creyó haber resuelto casi por completo la cuestión de la autenticidad histórica de los tres primeros Evangelios. La labor histórico crítica de dos generaciones ha logrado reconstituirlos en gran parte... Las explicaciones que se dieron para deshacer su valor histórico no resisten a la crítica, si bien quizás en algún detalle pueden haber influido tendencias de orden secundario. No son los Evangelios escritos de partido, ni es verdad, tampoco, que estén impregnados del espíritu helénico, pues corresponden, en cuanto a su contenido sustancial, a la época primitiva o hebraica del cristianismo. Breve período que podríamos llamar paleontológico. La historia de aquella época, tal y como nos la ofrecen el primero y el tercer Evangelio, nos la han conservado afortunadamente otros documentos, aunque sean de importancia secundaria... El aserto de Strauss respecto a lo mucho "mítico" que encierran los Evangelios, no ha sido

comprobado, aun aceptando el significado vago e imperfecto que Strauss atribuye a la palabra "mítico" [1].

Podemos afirmar que la historicidad de los Evangelios se reconoce por todos en nuestros días, a excepción de los pasajes que encierran algo sobrenatural. Y no es que haya razones de historia o filosofía histórica. Es un axioma apriorístico: La imposiblidad de lo sobrenatural y del milagro. Esto es lo que obliga a limitar la historicidad de los Evangelios. Si en los Evangelios no hubiera nada sobrenatural y milagroso, nuestros Evangelistas serían los autores más fidedignos del mundo.

Lo ha dicho bien claro Renán: "Yo rechazo los milagros de los Evangelios, no porque previamente se me haya demostrado que los Evangelios no merecen una fe absoluta. Si yo digo que los Evangelios son leyendas, es precisamente porque contienen hechos milagrosos. Los Evangelios pueden contener hechos históricos, pero ciertamente todo lo que hay en ellos no es historia" [2].

Esta hipótesis apriorística de la no existencia de lo sobrenatural, que en resumidas cuentas, es la negación práctica de la existencia de Dios, un ateísmo paliado, *es la única razón que hoy alega la Crítica heterodoxa* para rechazar en parte el valor histórico de los Evangelios.

---

(1) Harnack, La esencia del Cristianismo, Barcelona, 1904, I, p. 23-36.

(2) Vida de Jesús, 3.ª ed, VI.

En su reciente Vida de Cristo (Torino 1941, p. 750) observa justamente *Ricciotti* que los enemigos de la Resurrección de Jesús, están predeterminados a la negación, no por la deficiencia de argumentos, sino simplemente por principios filosóficos.

Hay todavía más. *No rechazan en peso todo lo que se refiere al hecho milagroso.* No niega Renán la existencia de María Magdalena, de los peregrinos de Emaús, de los discípulos reunidos en el Cenáculo, en las riberas del Lago, en la montaña de la Ascensión. No niega que ellos creyeran en la Resurrección de Jesús. Pero niega la resurrección objetiva de Jesús. Los Evangelistas no se equivocan, son historiadores fidedignos al decirnos que los discípulos creyeron en la Resurrección de Jesús, pero se equivocan al decirnos que Jesús había realmente resucitado. Se equivocaron también todos aquellos discípulos que en un principio se negaron a admitir la vuelta a la vida del Maestro y al fin se rindieron a la evidencia de los hechos, forzados más que voluntarios; todos ellos se equivocaron, fueron víctimas de una lamentable alucinación. Se admite el hecho como historia, pero se busca una solución, no importa cuál, cualquiera, para despojarlo de lo sobrenatural y milagroso.

La transformación repentina que se opera en los Apóstales el día de Pentecostés se debe a una inesperada tormenta, a un viento fuerte que abre súbitamente las puertas y ventanas, a un claror de rayo que ilumina las inteligencias y envalentona los corazones. Todo lo que dicen los Evangelistas tiene una objetividad, un fundamento histórico, pero hay que desnudarlo de todo aquello que suponga una intervención de Dios en el mundo.

Las bodas de Caná son históricas, pero la conversión del agua en vino hay que entenderla. El hecho consistió, según Neander, en que Jesús comunicó al agua un gusto parecido al vino (¡¡¡sin ser vino!!!).

La multiplicación de los panes hay también que entenderla. Paulas y Beyschlag nos dirán que la gente menos acomodada había agotado sus provisiones, que los ricos tenían aún las suyas. Para incitarlos a que repartiesen entre los pobres sus panes, Jesús se puso personalmente a repartir cinco panes y cinco peces. Los demás imitaron su ejemplo y la multitud pudo así saciar su hambre. Cada uno tiene derecho a explicar el contenido evangélico para que no quede asomo de sobrenatural. ¡¡¡Y nuestras explicaciones al cabo de XX siglos de distancia están más conformes con la historia que las que nos dan los que vivieron los hechos mismos!!!

En el campo acatólico, cuando se trata del problema de la historicidad de los Evangelios, *se distingue también entre las enseñanzas de Jesús y los hechos* que de El nos cuentan. Las enseñanzas se admiten más fácilmente como históricas que los hechos. Y es que se necesita una parcialidad y desaprensión crítica muy grande para atribuir a improvisaciones de profetas anónimos enseñanzas como las bienaventuranzas o las parábolas.

Sin embargo, aun en esta parte, los esfuerzos por eliminar los textos más embarazosos no se escatiman.

Los hechos los tratan con menos respeto, porque en ellos se revela mas patente lo sobrenatural y la fobia moderna en este punto es muy grande.

La distinción entre hechos y palabras es enteramente gratuíta, artificial. La doctrina se une a los hechos las más de las veces y si la doctrina nos descubre un marco histórico y judío de la época romana, no

menos nos lo descubren los hechos. Ni en la intención de los Evangelistas ni en la realidad tiene fundamento esta división. La narración evangélica forma un todo homogéneo. Las palabras y discursos están trabadas y tejidas con las actitudes, controversias, viajes, milagros, iniciativas y sufrimientos de Jesús.

El juicio de historicidad debe emitirse sobre todo el conjunto y para desvalorizar un episodio separándolo del todo se necesitan razones históricas y literarias especiales.

El problema de la historicidad tal y como lo enfoca la tesis racionalista, no es problema bíblico ni histórico. Es un problema de filosofía religiosa. En última raíz, el problema se reduce a si Dios existe, a si Dios puede o no intervenir en el mundo, a si son posibles o no los milagros. Los adversarios extreman los esfuerzos por salvar la historicidad y veracidad de los Evangelistas con tal que se salve también el principio universal de que no hay nada sobrenatural en este mundo.

Estas consideraciones prueban que nuestra tesis sobre el valor histórico de los Evangelios tiene un gran fundamento objetivo, histórico y crítico. Aun los enemigos del catolicismo quieren admitirla lo más posible dentro de los principios de la filosofía racionalista. Y aquello que le merman no es en nombre de la historia, sino en nombre de un principio filosófico que divide diametralmente los dos campos y que se podía aplicar igualmente a Evangelios que hubieran sido escritos diez o quince siglos más tarde que los Canónicos, a escritos modernos que refieren las curacio-

nes de Lourdes. Si es lo sobrenatural lo que les hace desconfiar de los Evangelios, esto mismo les hará también desconfiar de una historia moderna y crítica de los sucesos de Lourdes.

3. La historicidad y los Evangelistas

Empecemos por afirmar que nuestros Evangelistas no eran historiadores del tipo de Tucídiles o de Tácito. Y menos todavía encajan en la concepción moderna del historiador con máquina Leica fotografiadora de manuscritos viejos.

A nuestros Evangelistas les faltaba el método histórico, la cultura científica, la formación crítica. Pero ¿qué necesidad tenían de todo este aparato que revela sobre todo nuestra inferioridad histórica?

Ellos, *testigos de lo que escribían*, estaban infinitamente más preparados para hablar sobre Jesucristo que cualquiera de los críticos de hoy mejor imbuído en toda la literatura antigua ¿A qué tiende toda la preparación y método histórico moderno? A suplir con el arte lo que no nos ha dado la naturaleza y el tiempo: la convivencia de los hechos que narramos o por lo menos la proximidad a ellos.

Los Evangelistas por tocar tan de cerca la vida de Jesús, tenían resueltos los grandes problemas del historiador moderno: busca de materiales, crisis de documentos y fuentes, elección, preparación de materia. Las fuentes eran ellos. Habían acompañado a Jesús desde el Bautismo de Juan hasta el día de la As-

censión. Los hechos eran patentes, públicos, concretos. Lo extraordinario de los hechos no les quitaba su publicidad y visibilidad. No tenían por qué preocuparse del problema filosófico de lo sobrenatural ni se preocupan de ello en sus crónicas. Bastaba constatar que seis tinajas estaban llenas de agua hasta los bordes, cosa bien visible a simple vista, y tener después el gusto lo suficientemente capaz para distinguir un vaso de vino de otro de agua. No dice S. Juan más. El que dirigía el banquete testimonió sin saber su origen que los criados le habían traído muy buen vino, no cualquiera. Y los criados testimoniaron que el vino lo sacaron de donde en un principio habían ellos mismos echado agua natural de la única fuente que hay en Caná. Para recoger todos estos datos y cribarlos bien basta haber estado en el banquete, haber conversado con los criados y el jefe de ellos, basta tener sentidos sanos, mediano juicio y mediana buena voluntad. No hace falta más, ni formación crítica ni elevada cultura en el sentido moderno de la palabra.

Los Apóstoles eran todos *gente sana,* muchos hombres de mar, curtidos al sol, al agua y al viento. No es la gente en que se dan más los desequilibrios nerviosos.

Gente sencilla, *desconfiada,* que por instinto palpa, antes de creer, toca y se asegura bien. No se tragan los milagros nuestros Evangelistas. Cuando ven a Jesús andar por las aguas ni se les ocurre que pueda ser Él. Sólo cuando lo ven dentro de la barca y que a su presencia cesa el viento y las olas que los habían puesto en peligro de muerte, se convencen de lo extraordinario del hecho, del poder sobrehumano de

Jesús. Trabajo les costó convencerse de la Resurrección y bastantes reparos y objeciones pusieron a los primeros mensajeros. No les bastaron dichos de mujeres ni aun de hombres, tuvieron que personarse Pedro y Juan en el sepulcro, tuvieron que ver delante al Resucitado; tuvo Tomás que meter los dedos en las llagas de las manos y el puño en la llaga del costado.

Los hechos y la realidad se les tuvo que imponer para superar su desilusión y su pesimismo por la muerte de Jesús. No solamente no tenían el prurito de inventar milagros, sino que se resistían a los que veían. Si de algo pecaron los Apóstoles respecto a Jesús fué de incredulidad.

Y ¿cómo *narran* los Evangelistas las maravillas de Jesús? *De una manera sobria,* fría. Sin comentarios ni exclamaciones subjetivas. Objetividad pura. Hablan de enfermos curados, muertos devueltos a la vida, fuerzas naturales alteradas sin dar la menor salida o escape al estupor, a la ponderación afectiva.

Cuentan lo extraordinario con la misma sobriedad con que cuentan lo ordinario; lo sobrenatural lo mismo que lo natural y humano.

No ponderan el poder y dinamismo de Jesús más que su debilidad en las horas negras de la Pasión. Nunca un afecto o una exclamación que revele el entusiasmo por el héroe o el odio y la ira contra sus adversarios y verdugos. Fotógrafos de la realidad. Ni cantores ni poetas. Historiadores y nada más.

Y si son verídicos e historiadores cuando nos cuentan las flaquezas de Jesús en la noche de la Pasión como reconocen todos los Racionalistas, ¿por qué no

son verídicos cuando nos cuentan sus obras extraordinarias? Son los mismos, es el mismo estilo.

Los Evangelistas *no tienen mas pretensión que escribir la verdad.* Hacen profesión expresa de esto. Bien claro lo dice S. Lucas y el mismo S. Juan.

San Lucas encabeza así su obra: "Ya que muchos han tratado, de ordenar la narración de los hechos que se han verificado entre nosotros, conforme los hemos oído referir a aquellos que desde el principio fueron testigos de vista y ministros de la predicación; parecióme a mí también, óptimo Teófilo, escribírtelos ordenadamente, después de un exacto examen desde su primer origen."

Unico fin de S. Lucas es exponer lo que ya han contado otros, pero lo que ha sucedido y es público en el mundo en que escribe. Lo que ha aprendido Teófilo y en lo que ha fundado su fe. Para eso reune datos, estudia la historia, la oye de labios de testigos.

San Juan parece que preveía las objeciones de la Crítica racionalista moderna. Por esto protesta al fin de su obra de la veracidad y exactitud de su contenido. "Y quien lo vió es quien lo asegura y su testimonio es verdadero. Y él sabe que dice la verdad y lo atestigua para que vosotros también lo creáis" [3].

Y en la carta de presentación de su Evangelio proclama solemnemente que su obra es el eco fiel de cuanto ha visto y experimentado con Jesús.

"Lo que fué desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, y contemplamos, y pal-

(3) 19, 35.

paron nuestras manos tocante al Verbo de la vida: Vida que se hizo patente, y así la vimos, y damos de ella testimonio, y os evangelizamos esta vida eterna, la cual estaba en el Padre y se dejó ver de nosotros. Esto que vimos y oímos, es lo que anunciamos, para que participéis con nosotros y nuestra participación sea común con el Padre y con su Hijo Jesucristo" [4].

No se habla aquí de especulaciones y meditaciones teológicas, como quiere ver la Crítica racionalista en el Evangelio de S. Juan, no se habla sino de sentidos, de verdades de experiencia, todo lo que se narra se ha visto y se ha palpado, se ha oído. No podía S. Juan decir de una manera más gráfica y clara que él no ha inventado, sino que ha cogido las cosas del campo de la realidad objetiva. Tres sentidos toman parte en esta recolección de hechos: el oído, la vista y las manos. Se ve, se oye y se palpa. Se ha observado cómo en el Evangelio de la Resurrección no nos cuentan el descenso del alma de Cristo a los infiernos, el momento mismo de la Resurrección, la entrada triunfante en el cielo. Fieles a su papel de testigos, sólo nos cuentan *lo que ellos han presenciado:* las apariciones del Resucitado y su subida al cielo hasta el momento en que se interpone la nube.

Tenemos por tanto que los autores son testigos y contemporáneos por lo menos, que nos aseguran de su imparcialidad y objetividad histórica, de su intención de hacer historia y no literatura amena, de dar testimonio de lo que han visto, oído y palpado. ¿Cabe

---

(4) Jn. I, 1-3.

mayor garantía de que no ha habido mezcla de subjetivismo e idealización?

Son testigos nuestros Evangelistas en un doble sentido. *Han visto lo que escriben mueren por confesar lo que han visto.* Mueren mártires, confesando los hechos y la doctrina de Jesús. A quien ve lo que escribe y después se deja matar libremente por mantener lo que ha escrito, ya se le puede creer.

Si no vale la fe humana en este caso, es que no existe.

"Creo de buen grado las historias cuyos testigos se dejan ahorcar" (Pascal).

Hay un aforismo en ética que dice: *Nemo gratix mendax,* nadie miente sin interés. La psicología de la mentira es siempre interesada.

En nuestros autores no se prueba qué interés pudo motivar la mentira.

Aunque ha habido alguna cabeza radical que trató a los Evangelistas de impostores, hoy nadie lo cree. No hay fundamento para tratarlos así. A su impostura no se le asigna un justificante psicológico, un móvil.

Es más, la impostura no se adapta a la probidad de las personas, a la inocencia campesina de sus autores, al candor sencillo de la narración.

Menos se adapta todavía a la pertinacia con que sostienen la mentira y la sangre fría con que la predican, la convicción profunda con que la sostienen hasta el suplicio y la muerte, por todos los ámbitos del imperio.

A aquellos pescadores, que no habían tenido más horizontes que los estrechos del Lago de Galilea

–208 m. bajo el nivel ordinario del Mediterráneo– se les ocurre un día ponerse todos de acuerdo sobre el mito de Jesús, sobre una nueva religión fundada toda ella en la divinidad de un artesano y de un crucificado, salir de su aldea, cruzar los mares, correr el mundo y predicar lo que para sus compatriotas será escándalo y para los civilizados griegos y romanos una locura. Si algo pueden esperar de esta patraña y osadía, es acabar en la cárcel y en la cruz, como de hecho sucedió.

La mala fe no cabe en los Apóstoles, no cabe en cabeza humana, en cabeza de pescadores que dejan su lago, su barca, su mujer, sus hijos, su patria, su lengua y se dedican los Doce a buscar la fortuna... ¿Uno? ¡¡¡Los Doce!!!

Nuestro siglo muestra un poco más de sensatez que el pasado. Alucinados, pase; pero impostores, no. Equivocados, pase; mentirosos, no.

4. La historicidad y el examen interno de los Evangelios.

Preguntemos ahora a los Evangelios mismos si ellos nos dan la figura de Jesús tal y como fué en su corta estancia entre nosotros, o si nos la dan más bien envuelta en los contornos esfumados de la leyenda.

Si se examina el *marco externo* en que encuadran la vida de Jesús, se ve enseguida que es totalmente histórico y armónico con todos los demás documentos de la historia, de la literatura y arqueología. El estado religioso, político y social del judaísmo es el que ha-

bía al empezar nuestra era. Con la particularidad de que pocos años después, el 70, cambió radicalmente.

"La sociedad palestinense anterior a estas grandes conmociones y en un estado de relativo equilibrio, es la que nuestros Evangelios... suponen constantemente y pintan con una exactitud que maravilla. El horizonte es limitado, el de Galilea o el de Judea. Todas las alusiones dicen relación a las costumbres, al lenguaje, los hábitos de espíritu y las condiciones políticas que prevalecían bajo el hijo de Herodes. Aquel pequeño mundo revive con el increíble eslabonamiento de sus autoridades imperial, real, nacional aristocrática. La magistratura del Sanhedrín es todavía competente y temible: es capaz de arrojar de la sinagoga, de azotar, de perseguir a los delincuentes. Los cambios visibles y lo que se podría llamar la danza de los sacerdotes en las manos de Agripa y de los procuradores romanos después, no ha comenzado todavía. Los partidos tan característicos... se disputan ya la influencia: Saduceos llenos de altivez, Herodianos oportunistas, Fariseos y hasta Zelotes. Pero todavía no se habían levantado los unos contra los otros, como lo hicieron en el tercer cuarto del siglo, y los extremistas no dominan aún. Todo el aparato ritual, social e internacional del templo, los sacrificios, los impuestos del culto, las fiestas, las solemnidades, son respetados, consagrados, están en pleno esplendor. El sabatismo exagerado de los casuistas, el lujo insolente de las grandes familias sacerdotales, la afectación de los puros, orando en las plazas, exagerando la extensión de sus franjas y la amplitud de sus filacterias; la auto-

ridad de los escribas y doctores, sentados apaciblemente en la cátedra de Moisés; todo nos remite a una sociedad aún no dividida profundamente, ni amenazada e incierta del porvenir, a un judaísmo todavía floreciente del segundo cuarto de nuestro siglo" [5].

La forma externa de los Evangelios, su estilo y lenguaje, es también una garantía de historia y veracidad.

El estilo es siempre sobrio, sin artificio, sin pasión. Es sobre todo fragmentario, que supone muchos hechos ya conocidos de antemano por sus lectores; que no une o empalma lo que sigue con lo que precede. Las personas en su mayoría pasan por la escena sin que se nos diga una palabra sobre su cuna y su sepulcro.

Así sólo escriben testigos, contemporáneos de los hechos y las personas y para lectores que conocen el teatro y el conjunto de la narración. Un novelista ciertamente no hubiera escrito de esta manera tan sobria y tan fragmentaria.

Si lo que escriben los Evangelios no tuviese su apoyo en la realidad misma de las cosas, si se tratara de una historia inventada, hubiera sido menos sobria, más completa y redondeada, el autor hubiera hecho una obra literaria perfecta y armónica en su todo y en sus partes.

Quien conoce los hechos en su realidad, quien los ha visto y vivido, puede mas fácilmente descuidarse en la narración sobre su mutua unión y trabazón.

---

(5) *L de Grandmaison*, 141/2.

El ve la unión en su mente, la tiene porque la ha visto y la presupone en el escrito. Quien escribe de lejos se preocupa al escribir de hacer ver la trabazón de unos episodios con otros. La tarea más ardua para el biógrafo de Jesucristo es mostrar la sucesión de los hechos y cuadros que nos han dejado los Evangelistas. Los Evangelios no son una vida de Jesús, sino cuadros tomados de la realidad para robustecer y edificar a los fieles, que precedentemente se habían confiado al Crucificado por la palabra de los Doce.

El lenguaje de los Evangelistas nos revela la misma objetividad y probidad. Nos han conservado términos que no se usaban ya cuando ellos escribieron. Usados solamente en vida de Jesús y por esto ellos los reproducen. *Hijo del hombre, hijo de David, reino de los cielos* son términos que desaparecieron con la Ascensión de Jesús. En la comunidad cristiana Jesús era invocado con el nombre divino de *"Señor"*; *"la Iglesia"* había sustituído al *"reino de los cielos"*.

Desde que Littmann probó que el texto arameo del Padre Nuestro deja entrever un ritmo de cuatro tiempos, va tomando cada día más cuerpo la idea de que la forma rimada llega hasta los labios mismos de Jesús y que en el tenor arameo del Padre Nuestro podemos leer las palabras precisas y genuinas de Jesús en su sonido originario [6].

Recientemente Siervers [7] ha creído poder establecer con el análisis de los sonidos que S. Pedro y San

(6) *Edelsheim*, Das Evangelion nach Markos, Leipzig, 1931, p. 2.

(7) Der Textaufbau der griechischen Evangelien klanglich-untersucht, Leipzig, 1931, p. 56.

Juan tuvieron una parte muy preponderante en la formación del texto de los Evangelios. Tanto el contenido como la forma sería obra principalísima de los dos grandes Apóstoles e íntimos de Jesús.

Tienen tal conciencia de su responsabilidad como historiadores, que S. Lucas, por ejemplo, griego de nación, se guarda muy bien de dar una forma literaria griega al contenido de las fuentes judío-cristianas que utiliza para la narración de la Infancia. Prefiere traducir para la narración el texto arameo.

El contenido mismo de los Evangelios es la prueba mejor de su exactitud histórica, de su fidelidad.

Hablan los adversarios de una evolución doctrinal en los años que siguieron a la muerte de Jesús y que los Evangelios nos dan este estadio dogmático, no el histórico de los labios de Jesús. La genuinidad y antigüedad de las cartas principales de S. Pablo ninguno de ellos osa negarla. Todas son anteriores al año 66/67.

Pues bien, *la doctrina* de los Evangelios representa un estadio más primitivo que el de las cartas. El dogma y la moral cristiana ha evolucionado más en S. Pablo que en los Evangelistas. No es que haya contradicción entre S. Pablo y los Evangelistas, sino que lo que en los Evangelios es mera semilla, en San Pablo tiene ya hojas y flores y aun frutos. La doctrina de la redención, tan capital en el cristianismo, está en los Evangelios mas en germen y en esbozo; aplicaciones prácticas, aparecen en las cartas muy articuladas y aun supuestas.

Mucho más significativo y transcendental es la concepción que reflejan los Evangelios sobre el dogma fundamental de *la mesianidad y divinidad de Jesús.*

No nos dan la concepción plena y desarrollada de los cristianos en la época en que escriben, sino la concepción de los Apóstoles y discípulos en vida del mismo Jesús, antes de Pentecostés.

Si los Evangelios no tratasen de escribir una historia conforme con el tiempo y los hechos que describen, lo obvio era que hubiesen tomado normas y posiciones según la fe y creencias que los envolvía al escribir. Cuando ellos escriben, nadie duda en la mesianidad y divinidad de Jesús.. Los Apóstoles la predicen a cara descubierta y sin miedo a los azotes y las cárceles. Los fieles la aceptan y mueren por ella. Jesús no es ya *"el Hijo del Hombre"*, sino *"el Señor"* título con que los judíos helenistas traducían al griego el nombre hebreo de Dios.

En la hipótesis evolucionista de nuestros adversarios, los apóstoles y discípulos debieran en nuestros Evangelios poseer el mismo grado de fe y seguridad y claridad sobre la persona del Maestro que tuvieron después, cuando empezaron a predicar. Así acontece en los Apócrifos. Nadie duda aquí o vacila sobre la divinidad de Jesús. Ya en su infancia se muestra no como un niño cualquiera, sino como un niño prodigio, un niño Dios, tal y como lo concebía la mente cristiana de los siglos II y III. Dios omnipotente que juega con las cosas y con las leyes de la naturaleza.

No es este el carácter de los Evangelios canónicos. Hubieran podido orientar su narración de modo que desde un principio Jesús se hubiera dado a conocer con toda claridad como Mesías- Dios, y los Apóstoles lo hubieran así entendido desde un principio. Por lo menos

hubieran podido acentuar, incluso sin faltar a la historia y veracidad, los rasgos que confirmaban la fe cristiana de la segunda mitad del siglo I. Colorear la narración histórica en los rasgos de la mesianidad y divinidad que no faltaban ciertamente.

Si los Evangelios se hubiesen formado de la leyenda, de la evolución dogmática, si hubiesen reproducido el Cristo de la fe y no el de la historia, hubieran tenido que acentuar mucho más la mesianidad y divinidad de Jesús, hubieran tenido que suprimir todas las dificultades, todas las vacilaciones y desconfianzas de los discípulos primeros de Jesús.

Pero sucede todo lo contrario. Los Evangelios nos presentan unos apóstoles que no entienden la misión divina de Jesús, que no entienden su persona, se resisten a creer en ella, a creer incluso en la prueba máxima, la Resurrección. Hasta momentos antes de subir Jesús a los cielos están con sus ideas rastreras de un reino temporal, de un Mesías conquistador y debelador de enemigos, de un Mesías nacional y judío.

Jesús se revela gradualmente, va preparando las mentes de los discípulos. La revelación de la mesianidad y divinidad es toda vida e historia de Jesús.

Según las ideas que se había formado el pueblo, los discípulos de Jesús esperaban un Mesías terreno, conquistador, que no debía sufrir: "Lejos de ti la muerte" [8]. "Haz que mis dos hijos se sienten en tu reino uno a la derecha y otro a la izquierda" [9].

---

(8) Mt. 16, 22.
(9) Mt. 20, 21.

La muerte de Jesús dió al traste con todas las esperanzas que habían concebido. "Nosotros esperábamos que iba a libertar a Israel..." [10].

Esta idea equivocada de un Mesías terreno no debían los Evangelistas haberla reproducido, si no hubiesen tenido conciencia de su misión de historiadores.

Podían haberla suprimido incluso por motivos justos, como la de evitar confusión en sus lectores neófitos, ahorrar bochorno a los Apóstoles que eran los maestros y doctores de la nueva religión.

En el dogma de la divinidad tiene más fuerza esta observación.

La divinidad de Jesús es la piedra de escándalo de los Racionalistas. Precisamente porque Cristo aparece o se deduce Dios de los Evangelios es por lo que no quieren concederles la historicidad. Pues bien, si los Evangelistas inventasen la divinidad de Jesús, si deformasen el Cristo de la historia para darnos el Cristo de la fe de su tiempo, hubieran necesariamente tratado de otra manera el punto de la divinidad, la hubieran expresado de una manera mucha más clara. Esto vale incluso para el cuarto Evangelio, pero sobre todo para los tres primeros.

Los Sinópticos, mientras nos pintan con los colores más vivos la humanidad de Jesús, nos dejan clara su divinidad, pero entre nubes y sombras de flaquezas, dolores y humillaciones.

Loisy ha escrito: "El Cristo de los Sinópticos es una criatura de carne y hueso que conversa con los

---

(10) Lc. 24, 21.

hombres, como si fuese uno de tantos... Habla y obra como hombre. Se sienta a la mesa del fariseo y del publicano; deja que se le acerque la pública pecadora; se distrae amigablemente con los discípulos; es tentado por el diablo; se entristece en el huerto de Getsemaní ; obra los milagros llevado de un sentimiento de compasión y más que a publicarlos y utilizarlos, como argumento de su misión divina, propende a ocultarlos. Tranquilo y digno ante los jueces, se deja golpear e insultar. El grito que lanza poco antes de expirar, es el grito de angustia y agonía. Aunque de sus palabras, de sus obras, de sus mismos dolores se desprende algo grande y divino que lo pone por encima de lo común y vulgar de los hombres, no es menos cierto que cuanto hace y dice es netamente humano y penetrado, si cabe el término, de realidad humana" [11].

San Juan, que insiste más en la divinidad de Jesús, acentúa también de una manera gráfica su humanidad. Jesús se cansa, tiene sed y pide agua, se conmueve en su interior y llega hasta a llorar de compasión y pena por las lagrimas de Marta y María, por la muerte de su amigo Lázaro. La Pasión está en S. Juan descrita con más detalles que en los mismos Sinópticos.

"Todos los Evangelios se atienen en el fondo a un mismo punto de vista. La diferencia entre Marcos y los otros dos Sinópticos de una parte y S. Juan de otra, no es una diferencia sustancial sino accidental, de más y de menos dentro de la misma línea y plano" [12].

---

(11) Le quatrieme Evangile, París, 1903, p. 72.

(12) *O. Pfleiderer*, Das Urchristentum, seine Schriften und Lehren, Berlín, 1902, I, p. 666.

Esta es la realidad de los Evangelios. Que insisten más en la humanidad de Cristo que en su divinidad. Que en vez de divinizarlo, lo humanizan. Nos cuentan sus debilidades corporales sin miedo ni amortiguaciones, sin temor a escandalizar u horrorizar a sus lectores que lo adoran por Dios.

Si los Evangelios fueran la expresión de la fe cristiana y no de la historia, hubieran hecho los Evangelistas lo que hicieron algunos copistas con aquellas perícopas que ocasionaban malas inteligencias o servían de escándalo a lectores mal avisados y tímidos. Suprimirlas. Por esto existen códices de los Evangelios que suprimen el sudor de sangre y el trato que Jesús dió a la adúltera.

Los Evangelistas hubieran suprimido mucho más. Todo aquello que cede en desdoro aparente de la divinidad ¿A qué insistir tanto en su pasión y muerte? La narración más detallada de todos cuatro.

Hubieran debido rebajar los colores humanos de Jesús y acentuar los divinos. Cuando no proceden así, es que nos presentan una fisonomía de Jesús de tipo completamente primitivo y no adulto, como hablan nuestros adversarios; un tipo histórico y real y no un tipo de pura fe sujetiva.

Es notablemente digna de atención la *unidad doctrinal* que reina entre todos los documentos cristianos. Divergencia en pormenores que no tocan la moral y el dogma, pero unidad absoluta en la doctrina. Esta unidad no tiene más que una explicación posible, como nota recientemente Dulau [13]: todos los he-

(13) Divus Thomas, 43 (1940) 45.

raldos del mensaje cristiano no son ni quieren ser otra cosa que ecos. Su predicación se une a la de Cristo mismo y al Espíritu Santo que completó su instrucción y les dió el sentido de Cristo. La unidad doctrinal del N. T. no es el resultado de laboriosa uniformación de doctrinas. No se debe al triunfo de una concepción sobre varias otras a las que superó el vigor excepcional y el genio de su defensor. No hay traza histórica de esta evolución. La herejía aparece siempre como una disensión, como una desviación doctrinal de lo recibido, del depósito que Cristo dejó confiado a los Apóstoles. El contacto y educación con la realidad histórica es la que explica la unidad doctrinal neotestamentaria.

Si se examina el carácter y la figura moral del Cristo de los Evangelios, queda uno plenamente convencido de que no es invención humana, obra de leyenda y de transformación, de sentimientos o de cálculos fríos, sino obra de Dios, realidad histórica y divina.

El contenido del mensaje cristiano no tiene par ni raíces extrínsecas ningunas, ni en el mundo judío, ni en el griego, ni en ninguna otra esfera.

La sustancia de *la fe cristiana es algo enteramente nuevo en la historia de la humanidad.* Por esto no se puede considerar como creación humana ni como producto de la fe cristiana.

Cabe la deificación de un personaje puramente humano y hay casos en la historia. Un proceso natural y espontáneo o un arte estudiado y rimado pueden dar origen a una apoteosis. Pero ninguno de estos ca-

sos tiene parecido y aplicación en la glorificación de Cristo.

En la fe de Cristo no hay glorificación progresiva, no se trata de la glorificación de un ser puramente humano, sino más bien de la profesión de fe en la divinidad de un ser que sigue siendo hombre total, hombre completo como nosotros. El misterio cristiano está precisamente en el hecho de que Jesús sin dejar de ser hombre es también Dios. Paradoja parece, pero esta es la fe cristiana en Cristo, Dios-hombre. Precisamente por esto faltaba a los Evangelistas y Apóstoles, a la primitiva comunidad cristiana, un estímulo dogmático para glorificar a su héroe.

Su interés dogmático tiende más bien, como hemos visto, a la humanización de Jesús. ¡Siendo Dios sufre hambre como nosotros, llora, se lamenta del abandono divino y muere!

En la historia de las religiones falta paralelo. En las religiones en que los héroes acaban escalando el trono de la divinidad, desaparece por completo el elemento humano. Cuando Antinoo, favorito del emperador Adriano, muere ahogado en el Nilo, tan pronto como es adorado por Dios, se convierte en Osiris. El resultado de la divinización nunca es un hombre- Dios, sino un puro dios. Jesús aun después de resucitado come y bebe, tiene cuerpo palpable, conserva las cicatrices de los clavos...

Otro punto fundamental en el dogma cristiano es este: Cristo no es uno de tantos dioses, uno entre muchos. Jesús es el único Dios verdadero, el único, el Dios del cielo y de la tierra. Es el Dios del Antiguo Testa-

mento y del Nuevo, el Creador del mundo en el principio y el Redentor de los hombres en los tiempos novísimos.

No hay caso igual en toda la historia de las religiones. En todos los dioses que nos representan las leyendas clásicas bajo formas humanas, se trata siempre de uno de tantos dioses... o diosas.

La descripción que de Jesús hace S. Juan en su prólogo es caso único.

Y por esta fe los cristianos sufren el martirio. Y cuando la filosofía griega trata de penetrar en el cristianismo y surgen los grandes heresiarcas, el orbe cristiano se conmueve, viene la reacción tradicional y el cuerpo cristiano se deshace al fin del mal humor, que no responde a su complexión, porque no está conforme con "lo recibido".

La encarnación de Cristo no tiene parecido con las encarnaciones paganas. No tiene ningún contacto con la fe judía. El judaísmo era un punto luminoso en medio de la esfera negra del paganismo. El tesoro nacional más rico y guardado por siglos era el monoteísmo.

"Tu Señor, oh Israel, es el único Dios."

Decir que Jesús era Dios, era una blasfemia. Un, Dios-hombre quedaba por encima de las mayores esperanzas mesiánicas. Ni lo entienden en un principio los mismos íntimos de Jesús. La cruz de Jesús, Mesías es para los judíos escándalo. De modo que la divinidad de Jesús hombre y la cruz de Jesús Mesías no cabía en la mentalidad judía. Y sin embargo es el centro del cristianismo, de los Evangelios. Esto ¿qué quiere decir? Que el contenido sustancial de los Evangelios,

si no pudo salir de la filosofía pagana, griega o romana, tampoco pudo salir de la teología judía. Los Evangelistas, judíos en su mayoría, no pudieron inventar la figura de Jesús, Dios-hombre. Mesías crucificado.

La salvación del mundo por medio de un Hombre-Dios, por medio del dolor de Dios, es cosa totalmente superior a la concepciones humanas de la época en que salieron los Evangelios. Y todo escritor es hijo de su época.

Si la figura de Jesús y su mensaje superan la filosofía religiosa y la teología del mundo helénico y judío, es que no ha sido inventado por los Evangelistas, es que ha venido de arriba, como dice S. Juan.

Cualesquiera que sean las dudas que asalten a un cristiano que reflexiona, quedan siempre vencidas por la certeza de que Cristo no ha sido inventado. No podía ser obra de novelista este Hijo de Dios que grita en la cruz: Dios mío, Dios mío, ¡por qué me has abandonado? Imposible inventar este Señor todo santo y pureza que se deja besar de una, pecadora pública, este Dios de la gloria que se deja también besar del traidor que lo viene a prender y que calla cuando le escupen en la cara. No, Cristo no ha sido inventado, no es creación de novelistas judíos, griegos, romanos. Cristo, tal y como aparece en los Evangelios, es obra de Dios, existió realmente.

5. La historicidad y la primitiva historia cristiana.

La transformación del mensaje de Cristo y de su fisonomía fué imposible. Examinemos la mentalidad

de los primeros cristianos y el ambiente que rodea al cristianismo durante casi todo el primer siglo.

La mentalidad esencial del cristianismo primitivo es su apego a la tradición, a lo recibido del Señor Jesús. El entero período "paleontológico" de que habla *Harnack,* estriba en el testimonio de los Doce como testigos de Cristo.

Los Doce poseedores del mensaje mesiánico y en torno a ellos todos los fieles. La primitiva Iglesia se distingue por su tradicionalismo y su espíritu social en el mensaje.

Todos los Apóstoles hablan en nombre de los Doce, del Colegio. Bien claro lo dice S. Pablo. Lo que yo predico es lo que predican los demás, Pedro y Juan y Santiago [14]. En los Evangelios pulsa el corazón de toda la Iglesia. Se oye la profesión de fe de la Comunidad que se estrecha en torno a los Doce.

No sería justo discutir la credibilidad a testigos aislados a tratarlos como impostores, porque creen en los milagros y en lo sobrenatural. Viendo la literatura más antigua cristiana, por ejemplo las cartas de S. Pablo, se ve con qué seriedad se planteaban ellos estas mismas cuestiones que hoy planteamos nosotros sobre la existencia de lo sobrenatural, de la resurrección de Cristo y de los muertos, que es el summum del milagro.

El contraste de la vida disoluta y de alegría bacanal que llevaban los no creyentes con la austeridad y privación de la vida cristiana les hacía examinar el

(14) Gal 2, 2.

por qué de su moral y de su fe. Si Cristo no ha resucitado, tampoco resucitaremos nosotros. Y si no hemos de resucitar, comamos y bebamos que mañana moriremos. Así discurría S. Pablo [15].

Serios y filósofos por temperamento no eran víctima de sentimentalismos o engaños inconscientes.

Aun como individuos ofrecen las máximas garantías. Pero resulta que el contenido de los Evangelios no se apoya en ellos como individuos. La formación del credo y del decálogo cristiano no es obra de particulares, sino de la Iglesia, de los Doce y de los fieles en torno a ellos. Cristo escoge Doce que sean testigos de lo que han visto. Este Colegio se mantiene siempre unido y compacto. Cuando uno traiciona su misión, Judas, se elige otro tras seria y sincera deliberación, señalado por Dios y compañero también de Jesús. Los primeros fieles se agrupan en torno a los Doce. Pablo sube a Jerusalén para conferenciar con los Doce y confrontar con ellos su doctrina. No quiere sembrar o laborar en vano, esparcir disgregado, separado del tronco común. Todos aprueban su doctrina y le dan las manos en señal de amistad y de confirmación [16].

A los fieles de Roma les escribe que su Evangelio no difiere del Evangelio que Pedro les ha predicado [17].

Mucho antes de que Pablo escribiera sus cartas, la Comunidad, el Colegio de los *Doce,* fija lo esencial,

(15) Cor. 15, 32.
(16) Gal. 2, 9.
(17) Rom. 1, 12.

el núcleo del mensaje de Cristo, en fórmulas doctrinales en una especie de profesión de fe bautismal [18].

Hay que reaccionar contra toda desviación de la tradición, de *"la vía de Cristo"* [19], de la *"sana doctrina"* [20].

En una comunidad fundada en la palabra del Señor trasmitida por los testigos corporativamente no caben evoluciones y transformaciones del mensaje de Jesús, no hay sitio para los sueños del individuo, para las especulaciones y teorías.

Hay un intercambio y contacto continuo de ideas, un control recíproco y autoritario. El que no se conforma con lo recibido va fuera irremisiblemente, como cadáver pútrido que arroja el mar a la orilla En el mar cristiano. no cabe más agua que la viva de Cristo transmitida por los canales que El mismo se escogió. Así se asegura la historicidad de la doctrina de Cristo. :

En este hecho, independencia absoluta de individuos y de escuelas, tenemos la mas fuerte garantía de la pureza del mensaje de Cristo, vivo siempre en el seno de la comunidad. No podía alterarse aun antes de fotografiarse en los escritos.

Es una monstruosidad histórica y psicológica la teoría evolucionista.

Porque los Evangelios nos dan la fe de una comunidad cultural, se creen autorizados para hablar de evolución, de una fe y de una moral "creada por la Comunidad".

---

(18) Act. 15, 6-29.
(19) I Cor. 4, 17.
(20) I Tim. 6, 3.

Esta teoría desconoce totalmente aquella profunda persuasión, aquella obstinada claridad y rectitud de los primitivos cristianos, aquella férrea adhesión a la palabra recibida del Señor Jesús, aquel ciego seguir por la carretera que arrancaba de Jesús y se continuaba por los Apóstoles y los obispos colegiados. Se ignora el hecho más claro y universalmente atestiguado en toda la literatura cristiana: la tradición [21].

El ambiente externo que rodea el cristianismo naciente es otra razón que prueba la imposibilidad absoluta de que el mensaje y la figura de Cristo se adulterara.

Los que conocieron a Jesús en su vida mortal, amigos y enemigos, dan su mano al siglo II y en medio del arco que describen sobre todo el siglo I quedan nuestros Evangelios. Es decir, que nuestros libros se escriben en vida de los que conocieron a Jesús y estaban interesados en que no se cambiase su fisonomía. La cristología de la Iglesia primitiva estaba controlada por los contemporáneos de Jesús. La Crítica liberal cierra los ojos a esta circunstancia histórica. Supone que poco a poco se formó la leyenda y que ésta se impuso en amigos y enemigos.

---

(21) Cfr. *Adam*, p. 86-88. Recientemente U. Holzmeister ha publicado un artículo, Relationes de miraculis Christi extra Evangelia Canonica existentes, VD 21 (1941) 257-263, donde prueba este espíritu conservativo y tradicional del Cristianismo. Fuera de los milagros que cuentan los Evangelios Canónicos, de los Milagros *recibidos* desde el principio, la Iglesia no ha aceptado ningún otro.

En el primitivo Cristianismo faltaba realmente el interés por inventar y aumentar los Milagros de Cristo. Esta es la conclusión del erudito trabajo del P. Holzmeister.

No se puede pintar idealizado el retrato de un personaje, mientras viven los que conocieron sus facciones y líneas vivas, so pena de caer en el ridículo, en las críticas y en las protestas.

Todo pintor que quiere retratar, si ha visto a su personaje, recuerda sus líneas y, si no lo ha visto, pero viven los que lo conocieron, se informa y se atiene a lo que dicen. No inventa. En la obra que se destina al público con aires de objetividad no se puede idealizar mientras viven los testigos.

Gran número de los que habían conocido a Jesús vivían cuando escribieron los Evangelistas.

Egesipo que escribe hacia el año 180 dice que Simón, hijo de Cleofás, de la estirpe de David, sufrió el martirio a principios del siglo II, a la edad de 120 años. Hasta entonces, hace notar Egesipo, la Iglesia Madre de Jerusalén había tenido la suerte de ser gobernada por hombres que habían conocido a Cristo y oído de sus propios labios la verdad divina [22].

El apologista Cuadrato [23] y Papías [24] nos aseguran que algunos de los que fueron resucitados por el Señor vivieron hasta el tiempo de Adriano (117-138). Por tanto, no sólo cuando escribieron los Sinópticos vivían testigos inmediatos de los hechos, sino aun cuando escribió S. Juan, quien por otra parte no podía escribir cosa distinta de lo que había predicado toda la vida a una con sus colegas en el apostolado.

---

(22) *Euseb* HE 3, 32 (PG 20, 282).
(23) Id. íb. 4, 3 PG 20, 307.
(24) En los fragmentos editados por Von Boor, Leipzig, 1889 p. 180.

¿Cabe en estas circunstancias deformar la historia en su sustancia?

¿ Era posible pintar a Jesús como taumaturgo, dueño de la vida y de la muerte, si nada de esto había sido real y objetivo?

¿Qué probabilidad de éxito tenía este castillo legendario entre los que habían vivido la historia de Jesús?

Los milagros de Jesús fueron públicos, se concretan en la narración muchas circunstancias, las ciudades de Corozaín, Betsaida, Cafarnaún, Betania, Naín, Jericó. Hasta la casa misma de Simón Pedro se designa como lugar de una curación instantánea. No se pue- en inventar las circunstancias mientras viven los tes- igos.

Entre los 5.000 que comieron del pan milagrosa- nte multiplicado ya vivirían algunos hacia el año 65, fecha de los dos últimos Sinópticos. ¡30 años spués de los hechos que narran!

Nótese también que en nuestros Evangelios han edado grabadas las reprensiones que Jesús dirige a l nasa directora del pueblo judío. Su pasión, su envi- di, su falsedad queda al descubierto. Triunfan en un momento y quedan después definitivamente derrotados con la Resurrección del Nazareno.

¿Por qué no hablan y combaten las invenciones de los discípulos? ¿Por qué no explican la falsedad de los milagros que alegan? ¿Por qué no confunden a los predicadores de la nueva religión? ¿Por qué no logran contener el creciente proselitismo? No los refutan; sólo les dicen que no hablen, que callen.

Tienen que resignarse al consejo que les da Gameliel: dejadlos libres, que si no es cosa de Dios, ella misma caerá por su propio peso [25].

Fué profeta el Rabino. Pero salió la profecía al revés de lo que ellos hubieran querido y esperado. Que la cosa se mantuvo en pie y siguió creciendo, porque era de Dios, no invento y entusiasmo humano.

Hay un hecho histórico que nos refiere Josefo, digno de notarse.

Anás, Sumo Sacerdote, juez de Cristo,. dice, que fué el mas feliz de todos, porque duró largo tiempo en su Pontificado y porque llegó a ver como sucesores a sus cinco hijos [26].

Esta afirmación del historiador judío es de grande importancia para la apologética del cristianismo. Anás queda muy mal en los Evangelios. Sobrevive a Jesús, le suceden en el pontificado sus cinco hijos, que son testigos de todo el crecer cristiano y con toda su influencia y poder no logran atajar el desarrollo de la nueva religión, que ha arrimado la segur al árbol viejo de la Sinagoga, en torno al cual, como hiedra trepadora, ellos crecen.

El quinto hijo de Anás, llamado Ananos o Anás II, fué hecho Sumo Sacerdote por Agripa II y en el intervalo de Festo y Albino hizo matar a Santiago el Menor. Fué depuesto por esta injusticia, pero vivió hasta la guerra judía, en la que murió a manos de los Idumeos [27].

---

(25) Act. 5, 34-39.
(26) Antiquit 20, 9 1.
(27) *Felten*, Storia d'Israele, 44, Torino, 1932.

Esta supervivencia de los enemigos mayores del cristianismo y su impotencia moral para contener el empuje arrollador con que nace, es la condena más clara de la teoría de la leyenda.

6. La historicidad y el éxito de los Evangelios

Es un hecho que nuestros Evangelios fueron aceptados por la Iglesia primitiva, como hemos demostrado al tratar de la genuinidad. Fueron *aceptados*, entre otros muchos que se cubrían con nombres de apóstoles. Los que estaban ya dentro del cristianismo reconocieron en los Evangelios la fe que se les había predicado. Los que se convertían al cristianismo los aceptan también como códice de fe y de moral superior a cualquier otra filosofía o ciencia sagrada. Todos los aceptan como palabra de Dios, como verdad infalible por la cual es preciso vivir y morir. Los mártires van con ellos al tormento, porque mueren por testimoniar la verdad que dentro se encierra. Los mismos perseguidores se ensañan contra los Evangelios y así tratan de arrancarlos de las manos de los cristianos echándolos al fuego. Nadie duda que los Evangelios con tienen la palabra de Jesús. Por esto son norma absoluta, indefectible, de fe y de costumbres. Por esto se conservan con tan celoso cuidado y su texto llega por tan múltiples maneras hasta nosotros.

¿Es posible conciliar esta estima y veneración de toda la Iglesia con la teoría de las leyendas? ¿Quién dudó jamas de su historicidad?

Las consecuencias de la verdad de los Evangelios eran enormes para los católicos y para los herejes y

sin embargo nadie duda, nadie combate, todos aceptan el valor histórico de estos libros, todos se defienden con ellos, todos combaten con ellos al adversario.

Por los frutos se conoce el árbol. ¿Que libros han producido en la humanidad frutos mas copiosos y más de cielo que los Evangelios? La flor de la humanidad de Cristo a esta parte ha bebido de estos libros lo infinito de sus ideales, el candor de su pureza, su amor a Dios y su amor al prójimo.

"Ninguna otra colección de palabras es comparable con estas cuatro gavillas de trigo celestial, que desde hace setecientos millares de días alimenta y robustece a millones de almas" [28].

¿Qué obras han ejercido más *influjo* en toda la humanidad?

"Desde hace diecinueve siglos toda la literatura de los hombres gravita en torno a estos cuatro lacónicos libros. Todas las obras subsiguientes son defensas e ilustraciones del Evangelio y de Cristo; o batalla contra Cristo y el Evangelio. En el sistema del espíritu el Evangelio es el sol, y todos los escritos humanos aparecidos después no son más que planetas o satélites de planetas" [29]. ¿Se puede admitir o suponer que semejantes obras sean producto de la ignorancia o de la mala fe? El fraude y la ignorancia no pueden dar semejantes frutos de bendición y menos tan duraderos.

La pasión que ha excitado y excitan los Evangelios es enorme. Pasión de amor de parte de los creyentes, pasión de odio de parte de los no creyentes.

---

(28) *G. Papini,* p 48.
(29) Id. íd. 49. 50.

"Desde que Lessing publicó en 1774 algunos fragmentos de Reimarus, comenzó en Europa la gran ofensiva filológica contra el Evangelio. Regimientos de profesores prusianos, de scholars ingleses, de renegados franceses y judíos internacionales, han intentado, por todos los recursos de la erudición y del sofisma, desmantelar las cuatro murallas que constituyen el castillo del Nuevo Testamento.

Esta ofensiva ha ido presentando, unas tras otras, tesis cada vez más radicales: Los Evangelios no fueron escritos por aquellos cuyos nombres llevan. No son tan antiguos como la Iglesia afirma. ¡La escuela de Tubinga llega en el cuarto hasta el 170! No son obras genuinas, sino tardíos mosaicos, en los que pueden descubrirse contradicciones, alteraciones e interpola-ciones. No bastan para probar la existencia histórica de Jesús.

Jesús es un mito sincretista, un mito solar, un mito babilónico. Jesús no ha existido jamás. Y los cuatro Evangelios son novelistas históricas para el uso de los aficionados a la misteriosofía.

La lógica infernal del absurdo, al llegar al vértice de la pirámide escéptica, se ha detenido y se ha despeñado.

No es posible reproducir aquí todas las fases y todas las razones de la derrota. Pero se puede muy bien aseverar, sin temor a ser desmentido, que la gran ofensiva ha fallado para siempre...

Pero esta dura guerra de siglo y medio era necesaria y entra en los designios divinos. A nuevos tiempos, nuevas pruebas. También los tesoros antiguos se recuentan de tiempo en tiempo, y cuando orfebres y lapidarios, después de haber puesto en juego todas

las astucias de una pericia de falsedad, se ven obligados a extender certificados de autenticidad, los cristianos, que no dudan, pueden estar gozosos: la certidumbre que por tantos siglos nació de la humildad y del amor, viene a ser confirmada por el orgullo de la sabiduría. Y después de los fatigosos equilibrios de los Críticos, todavía brilla en la lobreguez del mundo la estrella que condujo los Magos a Belén" [30].

En los Evangelios que reconoce la Iglesia católica como auténticos, íntegros e históricos, tenemos *el mensaje* de Cristo tal y como resonó en el desierto, en los caminos y en las aldeas de Palestina hace veinte siglos.

En los Evangelios tenemos *la figura de Cristo* tal y como la vieron sus parientes y sus paisanos, tal y como la adoraron los pastores y la Magdalena, tal como la temieron sus enemigos, tal y como fué visto entre los hombres, lleno de gracia y de verdad.

El verdadero cristiano, ha dicho muy bien Papini [31], debe ser, en cuanto puede, más aún de lo que puede, el copiador de Cristo... la sombra de Cristo. No hay para él otro modo de vivir la jornada terrestre como preámbulo de la perpetuidad paradisíaca. El cristianismo no es mas que la imitación de Cristo. Pues Cristo y su palabra está en los Evangelios.

"No tenemos otro deber más que este: deletrear de rodillas los versículos del Evangelio y tomarlo como la orden del día todas las mañanas de esta vida, carcomida a cada instante por la muerte."

---

(30) Id. p. 49. 50.
(31) Ib. p. 59.

APÉNDICE

La doctrina de la Iglesia sobre la autenticidad e historicidad de los Evangelios (*)

1. Del autor, del tiempo y de la autenticidad del Evangelio según S. Mateo. (1)

I. Si atendido el consentimiento universal y constante de los primeros siglos de la Iglesia, que claramente demuestran los expresos testimonios de los Padres, los títulos de los Códices de los Evangelios, las versiones aun antiquísimas de los libros sagrados y los catálogos trasmitidos por los Santos Padres, por los escritores eclesiásticos, por los Sumos Pontífices y los Concilios, y finalmente, el uso litúrgico de la Iglesia oriental y occi-

---

(*) Traducción directa del original latino por el P. Bartolomé Bejarano, S. I.

(1) Respuesta de la Comisión Bíblica, 19 de junio de 1911 Cfr. AAS 3 (1911) 294-296; EB 401-407; Dz 2148-2154. Sobre la autoridad de la Comisión Bíblica Cfr Dz 2113 donde está la declaración de Pío X "universos omnes conscientiae obstrigi officio sententiis Poutificalis Consillii de re Bíblica... perinde ac Decretis Sacrarum Congregationum pertinentibus ad doctrinam probatisque a Poutifice, se subiciendi".

Para la explicación de estas respuestas cfr. *L. Méchineau.* Il Vangelo di S. Matteo secondo le risposte della Commissione Biblica, Roma, 191? (estratto della Civilta Cattolica).

L. Pirot Evangiles et Commission Biblique, DB (S), 1219-1297.

dental puede y debe afirmarse que Mateo, Apóstol de Cristo, es verdaderamente el autor del Evangelio divulgado con su nombre?

RESPUESTA: *Afirmativamente.*

II. Si se ha de tener por bastante fundada en el testimonio de la tradición la opinión que sostiene que Mateo precedió en escribir a los demás Evangelistas;

y escribió el primer Evangelio en la lengua nativa usada a la sazón por los judíos palestinenses, a quienes la obra iba dirigida?

RESPUESTA: *Afirmativamente a una a otra parte.*

III. Si la redacción de este texto original puede colocarse más allá del tiempo de la destrucción de Jerusalén, de manera que los vaticinios que de ella allí se leen se hayan escrito después del suceso;

o el testimonio de Ireneo (Adv. haer. lib. 3 cap. I, n. 2) que suele alegarse de interpretación incierta y controvertida, se ha de juzgar de tanto peso, que obligue a rechazar la opinión de aquellos que, más en conformidad con la tradición, juzgan que dicha redacción se terminó aun antes de la venida de Pablo a Roma?

RESPUESTA: *Negativamente a las dos partes.*

IV. Si puede sostenerse con alguna probabilidad la opinión de algunos modernos, según la cual Mateo no habría escrito propia y estrictamente el Evangelio tal cual se nos ha trasmitido, sino solamente *una colección de dichos* o sermones de Cristo, de los cuales hubiera usado como de

fuentes otro autor anónimo, a quien tienen por redactor del mismo Evangelio?

RESPUESTA: *Negativamente.*

V. Si por el mero hecho de que los Padres y todos los escritores eclesiásticos, y aun la misma Iglesia ya desde el principio han empleado únicamente como canónico el texto griego del Evangelio conocido con el nombre de Mateo, sin exceptuar a los que expresamente afirmaron que el Apóstol Mateo había escrito en su idioma patrio, puede probarse con certeza que el mismo *Evangelio griego es idéntico en lo substancial al escrito por el mismo Apóstol en su lengua patria?*

RESPUESTA: *Afirmativamente.*

VI. Si de que el autor del primer Evangelio pretenda el fin principalmente dogmático y apologético de probar a los judíos que Jesús es el Mesías anunciado por los profetas y oriundo de la familia de David, y porque además en la disposición de los *hechos y dichos* que narra, no sigue siempre el orden cronológico: es lícito deducir de aquí que aquellos *no se han de admitir como verdaderos;*

o se puede afirmar también que las narraciones de los hechos y sermones de Cristo, que en el mismo Evangelio se leen, *han sufrido alguna alteración y adaptación* por influencias de las profecías del Antiguo Testamento y de un estado más desarrollado de la Iglesia y que por tanto no están de acuerdo con la verdad histórica?

RESPUESTA: *Negativamente a entrambas partes.*

VII. Si en especial se han de juzgar destituídas de sólido fundamento las opiniones de aquellos que dudan de la *autenticidad histórica de los dos primeros capítulos,* en que se narran *la genealogía y la infancia de Cristo,* como también de algunas *frases de gran importancia dogmática,* como las relativas al primado de Pedro (Mt 16, 17-19), a la forma de bautizar con la universal misión de predicar encomendada a los Apóstoles (Mt 28, 19 20),-y a la profesión de fe de los Apóstoles sobre la divinidad de Cristo (Mt 14; 33), y otra semejantes; que en Mateo peculiarmente se encuentran enunciadas?

RESPUESTA: *Afirmativamente.*

2. Del autor, del tiempo en que fueron escritos y de la verdad histórica de los Evangelios según Marcos y según Lucas.[2]

I. Si la atestación clara de la tradición, ya desde los principios de la Iglesia maravillosamente concorde y apoyada en múltiples argumentos, es a saber, en el expreso testimonio de los Santos Padres y de los escritores eclesiásticos, en las citas y alusiones que en sus obras se encuentran, en el uso de los antiguos herejes, en las versiones de los Libros del Nuevo Testamento, en casi todos los Códices manuscritos antiquísimos y en razones internas tomadas del mismo texto de los Libros sagrados, nos fuerza a afirmar con certidumbre que *Marcos discípulo e intér-*

---

(2) AAS 4 (1912) 463-465; Dz 2155-2163.
Cfr. *L. Méchineau,* I Vangeli di S. Marco e di S. Luca e la questione Sinottica secondo le risposte della Commissione Biblica, Roma 1913.

prete de Pedro, y Lucas, oyente u compañero de Pablo, son en verdad autores de los Evangelios que respectivamente se les atribuyen?

RESPUESTA: *Afirmativamente.*

II. Si las razones con que algunos críticos pretenden demostrar que los doce últimos versos del Evangelio de Marcos (Mc 16, 9-20) no fueron escritos por el mismo Marcos, sino adicionados de mano ajena son tales, que den derecho a afirmar que no se han de admitir como inspirados y canónicos;

o demuestran al menos que Marcos no es autor de dichos versos?

RESPUESTA: *Negativamente a entrambas partes.*

III. Si es asimismo lícito dudar de la inspiración y canonicidad de las narraciones de Lucas acerca de la infancia de Cristo (Lc 1, 2-); o de la aparición del ángel confortándole del sudor de sangre (Lc 22, 43s); o se puede al menos demostrar con razones sólidas –según opinaron algunos antiguos herejes con la aprobación de ciertos críticos modernos– que dichas narraciones no pertenecen al genuino Evangelio de Lucas?

RESPUESTA: *Negativamente.*

IV. Si los documentos rarísimos y enteramente singulares en que se atribuye el cántico *Magnificat,* no a la bienaventurada Virgen María, sino a Isabel, pueden en modo alguno prevalecer contra el concorde testimonio de casi todos los Códices, así del texto original, como de las Versio-

nes,. y contra la interpretación que plenamente exigen no menos el contexto, que la intención de la misma Virgen y la tradición constante de la Iglesia?

RESPUESTA: *Negativamente.*

V. Si es lícito en cuanto al orden cronológico de los Evangelios apartarse de aquella sentencia que; fundada en el antiquísimo y constante testimonio de la tradición, atestigua que después de Mateo; que escribió el primero de todos en su lengua nativa, escribió el segundo Marcos y el tercero Lucas;

o se ha de juzgar que va contra este sentir la opinión que afirma que el segundo y el tercer Evangelio fueron compuestos antes que la versión griega del primer Evangelio?

RESPUESTA: *Negativamente a las dos partes.*

VI. Si es lícito diferir el tiempo de la composición de los Evangelios de Marcos y de Lucas hasta la destrucción de la ciudad de Jerusalén;

o, a causa de hallarse más determinada en Lucas la profecía del Señor acerca de la destrucción de esta ciudad, se puede sostener que su Evangelio al menos se escribió comenzado ya el asedio?

RESPUESTA: *Negativamente a ambas partes.*

VII. Si debe afirmarse que el Evangelio de Lucas precedió al libro de los *Hechos de los Apósteles;* y que, habiéndose terminado este libro, testigo Lucas (Act ss), al fin de la prisión romana del Apóstol (Act 28. 30 ss), no se compuso su Evangelio después de esta fecha?

RESPUESTA: *Afirmativamente.*

VIII. Si, en vista así de los testimonios de la tradición como de los argumentos internos, en cuanto a las fuentes que emplearon los dos Evangelistas al escribir sus Evangelios, se puede dudar de la sentencia que sostiene que *Marcos escribió según la predicación de Pedro, Lucas según la de Pablo;* y al mismo tiempo afirma que ambos Evangelistas tuvieron a su disposición otras fuentes fidedignas tanto orales como escritas ?

RESPUESTA: *Negativamente.*

IX. Si los dichos y hechos que, según la predicación de Pedro, esmerada y gráficamente narra *Marcos,* y sincerísimamente expone *Lucas informado exactamente de todo desde su origen* por testigos enteramente fidedignos, *que fueron desde el principio testigos oculares ministros de la palabra* (Lc 1, 2ss), reclaman con derecho aquella *plena fe histórica,* que les prestó siempre la Iglesia;

o por el contrario esos mismos hechos y sucesos se han de juzgar al menos en parte destituídos de verdad histórica, ya porque los autores no fueron testigos de vista, ya por hallarse no raras veces en ambos Evangelistas falta de orden y discrepancia en la sucesión de los hechos; ya porque, habiendo llegado y escrito más tarde, debieron traer concepciones ajenas a la mente de Cristo y de los Apóstoles o hechos más o menos falseados, ya por la imaginación del pueblo o finalmente por haberse dejado llevar, cada cual según su propósito, de diversos prejuicios dogmáticos?

RESPUESTA: *Afirmativamente a la primera parte; negativamente a la segunda.*

3. De la cuestión sinóptica o sea de las mutuas relaciones de los tres primeros Evangelios. [3]

I. Si, guardando lo que ha de guardarse según lo anteriormente resuelto, especialmente acerca de la autenticidad e integridad de los tres Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, de la identidad substancial del Evangelio griego de Mateo con su primitivo original, y del orden cronológico con que aquellos se escribieron; para explicar sus mutuas semejanzas o desemejanzas entre tantas y tan diversas y opuestas sentencias de los autores, es lícito a los expositores disputar y apelar a la hipótesis de la tradición oral o escrita o también a la dependencia de los Evangelios mismos entre sí?

RESPUESTA: Afirmativamente.

II. Si se ha de juzgar que guarden los precedentes decretos aquellos que, sin fundarse en testimonio alguno de la tradición ni en argumentos históricos, fácilmente abrazan la hipótesis vulgarmente llamada de las dos fuentes; que pretende explicar la composición del Evangelio griego de Mateo y del Evangelio de Lucas principalmente por la dependencia de entrambos del Evangelio de Marcos y de la colección llamada de los *Sermones del Señor;*
y pueden por tanto defenderla libremente?

RESPUESTA: *Negativamente a las dos partes.*

---

(3) AAS 4 (1912) 465; EB 417; Dz 2164.

4. Del autor y de la verdad histórica del Cuarto Evangelio[4]

I. Si la tradición constante, universal y solemne de la Iglesia vigente ya desde el siglo II, según se saca sobre todo:

a) de los testimonios y alusiones de los SS. Padres, escritores eclesiásticos y hasta de los mismos herejes que, habiendo debido derivarse por precisión de los discípulos de los Apóstoles o de sus primeros sucesores, se enlazan necesariamente con el origen mismo del libro;

b) del nombre universalmente recibido siempre del autor del cuarto Evangelio en el Canon y en los catálogos de los Libros sagrados;

c) de los antiquísimos manuscritos, códices y versiones a varias lenguas de los mismos sagrados Libros;

d) del público uso litúrgico vigente ya en todo el arte desde los orígenes de la Iglesia; prescindiendo del argumento teológico se demuestra con tan sólido argumento histórico que el Apóstol S. Juan y no otro ha de ser tenido por autor del cuarto Evangelio, que las razones aducidas por los críticos en nada desvirtúan esta tradición?

RESPUESTA: *Afirmativamente.*

II. Si además las razones internas sacadas del texto del cuarto Evangelio considerado separadamente, por el testimonio del escritor y por el manifiesto parentesco del mismo Evangelio con la I Epístola del Apóstol Juan se han de juzgar confirmativas de la tradición que atribuye sin duda ninguna al mismo Apóstol el cuarto Evangelio y si las dificultades tomadas de la comparación del mismo Evan-

---

(4) ASS 40 (1907 383-s; EB 180-182; Dz 2110-2112.

gelio con los otros tres, teniendo en cuenta la diversidad de tiempo, de fin y de oyentes, por los cuales o contra los cuales escribió el autor, pueden resolverse razonablemente, como lo han hecho los SS. Padres, y los expositores católicos?

RESPUESTAS: *Afirmativamente a las dos partes.*

III. Si, no obstante la practica constantísimamente vigente desde el principio en toda la Iglesia de argüir con el cuarto Evangelio como documento propiamente histórico, considerada no obstante la índole peculiar del mismo Evangelio y la manifiesta intención de su autor de ilustrar y de probar la divinidad de Cristo por los mismos hechos y sermones del Señor, se puede decir que los hechos narrados en el cuarto Evangelio fueron inventados en todo o en parte para que fuesen *alegorías* o *símbolos* doctrinales y que los *Sermones del Señor* no son verdadera y propiamente sermones del mismo Señor, sino *composiciones teológicas del escritor,* aunque puestas en boca del Señor?

RESPUESTA: *Negativamente.*

5. Motu propio "Praestancia Scriturae Sacrae", sobre el valor de los decretos de la Pontificia Comisión Bíblica, 18 del 11 de 1907.

San Pío X, refiriéndose a los decretos precedentes, aprobó este nuevo decreto, del que entresacamos lo siguiente:

"Tras largos dictámenes y cuidadosas consultas, el Pontificio Consejo de Asuntos Bíblicos ha publicado felizmen-

te algunos decretos utilísimos para promover los verdaderos estudios bíblicos y para dirigirlos con norma segura. Pero venimos observando que no faltan quienes, demasiado propensos a opiniones y a métodos viciados de peligrosas novedades y llevados de un afán excesivo de falsa libertad, que no es sino libertinaje intemperante y que se muestra insidiiosísima contra las doctrinas sagradas y fecunda en grandes males contra la pureza de la fe, no ha aceptado o no aceptan con la reverencia debida dichos decretos de la Comisión, a pesar de ir aprobados por el Pontífice.

Por lo cual estimamos que se debe declarar y madar, como al presente declaramos y expresamente mandamos, que todos estén obligados en conciencia a someterse a las sentencias del Pontificio Consejo de Asusntos Bíblicos hasta ahora publicados o que en adelante se publiquen...; y que no pueden evitar la nota de obediencia denegada y de temeridad, ni, por tanto, excusarse de culpa grave, quienes impugnen de palabra o por escrito dichas sentencias; y esto aparte del escándalo en que incurran y de las demás cosas en que puedan faltar ante Dios..."